

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2006
Inscripción Nº 155.522

ISBN: 956-244-182-2

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos
y Representante Legal
Sra. Nivia Palma Manríquez

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
y Director Responsable
Sr. Rafael Sagredo Baeza

Editor
Sr. Manuel Vicuña Urrutia

Diseño de Portada
Sr. Daniel Dávila Coggiola

Corrección de Originales
y Diagramación
Sr. Miguel Araya Martínez

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins Nº 651
Teléfono: 360 52 83 - Fax: 360 52 78
Santiago de Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

980.009
C716 c
c. 3

LAS CONVENCIONES CONTRA LA CULTURA

Ensayos sobre la historiografía
hispanoamericana del siglo XIX

Germán Colmenares

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS



CENTRO DE
INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

^a
Jaime Jaramillo Uribe

Las que han sido hasta ahora oscuras historias de islas remotas merecen un lugar al lado de la autocontemplación del pasado europeo —o de la historia de las civilizaciones— por su propia notable contribución a la comprensión histórica.

Marshall Sahlins, *Island of History*

El pasado es siempre una ideología creada con un propósito, diseñada para controlar individuos, o motivar sociedades o inspirar clases. Nada ha sido usado de manera tan corrupta como los conceptos del pasado. El futuro de la historia y de los historiadores es limpiar la historia de la humanidad de estas visiones engañosas de un pasado con finalidad. La muerte del pasado puede hacer bien sólo en la medida en que florece la historia.

J.H. Plumb, *The Death of the Past*

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	15
¿Qué hacer con las historias patrias?	15
Las teorías y la historiografía	24
 CAPÍTULO I: LAS CONVENCIONES CONTRA LA CULTURA	 33
La razón filosófica y la razón filológica: el debate	
Bello-Lastarria (1844-1848)	33
La destrucción del pasado	44
Las elites contra las turbas	48
Las dificultades de la figuración americana	54
 CAPÍTULO II: LA TEMPORALIDAD DEL SIGLO XIX	 59
El calendario	60

Las generaciones	63
Las fuentes	71
 CAPÍTULO III: LA INVENCION DEL HÉROE	 81
 CAPÍTULO IV: LA ESCRITURA DE LA HISTORIA	 97
Historia y literatura de ficción	97
La trama oculta	103
José Manuel Restrepo o el lenguaje de las pasiones	104
Bartolomé Mitre o el lenguaje metafórico de las ciencias naturales	108
Gabriel René Moreno o el lenguaje de los objetos y de las ceremonias	110
 CONCLUSIONES	 115

PRÓLOGO

El quehacer de los historiadores hace parte de la actualidad intelectual de su propio momento. De allí que su visión del pasado, deprimente u optimista, o la elección de sus temas, ejemplifiquen de alguna manera las preocupaciones corrientes de un momento dado. Reflexionar sobre la escritura de la historia del siglo XIX equivale, entonces, a poner uno enfrente del otro dos espejos que proyectan su propia imagen indefinidamente. Miramos la historiografía del siglo XIX y no podemos evitar mirarnos en ella.

El estudio de las maneras de referirse al pasado no constituye una tarea puramente formal, una especie de aventura “destruccionista” *à la mode* que acabe por revelarnos un vacío desprovisto de toda referencia objetiva. Consiste más bien en el examen de ideologías y de valores implícitos en un texto, y en su confrontación deliberada con nuestras presunciones ideológicas y la inevitabilidad de nuestros valores. Por tal razón debe resistirse a la tentación, en la que se cae casi siempre, de derogar sumariamente los resultados de la tarea historiográfica del siglo XIX.

Por tratarse de una imagen primigenia de nuevas naciones sobre sí mismas, la historiografía hispanoamericana del siglo XIX sigue siendo enormemente influyente. En la trama de los acontecimientos elegidos en ese entonces sigue reconociéndose la individualidad de cada nación, los rasgos distintivos de una biografía colectiva.

A veces se presentan como un arsenal disparatado de imágenes, desprendidas de su propia cronología y sin un origen identificado. Casi nunca se las asocia al nombre de un autor o se recuerdan las circunstancias que les dieron origen. La fuerza misma de dichas imágenes reside en su carácter aparentemente anónimo, como si se tratara de la elaboración espontánea de un inconsciente colectivo.

Estos ensayos obedecen a la necesidad de encarar una tradición, necesidad que los historiadores hispanoamericanos solemos posponer indefinidamente. Por razones que obedecen al estado de la historiografía en mi propio país, creo que es el momento adecuado para hacerlo.

A riesgo de parecer presuntuoso o, para atenerme a la prudente formulación del profesor J. M. Burrow, de “desacreditar lo que hubiera querido realzar”, debo atribuir al apacible ambiente de la Universidad de Cambridge la ocasión de emprender estas reflexiones. Por lo menos debo agradecer su hospitalaria acogida y la oportunidad que tuve allí de reencontrar de nuevo un sentido de finalidad en la vida universitaria. Casi diariamente recibí, por un año, en St. Edmund's House el discreto aliento de David A. Brading y de Celia Wu, como también, pero a cierta distancia, el de Malcom Deas, Senior Proctor de Oxford. Allison Roberts, secretaria del Centro de Estudios Latinoamericanos de Cambridge, fue siempre la más discreta y efectiva anfitriona.

América Latina ha mantenido obstinadamente un monólogo cuyo tema invariable ha sido el pensamiento europeo. Mi propia Universidad del Valle, en Cali, ha alimentado durante años mis perplejidades al recibir y propagar casi instantáneamente los más sofisticados productos del pensamiento europeo, particularmente las elaboraciones de la *rive gauche*. Ojalá estos ensayos sobre los orígenes de tan curiosa vocación, y mi propio uso liberal de esas ideas, aproxime aún más las discusiones con mis colegas de los departamentos de Filosofía, de Letras, de Comunicación Social y de Historia.

Cambridge
Universidad del Valle, 1986

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ HACER CON LAS HISTORIAS PATRIAS?

La historiografía hispanoamericana del siglo XIX estuvo dedicada en su mayor parte a la reflexión sobre el período de la Independencia. Ello le ha atraído juicios someros, que parecen tan definitivos como una lápida sepulcral. Para el profesor Woodrow Borah, uno de los más reconocidos innovadores en temas y métodos de la historia colonial, esta historiografía no constituye sino una serie de “historias patrias”¹. Con esto Borah no califica un cierto nacionalismo estrecho al que fatalmente se hallan sometidos los historiadores nativos, sino que alude más bien a la ausencia de una disciplina académica, sujeta a normas críticas de recibo internacional que regulen la actividad de sus cultores. Sugiere también el hecho de que gran parte del conocimiento impartido como enseñanza escolar proviene de colaboraciones del siglo XIX.

Refiriéndose a sí mismo, un historiador económico peruano nos revela que “en 1971, Heraclio Bonilla y Karen Spalding observaban (...) que la mayoría de las

¹ W. Borah, “An Interview”, en *Hispanic American Historical Review*, citado en adelante como HADR, Nº 65, 1985, p. 433. También “Latin American History in a World Perspective”, en *The Future of History*, ensayos editados por Charles F. Delzell, Nashville, Tennessee, 1977, pp. 151-172.

afirmaciones sobre la emancipación peruana de la historiografía local tradicional carecían de sentido². Este historiador ha debido haberse referido a las preguntas antes que las afirmaciones. Muy probablemente no se trata de que él haya creído poseer una noción más exigente de lo que es significativo, sino que tan sólo está pensando en otros problemas y que, frente a éstos, los planteados por la historiografía tradicional y local pierden su propio sentido. No hay que decir que los problemas propuestos recientemente habrían carecido también de sentido para el historiador del siglo XIX. Lo anterior sugiere una brecha al parecer insalvable entre nuestra propia manera de concebir la historia y la tradición historiográfica del siglo XIX. Pero invita también a preguntarse por el significado de esa tradición.

La insatisfacción con respecto a la historiografía tradicional latinoamericana ha invadido la literatura de ficción. Las historias patrias, con toda su seriedad acartonada, brindan un fácil blanco a la ironía. A un observador externo le parecen el pretexto de ceremonias y rituales exóticos o un escaparate de *bibelots* disparejos y decrepitos. Su artificialidad ha sido reelaborada una y otra vez como algo grotesco en las novelas latinoamericanas recientes. Allí, evocaciones reconocibles como personajes o situaciones históricas surgen como un fondo de pesadilla en los flujos de conciencia de los actores. El sentido agónico de estos actores no se estrella contra un destino en el que juegan dioses caprichosos sino contra la pobreza de los símbolos, grotescos o patéticos, que aluden a la realidad histórica. En la trama novelesca, una contracción violenta del tiempo histórico reduce a éste a su esencia mítica y despoja la violencia pura de todo pretexto. La ficción narrativa filtra en la conciencia una realidad oscura y despótica, tornando en caricaturas los rasgos de un cuadro a menudo brillante y optimista. La ficción quiere revelar la carcoma que roe las figuraciones de la historia. Y de paso busca recobrar una historia más auténtica.

Las evaluaciones más sistemáticas de esta historiografía tienden a poner de relieve aspectos puramente circunstanciales de su construcción. Aunque ninguna historiografía, sea cual fuere el continente o el país, puede defenderse siempre de la sospecha de que sus temas centrales estuvieron inspirados por el deseo de pronunciarse en un torbellino de circunstancias locales y pasajeras, la acusación de un marcado subjetivismo parece ajustarse de manera más protuberante a la historiografía hispanoamericana. Algunos ven en ella una representación nacional recortada, pues constituía exclusivamente la expresión de los puntos de vista de una elite restringida. A tan esencial limitación se agregan otras que van estrechando más y más la intención original de los historiadores hispanoamericanos en el siglo XIX. Por ejemplo, éstos habrían abogado por la ideología política de un grupo, cuando

² Heraclio Bonilla, "The New Profile of Peruvian History", en *Latin American Research Review* (LARR), N° 14, 1981, p. 216.

no exhibían justificaciones más mezquinas, de tipo familiar o personal.

Estos cargos centrales se ven reforzados por objeciones sobre una dudosa práctica profesional: que los historiadores no veían otra cosa en la historia americana que una prolongación de la europea. Sus esquemas interpretativos, enteramente prestados, habrían dependido de una absorción apresurada y superficial de las novedades doctrinales europeas. Desde la Ilustración, pasando por el utilitarismo, el positivismo o el empirismo, hasta los modelos propuestos por historiadores como Guizot, Michelet o Macaulay, todas las novedades europeas debían restar originalidad al quehacer de los historiadores hispanoamericanos. Ello no era impedimento para que se atribuyeran a sí mismos una función condescendiente como educadores de las masas o como profetas de un futuro acomodado en su propio provecho. En suma, los reparos que formulan casi siempre algunos académicos norteamericanos³ contra la historiografía tradicional hispanoamericana constituyen más bien una requisitoria contra los hábitos intelectuales y los sesgos morales de las clases dirigentes de estos países.

Todas las objeciones mencionadas evalúan la historiografía hispanoamericana del siglo XIX de acuerdo con patrones contemporáneos de la producción historiográfica. Pero si dicha historiografía debe verse en sí misma como un problema, más vale preguntarse por las condiciones intelectuales específicas en que se produjo. Tales condiciones se refieren a: primero, la elección de la Independencia como tema central; segundo, los conflictos culturales con los que debía tropezar toda elaboración historiográfica, dadas las premisas impuestas por un proceso de revolución política y, tercero, la disimulación de los conflictos por las convenciones historiográficas adoptadas.

Primero. Los historiadores del siglo XIX estaban situados en una posición hasta cierto punto privilegiada. Muchos habían presenciado o se sentían herederos inmediatos de una revolución que parecía ponerlos en posesión de la historia, de sus mecanismos de cambio político y social. Eran los primeros en llegar a un territorio en donde la experimentación parecía ilimitada. Su preferencia por el período de la revolución no hace sino indicar hasta qué punto sentían que debían aprovechar

³ Véase, por ejemplo, E. Bradford Burns, "Ideology in Nineteenth Century Latin American Historiography", en *HAHR*, N° 58, 1978, pp. 409-431; y Gertrude Matyoka Yeager, "Barros Arana, Vicuña Mackenna, Amunátegui: The Historian as National Educator", en *Journal of Interamerican Studies*, N° 19, 1977, pp. 173-200. Por su parte, Allen Woll persigue los sesgos familiares, de partido o de circunstancias políticas contemporáneas que motivaron la escritura de las obras de historiadores chilenos en *A Functional Past. The Uses of History in Nineteenth Century Chile*, Baton Rouge-London, 1982. La historiografía hispanoamericana ha pasado completamente inadvertida en los manuales generales dedicados casi siempre a la historiografía europea y norteamericana.

esa ventaja. Podían sentirse como dueños de los orígenes mismos de la historia, en el momento preciso en que la acción y la voluntad parecían capaces de plasmarla. La historia, por otra parte, era familiar en la medida que pudiera penetrarse en sus secretos, que aparecían casi siempre como arcanos del poder, o en las intenciones de los actores; y esto no podía realizarse de otra manera que con el hábito mismo del ejercicio del poder, con la conciencia de que se estaba actuando en la historia. Por esto la historiografía hispanoamericana del siglo XIX sintetizaba, como no lo hacía la literatura o la filosofía, una visión del mundo.

Muchos de aquellos historiadores se sentían llamados a combatir los errores o prejuicios tan en boga en Europa sobre cada uno de sus países. La exaltación de ciertos hechos extraordinarios estaba concebida para atraer la atención de los extraños. En muchas historias nacionales había implícito un reclamo publicitario, según el cual la excepcionalidad de la historia más reciente anunciaba el advenimiento de altísimos destinos. La brecha entre estas expectativas grandilocuentes y el destino posterior de cada uno de los países que las alimentaban vino a revelarse como una de las mayores debilidades de las “historias patrias”.

Don Leopoldo Zea ha afirmado que en Hispanoamérica no existe un pasado, una historia, por cuanto el pasado está siempre presente. La reiteración del pasado brota de las condiciones del atraso, en donde la historia ha transcurrido por caminos equivocados y debe retornarse una y otra vez al punto de partida. Para los historiadores del siglo XIX el punto de constante retorno era el período de la Independencia, en el cual se hallaban contenidas todas las promesas. Su labor consistía ante todo en una reificación permanente del momento de la epifanía.

Aunque la historiografía no se desarrollara en medios universitarios o no tuviera todavía el apoyo institucional de las academias (que aparecerían sólo a finales del siglo), los historiadores, que hacían parte de las elites, se elegían a sí mismos como guardianes y como portadores de un mensaje. En 1876 el general Bartolomé Mitre escribía a su colega chileno Diego Barros Arana sobre

la cooperación moral que nos debemos recíprocamente los trabajadores que diseminados en este vastísimo continente estamos comprometidos en una obra común, de que todos somos solidarios, y cuya unidad ha de revelar algún día la posteridad, si no por nuestro nombre, al menos por sus resultados⁴.

⁴ Cit. por Ricardo Donoso en *Barros Arana, educador, historiador y hombre público*, Santiago, 1931, p. 107.

Y don Benjamín Vicuña Mackenna reconocía que el mismo Barros Arana había prestado servicios invaluable a la historia patria. El elogio implicaba que el historiador servía una función pública al restaurar fragmentos del pasado que de otra manera se hubieran perdido irremediablemente. Su misión no era una mera labor académica que consistiera en ampliar un campo discursivo, sino la piadosa tarea del guardián de un cuerpo de creencias. A su vez, Barros Arana reconocía en la prosa de su amigo Miguel Luis Amunátegui un carácter ritual: “La narración, a veces noble y calurosa, se eleva y dignifica al contar los hechos solemnes de la revolución”⁵.

En esta concepción acechaba oculto un peligro, como vamos a verlo. Pero no puede considerarse, sin más, que las “historias patrias” sean el producto deleznable de una práctica profesional descuidada e irresponsable. Su concepción original representaba la solución, en un plano ideológico, de conflictos culturales profundos. Como una forma de representación de la realidad crearon una conciencia histórica que actuaba efectivamente en el universo de la política y de las relaciones sociales. Es probable que sus imágenes sigan actuando de una manera distorsionada en el presente y estén moldeando de alguna manera el futuro. Cabe preguntarse, por ejemplo, si guerrilleros adolescentes, sin más bagaje intelectual que las “historias patrias”, no están siguiendo demasiado literalmente los pasos de los héroes epónimos. La pose heroica ha sido todavía más deliberada en políticos y dictadores tropicales. El presente en Hispanoamérica no es prisionero del pasado sino más bien de las imágenes construidas de este pasado. Hace falta algo más que un desdén perentorio para exorcizarlas: hay que comenzar por interrogarlas seriamente y por examinar los mecanismos de su producción y su razón de ser.

Segundo. Los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX recogieron la tradición intelectual de un lenguaje cuyo radicalismo postulaba una ruptura absoluta con el pasado colonial. La opacidad y el espesor del período colonial sólo servía para contrastar la luminosidad de los propósitos que iban a edificar una realidad enteramente nueva. Las contradicciones mismas que habían legado las luchas de Independencia eran conciliables en un terreno ideológico, puesto que aludían siempre a hechos nuevos cuyas raíces en el pasado habían sido cortadas definitivamente. El significado de esta realidad, percibido subjetivamente, podía variar y dar lugar a partidos y facciones, pero ella estaba ahí, como un logro irrevocable.

⁵ Diego Barros Arana, *Obras Completas*, T. XIII: *Estudios biográficos*, Santiago, 1914, p. 291.

Sin embargo, paulatinamente iba abriéndose paso y agrandándose en la conciencia la percepción de una permanencia agazapada e insidiosa. Los rastros de un pasado que se creía abolido se iban multiplicando con sólo desplazar la atención de las hazañas luminosas a lo simplemente cotidiano. El período colonial, que antes podía resumirse en algunos rasgos someros que servían para contrastarlo con la nueva edad, se transparentaba ahora con más y más fuerza detrás de una mera apariencia de cambio. Este pasado, al que se creía abolido y que de pronto aparecía íntegro en las costumbres, la ignorancia y los prejuicios de las masas, generaba una tensión y un problema auténticos, que debía alimentar la historiografía del siglo XIX.

A partir de la Independencia las elites hispanoamericanas se mostraron ávidas de recibir las más variadas e incluso contradictorias influencias europeas. El conservadurismo social no podía apoyarse en una tradición teórica o doctrinal de carácter político, y por eso las teorías europeas más avanzadas debían adaptarse al complejo social existente. Externamente, y en lo que concernía a los criollos, los valores del pasado habían perdido todo prestigio, puesto que se atribuía a la política colonial española el haber mantenido a estas regiones al margen de la vida civilizada europea. Juan García del Río sostenía en un famoso artículo del *Repertorio Americano* que mientras en Europa se repudiaban creencias irracionales y se avanzaba por los caminos de la ciencia a partir de la duda metódica, a los hispanoamericanos se los había mantenido atados en el cultivo de un escolasticismo sin contenidos y en la más ciega de las supersticiones⁶. Había sin embargo una tensión inevitable entre el fervor con que se adoptaban instituciones republicanas y las condiciones objetivas del atraso. El progreso estaba asociado con las nuevas ideas, pero éstas sólo podían pertenecer a una minoría capaz de participar activamente en la vida política.

La palabra y el concepto mismo de revolución debían contrastarse con nuevas experiencias. Inicialmente había significado, sin lugar a equívocos, abolición del pasado. Heredar la revolución quería decir completarla, llevarla a su término en la destrucción definitiva del pasado. Sin embargo, frente a conflictos repetidos e incontrolables la confianza se fue esfumando y la palabra revolución perdió su prestigio, hasta adquirir un sentido casi ominoso. Era, o bien un círculo que se cerraba para tornar al punto de partida, o bien un movimiento pendular que jamás encontraría un punto de reposo. No había manera de liquidar el pasado o de fijarlo, para poder comprenderlo.

⁶ "Revista del Estado anterior y actual de la instrucción pública en la América antes española", en el *Repertorio Americano*, Londres, 1826-1827; Edic. Facsimilar, Caracas, 1973, T. I, pp. 231 ss. Mariano Paz Soldán citaba todavía medio siglo después largos pasajes de este artículo en su *Historia del Perú independiente*, Primer Período, Lima 1868, pp. 4-9.

Las "historias patrias", en su versión escolar, están lejos de reproducir las preguntas, las preocupaciones y las tensiones internas de la historiografía del siglo XIX. El sentimiento de frustración e incertidumbre que quería colmarse con investigaciones de un cierto tipo desapareció, en las primeras décadas de este siglo, de una historiografía oficial. En la nueva versión, que se contentaba con tomar de las investigaciones precedentes una mera secuencia de acontecimientos sujeta a una camisa de fuerza cronológica, las promesas de la Independencia se habían realizado íntegramente. Un pasado terso, despojado de los problemas implícitos de las obras seminales, aparecía truncado y presentado en la forma de un texto homogéneo, en el que no se revelaban las condiciones de su producción. Como los textos legales, éste podía interpretarse o adaptarse a las nuevas necesidades (políticas, partidistas, pedagógicas), pero no cambiarse. El relato se ritualizó y adquirió una forma canónica que podía prestarse para reflexiones, conmemoraciones, discursos y editoriales. Cada episodio cobró el valor de una máxima o una sentencia. A tal fijación mítica contribuyó el establecimiento de un cuerpo sacerdotal, de guardianes de un orden ritual del relato que podían transformarse en censores.

Tercero. La forma misma de los relatos históricos escolares explica su mitologización. Dotados de una trama⁷ y expresados en forma narrativa, el argumento o trama tiende de suyo a asumir una forma canónica inalterable. La ordenación narrativa se convierte en un orden ritual cuando se presume que hay una explicación en la continuidad cronológica de los eventos.

Sin embargo, las obras más notables de la historiografía del siglo XIX no se propusieron siempre una narrativa lineal. Algunas agrupaban los hechos en torno a un tema central y rompían deliberadamente la continuidad cronológica. Otras tenían un marcado sentido alegórico, es decir, buscaban ilustrar verdades generales o tesis políticas del tipo: "Todo nuevo Estado que aparezca, todo pueblo que se emancipe, ha de ser necesariamente republicano"⁸. La utilización tardía de esta información en una narrativa lineal despojaba los esfuerzos de investigación de su carácter original, argumentativo y provisorio.

¿Acaso han desaparecido las tensiones que animaban internamente el discurso histórico del siglo XIX? Al menos las "historias patrias" las disimulan, tomando sólo de este discurso el encadenamiento de sucesos, a los que se ha despojado de su incongruencia y dramatismo. Una historia que se escribiera, pongamos por caso, hacia 1860, se abriría hacia el futuro, expectante e insegura, repleta de interrogantes.

⁷ Trama, urdimbre, argumento. También urdir una trama: son las posibilidades de traducir en castellano las nociones de *plot* y *emplotment*, esenciales para todo análisis de la narrativa.

⁸ Miguel Luis Amunátegui, *La dictadura de O'Higgins*, Santiago, 1855, p. 1.

La "historia patria" ha suprimido la incertidumbre al convertir el presente en una especie de culminación triunfal y el texto mismo en el depositario de las ideologías aceptadas.

Los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX emplearon las convenciones que dominaban entonces en la historiografía europea. Dichas convenciones se originaban en una renovación de las formas de representación frente a la Ilustración y al neoclasicismo, y traducían, como retórica, un contexto ideológico y cultural europeo. Por esto la recepción de tales convenciones propone dos problemas. Uno, su análisis como formas particulares de figuración de la realidad. Otro, el de un posible conflicto entre convenciones destinadas a representar una realidad cultural extraña, de la cual hacían parte, y la realidad cultural específica de Hispanoamérica. El riesgo de emplearlas consistía en que las convenciones se revelaran más fuertes que la realidad que debían transmitir, que los esquemas figurativos o los patrones de una narrativa distorsionaran realidades sociales y culturales que requerían un desplazamiento de esas convenciones para su comprensión.

En ausencia de otras formas de representación generalizada —literarias o pictóricas—, la figuración historiográfica debía codificar una materia bruta, hacer encajar los resultados de experiencias complejas dentro de moldes de inteligibilidad. Un autor, por ejemplo, podía representar la revolución americana como el resultado de la acción consciente de grupos reconocibles en una logia masónica o en clubes urbanos de tipo jacobino, y desdeñar como "irracional" la presencia de bandas armadas de mestizos y mulatos en los campos. Aquí, los modelos narrativos de la Revolución Francesa imponían patrones de interpretación a la luz de una trama y un inventario reconocible de actores históricos. De nuevo, como en el siglo XVI, cuando se figuraba a los indígenas americanos como si fueran los habitantes escultóricos de una Arcadia, los esquemas prefijados se imponían a la percepción de la realidad.

La idea de reproducir o desplegar el orden de la realidad en el relato hacía posible la asimilación de las propias experiencias, su transmutación en un significado. La narrativa podía sintetizar simultáneamente experiencias políticas, filosóficas y literarias, y aunarlas con un sentido de lo real y lo inmediato. Esta pretensión de reproducir la realidad en la narrativa abría la posibilidad de contrastar un mundo cultural americano con las convenciones transmitidas por el oficio histórico. Sin embargo, la codificación misma de los elementos culturales propios se elaboraba mediante esquemas valorativos que bloqueaban toda confrontación directa.

En Europa hubo en el siglo XIX un paralelismo en el desarrollo narrativo de la novela y de la historiografía. En ambos casos se operaba una reducción de la realidad que obedecía a reglas de la representación que iban ensayándose. El mundo

de la representación histórica debía enriquecerse no sólo con la exploración sistemática de las emociones y los modelos fictivos de sus acciones y reacciones, sino también con la representación de situaciones posibles en muchos desplazamientos temporales. Por tal razón Roland Barthes ha visto entre ambas un nexo profundo que "debía permitir la comprensión simultánea de Balzac y Michelet". Este nexo era, "en la una y en la otra, la construcción del universo autárquico, que fabricaba él mismo sus dimensiones y sus límites y distribuía allí su tiempo, su espacio, su población, su colección de objetos y sus mitos"⁹.

En América, las formas de representación fictiva se limitaron al costumbrismo. La observación costumbrista buscaba amoldarse a un mundo tradicional, casi inmóvil, en el que la novedad que podía introducir el libre juego de las emociones era prácticamente inexistente.

Los historiadores romántico-liberales de la Restauración francesa atribuían a la experiencia de la convulsionada historia reciente la comprensión de transformaciones políticas y sociales en el pasado. La familiaridad y la confianza de estos historiadores con el pasado nacían de su aceptación de posibilidades ilimitadas de cambio. Podían sentir también la extrañeza de un pasado relativamente reciente, que ahora parecía remoto por el hecho de haberse interpuesto una revolución¹⁰. Pero si en Francia esto excitaba la curiosidad por épocas remotas que había necesidad de remodelar según una visión contemporánea, en América produjo el efecto contrario. El pasado reciente se convirtió en un libro sellado, en una masa inmóvil que debía esconder en sus entrañas todos aquellos temores inconscientes que acechaban las expectativas más optimistas.

La liquidación del régimen colonial, cuya dominación fue abolida mediante las armas, debía completarse ideológicamente para liberar energías que habían permanecido encadenadas por la opresión y la rutina. La supresión de la Colonia como un período histórico en el que pudiera discernirse una acción dramáticamente significativa aproximaba el horizonte de los orígenes y creaba una sensación de juventud. La idea contraria, de envejecimiento y "preocupaciones", se atribuía a las masas iletradas que se aferraban servilmente a aquellos hábitos de sumisión que había creado en ellas el principio dinástico. Este principio, así fuere aceptado en cualquier medida, implicaba diluir el reconocimiento de un todo social inmediato en la vastedad de un imperio. Con las instituciones republicanas se establecía un

⁹ R. Barthes, *Le degré zéro de l'écriture*, París, 1953 y 1972, p. 25.

¹⁰ Douglas Johnson, *Guizot. Aspects of French History, 1787-1874*, London-Toronto, 1964, pp. 325 y 326.

principio de diferenciación, la delimitación indispensable para comenzar a adquirir un sentido de individuación. El republicanismo hacía radicar su eficacia en el hecho de mostrarse como el camino hacia una *comunidad imaginada* en la participación política que el principio dinástico había negado a los americanos. De esta manera se contrastaba un fetichismo injustificado con la adhesión "natural" y "racional" a las instituciones republicanas¹¹.

El siglo XIX alimentó así la noción de naciones que podían moldearse a voluntad con instituciones democráticas, enteramente desprendidas de un pasado despótico. Las nuevas instituciones no debían sufrir el rechazo que conllevaba el peso de una tradición. Al impugnar el pasado en bloque se repudiaban también formas peculiares de civilización. Se pretendía que la civilización era algo que forzosamente debía venir de afuera y que su presencia no acababa de concretarse en una sociedad racialmente heteróclita. Tal repudio iba a moldear las actitudes básicas con respecto a la propia sociedad. Ésta, a fin de cuentas, aparecía como un objeto extraño, en el que la historia transcurría solamente merced a aquellos motivos que podían discernirse en una minoría.

LAS TEORÍAS Y LA HISTORIOGRAFÍA

La mayoría de los historiadores se resiste a la formalización de una teoría sobre el trabajo histórico. La noción de una teoría evoca para los historiadores, cuando no una dudosa filosofía de la historia, alguna forma de reduccionismo o de beatería intolerante y excluyente. Lo que para algunos es un síntoma claro del dudoso carácter científico de la historia, para los historiadores, en cambio, es condición indispensable de innovaciones permanentes. Antes que plegarse a las adquisiciones acumulativas de una escuela o a la forma de un paradigma prestigioso, la disciplina histórica estimula la exploración de nuevos territorios o la adopción de un conjunto inédito de asociaciones.

Arte o ciencia, la profesionalización de las disciplinas históricas ha contribuido a erosionar los usos ilegítimos del pasado. Un pasado mítico podía servir para sancionar aquellos poderes que querían perpetuarse, cobijados por el prestigio de linajes de todo tipo, desde el parentesco con los dioses hasta los privilegios de

¹¹ Estos son los preceptos que Emmanuel Le Roy Ladurie sintetizaba de la experiencia de la escuela de *Annales* en su discurso de posesión en el Colegio de Francia. V. "L'histoire immobile", en *Annales*, mayo-junio 1974, p. 692.

primeros pobladores. O servía también para descifrar en él las señales manifiestas de un destino colectivo o nacional¹².

El trabajo histórico rechaza así la formalización de un lenguaje, para adoptar todos aquellos lenguajes que convengan a objetos de investigación permanentemente renovados. Pero si se rechaza la teoría, y más aún la *Gran Teoría*, debido a su tendencia a imponer un tratamiento del lenguaje que hace sospechoso todo contenido, en cambio comienza a tomar cuerpo una reflexión sobre el lenguaje de las obras históricas. Esto hace parte de la historia de los trabajos históricos o, para abreviar, de la historiografía.

La historia de la historiografía en Hispanoamérica ha adoptado el molde de los trabajos clásicos, en especial el de Fueter, que establece una morfología antes que una teoría de los trabajos históricos. Usualmente las morfologías historiográficas se ajustan a una periodización para la cual caben diferentes criterios. Uno puede consistir en la utilización de un esquema formal que señala el sentido general de una evolución. Por ejemplo, a partir de crónicas *primitivas* (o etnográficas, según el mismo Fueter) se pasa por una historiografía *heroica* (de los fastos guerreros de la Independencia) hasta llegar, en los albores del siglo XX, a una historiografía *científica*. Otro tipo de morfología se ajusta a los períodos culturales definidos para Europa. Aquí, todo el peso de la caracterización reposa en influencias de la Ilustración, del Romanticismo, del Positivismo, etc. Para el período de 1930 en adelante, ambos tipos de morfología recurren a la denominación de escuelas de origen académico: Neokantismo y *Kulturgeschichte*, *Annales*, *New Economic History*, diversas vertientes del marxismo, etcétera.

Aproximadamente a partir de 1960 las morfologías han tendido a polarizarse en América Latina en categorías tales como historiografía liberal-conservadora, historiografía revisionista, burguesa, nueva historia, etc., o han emprendido el examen de la posición generacional de grupos de historiadores frente al complejo político y social. Semejantes simplificaciones proporcionan el alivio de una calificación moral y han servido para señalar los defectos más obvios de una historiografía tradicional. Debe reconocerse, sin embargo, que a pesar de estar concebidas como categorías de lucha ideológica, su contenido analítico ha sido bastante pobre. Su aparición en las universidades ha obedecido a hechos sociales complejos. A veces se acompañan de una reflexión muy personal (*search of the soul*)¹³ y transparentan

¹² J. H. Plumb, *The Death of the Past*, Boston, 1971.

¹³ Véase, por ejemplo, la introducción de los ensayos del historiador peruano Pablo Macera publicados como *Trabajos de Historia*, Lima, 1977. Este escrito, intensamente personal, posee el mérito de la sinceridad. Calidad ausente del todo en trabajos con pretensiones teóricas.

el malestar producido por un confinamiento académico que mantiene a distancia las tentaciones de figuración política. No pocas veces revelan también la necesidad de una justificación moral ante la fatalidad de una promoción social por medio de las instituciones universitarias.

Hasta ahora la historiografía ha tenido también un tratamiento paralelo, cuando no subsidiario, al de la historia literaria. La historia se incorpora como un fragmento de los períodos culturales que sirven para colocar en casilleros o moldes preestablecidos las obras literarias. De una manera similar a la obra literaria, la obra histórica se toma como ejemplo de una sensibilidad o de una visión del mundo. Aun cuando cada obra y cada autor puede contemplarse en su individualidad, existe un fondo común de influencias que los adscriben a un período definido, como a un suelo nutricio del cual extraen sus elementos más característicos.

Este tratamiento ha hecho parte de una historia cultural o de una concepción del desarrollo general de las humanidades que cobija tanto a la historia literaria como a la historia del arte, la historia del pensamiento político, etc. La autonomía, más o menos reciente, de la historia del arte como de la historia literaria, sin referencias a un contexto social, político o económico (aunque exista, claro está, una floreciente historia social del arte) que les imponga el marco de una periodización ajena al hecho estilístico, se apoya en reflexiones teóricas sobre el lenguaje de las figuraciones artísticas¹⁴. Otro tanto puede decirse de la autonomía que ha cobrado la historia del pensamiento político o la historia de la ciencia y de las ciencias humanas¹⁵. No hay duda de que estas reflexiones deben afectar las exposiciones de carácter historiográfico.

¹⁴ En arte, la teoría que informa la reflexión histórica sobre los estilos es más temprana. Piénsese en Worringer, Wölflin o Berenson. Hoy tal vez son más influyentes Erwin Panofsky, *Studies in Iconology: Humanistic Themes in the Art of the Renaissance*, New York, 1962 (la 1ª edic. original data de 1939), y E. H. Gombrich, *Art and Illusion: A Study in the Psychology of Pictorial Representation*, London, 1972. En teoría literaria, Northrop Frye, *Anatomy of Criticism: Four Essays*, Princeton, N. J. 1971 (edic. original de 1957). Una comparación muy sugestiva entre géneros literarios y elaboración histórica en *Fables of Identity*, New York, 1963, p. 36.

¹⁵ Para la historia del pensamiento político informado de una teoría sobre las convenciones que rodean el lenguaje político en un momento dado, véase Quentin Skinner, "Meaning and Understanding in the History of Ideas", en *History and Theory*, 8:1 (1969), pp. 7-53, y J. G. A. Pocock, *Politics, Language and Time: Essays on Political Thought and History*, London, 1973. En la historia de la ciencias y las ciencias humanas, los conceptos de *paradigma* (Kuhn) y de *épisteme* (Foucault) han buscado definir una temporalidad particular para los objetos de su reflexión. Para la historiografía, Hayden White ha elaborado, a la gran manera, una compleja teoría sobre las estructuras profundas de la imaginación histórica. Véanse *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore-London, 1973, y los ensayos reunidos en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore-London, 1978.

Hoy es concebible —algunos dirían que deseable y hasta necesaria— una historia temáticamente unificada de Hispanoamérica¹⁶. En el siglo XIX dicha posibilidad era no sólo remota sino en modo alguno deseable. Cada fragmento del Imperio español que, por azar o por designio o por la necesidad de ciertos factores históricos, enfrentaba un destino como nación, rechazaba obstinadamente la idea de que tuviera algo en común con los demás fragmentos. Surgía así para cada uno la trama de una historia única, teñida a veces de acentos providenciales, a veces pesimista y hasta con ribetes trágicos. Las querellas intestinas poseían la intimidad de una historia de familia e iban jalonando los pasos de un destino irrevocable y único.

Pero si se prescinde de las complejidades dramáticas de la trama, ¿no son en el fondo estas historias una experiencia común hispanoamericana? En otras palabras, ¿no hablan un mismo lenguaje? Si el análisis de las historias nacionales se desplaza desde su encadenamiento factual hacia los medios de su representación narrativa, si la diversidad de "historias" se toma como un texto único para mostrar las convenciones con las cuales se construyen, muy pronto se revela que este procedimiento no constituye un artificio de tipo estructuralista¹⁷, sino una posibilidad de reflexionar teóricamente sobre el fenómeno de las "historias patrias".

El análisis del relato histórico del siglo XIX debe incorporarse dentro de una reflexión más general sobre las formas narrativas. La crítica y la teoría literarias

¹⁶ Tulio Halperin Donghi, "Para un balance del estado actual de los estudios de historia latinoamericana", en HISLA, *Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social*, Nº 5, Primer Semestre 1985, pp. 55-89. Como lo muestra este artículo, la industria académica de las universidades norteamericanas domina de una manera incontestable el campo historiográfico latinoamericano. Sus ventajas proceden de que allí los especialistas pueden beneficiarse no solamente de innovaciones temáticas y metodológicas en otras áreas de la historiografía sino que su visualización de América Latina tiene que ser global. Aunque en América Latina ha ido creciendo el interés por debates sugeridos por los trabajos norteamericanos, la comunicación académica entre los mismos países latinoamericanos sigue siendo pobre. Otro problema que sugiere el artículo consiste en que la incidencia de trabajos latinoamericanos en el mundo académico norteamericano es casi nula. Las exigencias de una carrera universitaria en Estados Unidos se refiere a los estándares de su propia producción, jamás a los tratamientos o a las razones por las cuales en un país dado domina una serie de problemas. En cada país latinoamericano suele haber mucha más coherencia en las preocupaciones historiográficas de las que puede mostrar una obra sobresaliente o que ha merecido la atención de revistas especializadas norteamericanas. Piénsese, por ejemplo, en la labor del IEP en Lima o en el Centro Bartolomé de Las Casas en Cuzco.

¹⁷ El procedimiento ha sido sugerido por la crítica de M. Foucault de los conceptos de tradición, influencia, desarrollo y evolución para filiar el linaje intelectual de una obra. Véase *Archéologie du savoir*, París, 1969, pp. 25 y ss.

colocan en el centro de sus problemas la *mimesis* o figuración de la realidad¹⁸. Por su parte, el relato histórico parece estar colocado, como lo observaba Roland Barthes¹⁹, “bajo la caución imperiosa de lo real”. Es decir, aparentemente la estructura verbal del discurso histórico no puede divorciarse de su función figurativa o de representación de la realidad. En todo análisis historiográfico la preocupación por el contenido desdeña la forma y por eso no se percibe la familiaridad del relato histórico con todas las formas ilusorias mediante las cuales el siglo XIX se complacía en crear un *efecto de realidad*: el diario íntimo, la literatura documental, la noticia sensacionalista, el museo histórico, la invención de la fotografía, etc.²⁰. En Hispanoamérica habría que agregar, por razones que se verán más adelante, la literatura y los dibujos costumbristas.

Estas observaciones han sugerido un paralelismo entre las estrategias de representación de los historiadores del siglo XIX y la “revisión de los sistemas de representación que se operaron en varias formas de espectáculo que condujeron hasta la invención de la fotografía”²¹. El realismo histórico obedecería también a unas formas de representación, a ciertas convenciones básicas capaces de transformar la experiencia bruta, atomizada, de los hechos sociales, para hacer posible su trasposición coherente en el relato. De la misma manera que la representación visual nos enseña a ver la realidad (del paisaje, por ejemplo) de un cierto modo, la historia, construida mediante convenciones narrativas, nos compele a ver la realidad social y política de una cierta manera. Las convenciones con las cuales se construye la representación histórica y que operan en nuestra percepción de la realidad social y política no están constituidas por el mensaje explícitamente ideológico del relato. Se trata más bien del lenguaje o de los lenguajes destinados a procurar un acercamiento de la realidad social. La calidad de la representación depende entonces de la riqueza de las convenciones adoptadas, del refinamiento o enriquecimiento del lenguaje o los lenguajes.

¹⁸ Véase al respecto la obra clásica de Erich Auerbach, *Mimesis. The Representation of Reality in Western Literature*, Princeton. N. J., 1968.

¹⁹ Véase “Le discours de l’histoire”, en *Poétique*, N° 49, febrero de 1982, p. 13.

²⁰ Recientemente Stephen Bann, *The Clothing of Clío: A Study of the Representation of History in Nineteenth Century Britain and France*, Cambridge, 1984, ha retomado esta observación de R. Barthes y encarado con ella el análisis de aspectos de la obra de Ranke, Barante, Michelet y Macaulay. Asocia los efectos de realidad (*effet du réel*) de los historiadores con los que quería producir la taxidermia, la disposición de los objetos en el museo de Cluny (en París) por Sommerard, la pintura histórica de Desmarais, los caprichos arquitectónicos de sir Walter Scott en su residencia o el espectáculo de los diorama.

²¹ Véase “Le discours de l’histoire”, *op. cit.*

Cuando el relato histórico se incorpora dentro de una reflexión sobre las formas narrativas, o sobre sus procedimientos formales, parece forzoso tomar como ejemplo las obras históricas del siglo XIX, tributarias todavía en este sentido de una historiografía clásica. Roland Barthes percibía claramente, sin embargo, “el desdibujamiento (si no la desaparición) de la narrativa en la ciencia histórica contemporánea”. La intelección y no la pintura o la reproducción de la realidad, en la que el orden del relato quiere reproducir el de los acontecimientos, sería el signo de una ciencia histórica contemporánea, de la *historia-problema*, tal como la postulaba Lucien Febvre²². El acceso a lo inteligible, según Barthes, no son ya las cronologías sino las estructuras. Aunque colocar la historia bajo el signo del estructuralismo atrae otro problema: el de la calidad ilusoria de la representación temporal. Esta representación, lo mismo que la de la realidad, depende de la secuencia de los hechos representados y de convenciones narrativas que abrevian o prolongan las secuencias a voluntad.

En estos ensayos se han tomado ejemplos de las obras de unos pocos historiadores surhispanoamericanos del siglo XIX. Esta elección no ha sido del todo arbitraria, pues parece existir un consenso en cada país sobre la calidad de los historiadores nacionales por excelencia. Me refiero a ejemplos y no a la obra de cada uno aisladamente considerada. Aunque cada historiador posee rasgos característicos y su obra revela peculiaridades culturales locales o traduce un entorno político propio, el esfuerzo debe recaer en hacer evidentes las raíces de una tradición historiográfica común.

Los historiadores hispanoamericanos se referían constantemente a los europeos²³. Todos tenían acceso a los mismos autores, casi siempre franceses, y esto plantea un problema respecto a la recepción de convenciones y modelos europeos. Pero entre ellos mismos había también referencias cruzadas. Nexos ideológicos, afinidades generacionales, exilios, experiencias históricas comunes o incompatibilidades, reales o supuestas, invitaban a tales referencias. El general Bartolomé Mitre no sólo mantuvo una nutrida correspondencia con sus colegas chilenos (había compartido una celda en una cárcel de Santiago con don Benjamín Vicuña Mackenna), sino que don Diego Barros Arana le hacía llegar un ejemplar de la obra del colombiano José Manuel Restrepo que le iba a servir para contrastar el proceso revolucionario de su país con el de la Gran Colombia. Restrepo, a su vez, no podía perder de

²² Véase *Combats pour l’histoire*, París, 1965, pp. 22-23: “Pas de problème, pas d’histoire”.

²³ Puede observarse, de paso, que no de otra manera procedían los clásicos de la historiografía norteamericana, George Bancroft, John L. Motley o Francis Parkman. Véase David Levin, *History as Romantic Art*, Stanford, 1959.

vista la obra del venezolano Rafael María Baralt al ampliar su historia de la revolución colombiana. Gabriel René Moreno no sólo fue discípulo de los chilenos sino que en su obra sobre Bolivia se advierte la presencia silenciosa de Miguel Luis Amunátegui. Amunátegui, a su vez, había formulado las ideas esenciales que su condiscípulo y amigo Diego Barros Arana, quien lo sobrevivió varios lustros, iba a desarrollar en la minuciosa narrativa de su *Historia Jeneral de Chile*. El peruano Paz Soldán citaba largamente a Mitre, a Vicuña Mackenna y aun los distantes artículos que Juan García del Río había publicado en el *Repertorio Americano*, en Londres. El ecuatoriano Federico González Suárez se apoyaba en José Manuel Groot y mantenía una expectativa sobre la aparición de cada volumen de la *Historia Jeneral* de Barros Arana, mientras que escribía su propia *Historia General de la República de Ecuador*.

La elite intelectual hispanoamericana sentía como algo común el *épos* patriótico de la Independencia. Valoraciones divergentes de episodios y personajes contribuían a crear, sin embargo, una frontera intangible que se iba sumando a las fronteras geográficas de *comunidades imaginadas*, para adoptar la expresión con la que B. Anderson designa a las nuevas naciones. Desterrado en Lima, después de haber sido derrocado como presidente de los Estados Unidos de Colombia, el gran general Tomás Cipriano de Mosquera escribía una carta a Mariano Felipe Soldán el 14 de noviembre de 1869, en el momento de la aparición del primer volumen de la *Historia del Perú Independiente*. En ella debatía la interpretación del historiador peruano sobre la anexión de Guayaquil a la Gran Colombia en 1822. Mosquera, como secretario de Bolívar, y sobre todo su hermano, don Joaquín, como diplomático, habían tenido participación en este episodio. En su carta, Mosquera expresaba con precisión las expectativas de las elites hispanoamericanas con respecto a la historia:

El acucioso empeño que ha tenido usted para hacer una colección tan abundante de documentos para escribir la historia del Perú es una labor muy recomendable y felicito a usted por el empeño que ha tomado en dejar al Perú su interesante obra: ella y las otras escritas que se han publicado en diferentes memorias e historias de la grande epopeya de la revolución hispanoamericana, son materiales que preparan a un historiador del siglo veinte los datos indispensables para escribir en esa época remota una historia imparcial, y no faltará para entonces un Prescott que deje a las generaciones futuras la narración verídica de los acontecimientos del mundo americano, cuando dejó de ser colonia para constituir las nuevas repúblicas. A los contemporáneos nos toca referir lo que cada uno ha presenciado, para que un juez imparcial presente el cuadro verídico de la historia de la época de que nos ocupamos, porque

no todos los hombres ven con claridad la parte moral o política de los acontecimientos que se refieren, y por eso ha dicho Volney que en la historia no hay más cosa realmente verídica que la existencia de ciertos personajes y hechos irrevocables como por ejemplo entre nosotros la proclamación de la Independencia y las batallas memorables de Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho²⁴.

Los historiadores del siglo XIX trabajaban con la convicción de que una biografía o un trabajo monográfico constituían apenas las piedras aisladas de un gran edificio futuro. Esta imagen subentendía la confianza en que una narrativa detallada, completa, desplegaría la significación global de la historia. La tarea se reservaba en el siglo XIX no al historiador a secas, que estaba encargado de la labor ingrata y un poco menial de acopiar materiales, sino al historiador-filósofo. Éste era el encargado de encontrar la ubicación exacta de los materiales, asignando el valor de cada uno o rechazándolos si eran inadecuados a su propósito, de establecer los nexos entre ellos y su cronología, lo cual debía poner en evidencia no sólo una mera sucesión temporal, sino también una sucesión causal y, por ende, una interpretación. Era una labor de elección refinada en que unos hechos se promovían al rango de *causas* y otros se desechaban. Como tal, debía ser una tarea durable y ojalá definitiva.

La magnitud de la obra de los historiadores que se mencionan y su carácter *acabado*, en algunos casos, les otorgaron a éstos el reconocimiento por parte de sus contemporáneos. A pesar de los que claman contra el sacrilegio, su tarea puede y debe ser rehecha. Pero obras como la de Miguel Luis Amunátegui o la de Gabriel René Moreno son buenos ejemplos de las sugerencias que ofrece esta historiografía como un material en el que todavía podemos sumergirnos con una información más amplia o con conceptos más precisos. Ellos crearon para su propia época un horizonte histórico e incorporaron en ella formas peculiares de representación.

Sin duda, y éste es el tema central de los presentes ensayos, puede reprochárseles el haber divorciado muy a menudo su interpretación de los hechos de la red de significaciones originales de su propia cultura. Por tal razón sus análisis políticos tenían casi siempre un sentido puramente formal, centrado en examinar el contenido moral de los comportamientos y no su adecuación a una cultura. La relación entre el "cosmos inteligible de la cultura"²⁵ y el caos de incidentes de la política

²⁴ Reproducida en Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, Segundo período, T. 2, Lima, 1874, p. 209.

²⁵ Antropólogos como Clifford Geertz o Marshall Sahlins conciben la cultura como un sistema de significaciones específicas al cual deben referirse, para su interpretación, acontecimientos, conductas

quedaba así invertida. Como resultado, una cultura que se asentaba en elementos heteróclitos y aparentemente inconciliables era negada deliberadamente.

En vez de incorporar la cultura a la política, la historiografía del siglo XIX se contentaba con operar la unificación o la compresión del campo histórico en el momento elegido como origen. La gesta, el momento único de la virtud heroica, sustituía el resto del pasado. En un caso extremo, el del peruano Mariano Paz Soldán²⁶, el relato parece desarrollarse en un vacío geográfico, en el que toda la vasta dimensión de los Andes queda reducida a la representación esquemática de operaciones militares y campos de batalla. Divisiones y batallones homogéneos y anónimos crean una impresión ficticia de unidad entre las antiguas castas sociales. El momento heroico no sólo llenaba el pasado sino que podía extenderse también a la historia presente y futura. Cualquier aspiración política podía proyectarse en ese momento seminal en donde la simplicidad del mensaje, la nitidez de las virtudes o la claridad de las ideas representaban un paradigma único.

o instituciones. Fuera de un sistema simbólico dado, de una cultura, los hechos que se producen en ella adquieren una significación arbitraria. Véase C. Geertz, *The Interpretation of Cultures*, New York, 1973, p 14: "As interworked systems of construable signs (what, ignoring provincial usages, I would call symbols), culture is not power, something to which social events, behaviors, institutions or processes can be casually attributed: it is a context, something within they can be intelligibly—that is, thickly—described".

²⁶ Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, 3 vols., Lima, 1868-1870.

CAPÍTULO I

LAS CONVENCIONES CONTRA LA CULTURA

LA RAZÓN FILOSÓFICA Y LA RAZÓN FILOLÓGICA:
EL DEBATE BELLO-LASTARRIA (1844-1848)

A finales de 1875 don Diego Barros Arana escribía a su amigo el general Bartolomé Mitre, con quien mantenía correspondencia desde su paso por Buenos Aires, en 1859:

He leído en la *Revista Argentina* los artículos de López sobre el año 20. He ahí una literatura histórica que no puede agradar a los que tenemos la costumbre de estudiar documentos, comprobar las fechas, etc. Siempre he creído que lo que se llama historia filosófica es el asilo de los que no quieren entender la historia, de los que quieren hacer de esta ciencia un conjunto de generalidades y declamaciones vagas e inútiles. Yo no sé si usted recuerda la polémica que sobre este punto sostuvo don Andrés Bello en 1847 con Lastarria y otros escritores chilenos, combatiendo ese género de historia filosófica. A pesar del prestigio de tan gran maestro, los que en Chile nos hemos dedicado a estudiar y a escribir la historia, sobre todo Amunátegui y yo, hemos tenido que batallar largo tiempo

para demostrar que la historia sin hechos bien estudiados y sin documentos, es completamente inútil y absurda¹.

No era la primera vez que Barros Arana evocaba esta famosa polémica, ni sería la última. En 1905, casi al final de su vida, se complacía en comprobar el triunfo completo del punto de vista de Bello, el cual debía atribuir en no pequeña parte a la publicación de su monumental *Historia Jeneral de Chile* (1885-1902)². En esta carta a Mitre el historiador chileno confirmaba la impresión del ex presidente sobre Vicente Fidel López, un autor que escribía la historia “sin documentos”³.

La mención de Bello, “tan gran maestro”, quería poner las cosas en su punto, pues Mitre había escrito un ambiguo elogio en una carta anterior. Don Andrés Bello era para Mitre el prototipo del “verdadero sabio Americano”: “Talento de asimilación, espíritu enciclopédico, vulgarizador elegante y metódico de tareas ajenas, que sólo ha sido original en materia de lengua castellana”. La disminución deliberada de la estatura del maestro de los chilenos hacía parte del estilo de condescendencia en que el historiador-presidente incurría a veces con sus colegas del otro lado de los Andes. La alusión a la única originalidad de Bello, en materia de lengua castellana, no era un elogio excesivo en boca de un escritor argentino. Era más bien un viejo reproche que recordaba las polémicas que los emigrados de la dictadura de Rosas residentes en Santiago habían sostenido con el maestro sobre la insoportable opresión de la gramática⁴. Por su parte, Barros Arana recordaba sutilmente a su colega argentino que las dificultades que éste encontraba en su propio medio hacía ya una generación que se habían presentado y casi dirimido en Chile. Y todavía faltaban seis años para que se concretara una polémica similar entre Mitre y Vicente Fidel López, a raíz de la publicación de la *Historia de Belgrano*, de aquél.

La intimidad del intercambio entre los dos historiadores nacionales por excelencia en su respectivo país señala las correspondencias que habían enlazado la historia intelectual de Chile y Argentina desde las guerras de la Independencia. La migración argentina en Chile durante la época de Rosas se había convertido en un acicate para el surgimiento de la generación literaria de 1842. Tanto Domingo Faustino Sarmiento como Vicente Fidel López (Mitre llegó más tarde) se encontraron entre los exiliados de los años 40 y asistieron –y tal vez atizaron– a la polémica entre Bello y José Victorino Lastarria. Más adelante, el recuerdo de esos

años permitió a los historiadores chilenos ser acogidos en Buenos Aires por Mitre, Sarmiento y otros intelectuales, y mantener con ellos una correspondencia y un nutrido intercambio de libros.

El argentino Vicente Fidel López parece haber conservado intacto el espíritu que había animado las declamaciones de una generación chilena anterior. Existe también un paralelismo evidente entre las convicciones del chileno José Victorino Lastarria en 1844 y las del argentino José Manuel Estrada casi veinte años más tarde. Ese espíritu y esas declamaciones compartían la impaciencia de un radicalismo racionalista frente a los trabajos eruditos a los que Mitre y Barros Arana dedicaban sus esfuerzos.

El debate Bello-Lastarria posee muchas versiones. En casi todas aparece como el enfrentamiento entre una cierta ambición interpretativa y un empirismo estrecho que se limitaba a recomendar el uso riguroso de las fuentes y la reconstrucción paciente de los hechos. El mismo Barros Arana, en sus recuerdos de 1905, reducía los argumentos de Bello a una ortodoxia triunfante y apenas razonable: “Hoy, cuando los principios sostenidos por Bello no encuentran, ni pueden encontrar contradictor razonable, esos escritos se leen en busca de buena y agradable teoría literaria”⁵.

Según algunos, la influencia de tales recomendaciones imprimió una huella profunda en la historiografía chilena. En ella ha dominado el tono menor y se ha rehuido la pretensión de las grandes síntesis o de las explicaciones desmesuradas que responden a un espíritu “tropical y exaltado”. Una versión menos favorable ve en ello una limitación, pues la historia ha sido despojada de cualidades estéticas, para quedarse en una erudición seca y sin expresión⁶.

Después de una residencia de veinte años en Inglaterra, el venezolano Andrés Bello había llegado a Chile a comienzos de la era de Portales y adherido discretamente al régimen pelucón. Como mentor intelectual de la naciente república, su labor intelectual culminó con la fundación de la Universidad de Chile, de la cual fue el primer rector. Unos años antes (1834-1836), José Victorino Lastarria había asistido

⁵ *Un decenio en la historia de Chile*, T. II, p. 448.

⁶ Guillermo Feliú Cruz, “Interpretación de Vicuña Mackenna: un historiador del siglo XIX”, y Julio César Jobet, “Notas sobre la historiografía chilena”, en *Atenea*, número dedicado a la historiografía chilena, Santiago, s.f. También Feliú Cruz, *Historiografía colonial de Chile*, T. I, Santiago, 1958. El reproche más insistente en este sentido proviene de Francisco Antonio Encina, una especie de furibundo Nietzsche-Gobineau criollo, que parece haber dado una importancia superlativa al cerebro y a las funciones cerebrales –las suyas– y que consideraba a los restantes chilenos –en el pasado y en el presente– como muy defectuosos con respecto a este importante órgano. Los del siglo XIX eran “criollos de cerebros bastos e impermeables”. Véase “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, en *Atenea*, pp. 27-68.

¹ *Archivo del General Mitre. Correspondencia Literaria, 1859-1881*, T. 20, Buenos Aires, 1912, p. 80.

² D. Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile, 1841-1851*, Santiago, 1905, T. II, p. 448.

³ *Archivo del General Mitre*, T. 20, p. 72.

⁴ Allen Woll, *A Functional Past*, op. cit., pp. 12-13.

a clases de gramática y Derecho Romano que Bello dictaba en su casa⁷. Pero en 1871, al referirse a la actividad intelectual del período liberal (1823-1829), sostenía que “todo aquel gran movimiento de progreso y de emancipación intelectual comienza a declinar con la influencia de don Andrés Bello en nuestras aulas hacia el año 1833”. Lo llamaba también “corifeo de la contrarrevolución intelectual”⁸.

Tales observaciones del fundador del partido liberal chileno hacían parte de una compleja relación con el maestro en la que se alternaban expresiones de respetuosa veneración y de reproche. En 1868, por ejemplo, al prologar una *Miscelánea* de sus escritos históricos, Lastarria escribía: “Mis estudios me habían llevado a conclusiones que casi siempre eran rechazadas por mi maestro, cuando no guardaba silencio, y rara vez apoyadas por él o dilucidadas”⁹.

Frente al papel institucional de la labor de Bello, Lastarria aparece como la cabeza visible de un grupo literario congregado espontáneamente a su alrededor. Para su fundador, el grupo no había tenido “origen en influencias sociales ni en hechos históricos anteriores y sobrevino como una reacción casi individual, que tuvo que preparar por sí misma y sin elementos el acontecimiento que iba a producir, al través de todas las dificultades políticas y sociales”¹⁰.

La insistencia en la absoluta espontaneidad de un movimiento de regeneración intelectual, nacido sin ataduras a ninguna tradición y en un terrero estéril, es característica. Era la oposición consciente, de aires cosmopolitas, al encerramiento político de la era de Portales y la respuesta de una nueva generación intelectual al sentido común y la estrechez provincianos. Los modelos que ésta adoptaba para repudiar tanto una política como una sociedad que la ahogaban provenían del romanticismo liberal francés¹¹.

Con el correr de los años, la Sociedad Literaria que apareció en 1842, emparentada por la influencia de los inmigrantes argentinos con el Salón Literario de Buenos Aires, sería identificada con el movimiento germinal de la vida literaria chilena en el siglo XIX. En 1843 la sociedad invitaba al estudio de una “filosofía de la historia”. Tal preocupación se había originado en la lectura de las *Ideas* de Herder recomendada por otro asociado de Bello, Juan García del Río¹². A partir

⁷ Alejandro Fuenzalida Grandón, *Lastarria y su tiempo (1817-1888). Su vida, sus obras e influencia en el desarrollo político e intelectual de Chile*, Santiago, 1911.

⁸ José V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago, 1885, p. 16.

⁹ “Estudios históricos”, en *Obras Completas*, T. VII, Santiago, 1909, p. 4.

¹⁰ *Recuerdos literarios*, p. 4.

¹¹ Allen Woll, *A. Functional Past*, pp. 13 y ss.

¹² *Ibid.*, p. 27. García del Río conocía esta obra desde la aparición de la edición francesa (en la traducción de Edgar Quinet de 1827) y había sacado de ella un epígrafe para sus *Meditaciones colombianas*.

de entonces Lastarria y los miembros de la Sociedad esgrimieron la “filosofía de la historia” como un arma más en su lucha contra los hábitos sociales y mentales dominantes.

Qué fuera esa filosofía de la historia, vino a concretarse en dos *Memorias* de Lastarria y en un discurso de Jacinto Chacón en defensa de éste, entre 1844 y 1847. Bello le había encargado a Lastarria que elaborara la primera de una serie de *Memorias* históricas previstas en los estatutos de la universidad recién fundada. Lastarria redactó unas *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*¹³. En esta obrita Lastarria se esforzaba en demostrar que el pasado colonial se hallaba aún vivo en el “espíritu social” y en las “costumbres” del pueblo chileno. Por lo demás, nada recomendaba este pasado. Él había anonadado y envilecido al pueblo chileno, pues estaba calculado para producir tal efecto. No era pues de extrañarse que los acontecimientos mismos de la Independencia, en sus primeros momentos, hubieran sido tocados por el pasado, “sombrió y sin movimiento”. La reflexión de este filósofo, que contaba entonces con 27 años, invitaba a la demolición sistemática del pasado que seguía encadenando los hábitos mentales y políticos de los chilenos. En 1868 el mismo Lastarria interpretaba sus intenciones de juventud como un combate contra “los elementos viejos de nuestra civilización”. Había buscado “combatir el pasado colonial, hiriéndolo, chocándolo, sublevando contra él las antipatías de la nueva generación”¹⁴.

El conocimiento superior que Lastarria y su generación se atribuían como filósofos de la historia estaba alimentado por una vivencia primaria de lo que ellos contemplaban como “civilización” y “costumbres” del pueblo chileno. Esta realidad cultural, que para ellos resultaba opresiva, debía ahorrarles el seguir paso a paso, con una investigación detallada, un proceso cuyos resultados aparecían a la vista. “El sistema colonial se apoyaba (...) en las costumbres y marchaba con ellas en íntima unidad y perfecta armonía”. La revolución misma no había constituido un movimiento regenerador, porque el pueblo se aferraba a “su espíritu social” y a sus “costumbres”.

Casi veinte años antes Juan García del Río se expresaba de una manera similar, pero buscando defender ante los europeos la tarea de los próceres americanos. Para obtener la independencia, ellos habían debido “disipar las preocupaciones de toda especie de que estaba imbuida la masa general de los habitantes”. Reconocía, eso sí, que no se podían cambiar súbitamente hábitos arraigados y prejuicios (“preocupaciones”) añejos. Por eso,

¹³ *Obras Completas*, T. VII.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 1, 5, 7.

aunque sea cierto que hemos arrojado muchos de los vergonzosos andrajos con que nos vistieron el despotismo y la superstición; aunque no pueda negarse que nuestras almas han recibido en cierto modo un nuevo temple en la escuela de la revolución, y en la nueva carrera de actividad que en todo género se nos ha abierto; aunque sea indudable que nuestros hábitos, nuestras costumbres, y todo el tono y aspecto de la sociedad han cambiado y mejorado (...) conservamos todavía no pequeña parte de la herencia que nos legaron nuestros padres. Se necesitan todavía muchas y graves reformas en todo cuanto conduce a la felicidad doméstica, social y pública: se necesita dar grandes hachazos al árbol corpulento de la superstición y de las preocupaciones¹⁵.

¿En qué consistían esas costumbres que presentaban una resistencia tan obstinada al desarrollo de “leyes morales” aptas para una democracia? Simplemente en los hábitos sociales de una sociedad agraria, en la predisposición del espíritu colectivo a la credulidad y a la sumisión y, por ende, en la tendencia a un conservadurismo rutinario sobre el cual se habían calcado instituciones autoritarias. Lastarria admitía que dichas costumbres “eran simples y modestas, es verdad, pero antisociales, basadas sobre errores funestos y, sobre todo, envilecidas y estúpidas bajo todos aspectos: su sencillez era la esclavitud”. Esta idea permitía a Lastarria poner en entredicho la gesta misma de la Independencia, “esos hechos heroicos que tanto halagan nuestro amor nacional”, por cuanto la Independencia de las colonias españolas no podía derivarse, como en Norteamérica, de la propia civilización y las propias costumbres¹⁶.

No iba a ser ésta la última vez que se expresara una admiración sin reservas por la preparación de las colonias anglosajonas para la libertad y la democracia, en contraste con la situación de los pueblos hispanoamericanos. Para Lastarria, libertad y democracia eran en Estados Unidos frutos naturales de una evolución histórica que había reconocido siempre la participación ciudadana en los asuntos públicos. Por el contrario, los valores del *humanismo republicano* cuya tradición se ha identificado con la influencia de Maquiavelo¹⁷ sólo podían discernirse en Hispanoamérica dentro

¹⁵ Juan García del Río, “Revista del estado anterior...”, en *El repertorio americano*, T. I. pp. 251 y 252.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 129, 134, 70 y 28.

¹⁷ Sobre esta tradición, véase el influyente libro de J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton University Press, 1975. También “The Machiavellian Moment Revisited: A Study in History and Ideology”, en *Journal of Modern History*, N° 53, 1981.

de una minoría educada. Por tal razón el venezolano Baralt, como el colombiano Restrepo, el chileno Vicuña Mackenna o el peruano Paz Soldán contrastaban la virtud que podía cultivarse en la participación en los asuntos públicos con el reverso de la medalla: la amenaza inminente de turbas incontrolladas.

El progresismo de Lastarria y de la Sociedad Literaria exhibía un antihistoricismo profundo en el rechazo global de la tradición española y en una cautela inequívoca con respecto a la generación de la Independencia. La generación de 1842 quería planear libre y sin ataduras sobre todas las épocas de la humanidad, reunidas para su conveniencia en manuales históricos franceses. Por eso podía contemplar con absoluto desdén las épocas oscuras, como la de la colonia española, y complacerse más bien con las cimas que había alcanzado la humanidad. Mediante un acto radical de negación, Hispanoamérica debía asociarse, según ellos, con esta visión luminosa. La obstinada fijación en la doctrina del progreso subordinaba toda interpretación del pasado a las expectativas sobre el futuro. El pasado era tan sólo, en el mejor de los casos, un espectáculo lamentable de envilecimiento, oscurantismo y opresión y, en el peor, una influencia todavía activa que debía extirparse.

En la respuesta de don Andrés Bello, en la que condenaba con cierta moderación y bonhomía estas doctrinas, parece conveniente distinguir dos aspectos. Uno, relativo al problema propiamente historiográfico o la discusión, hasta ahora la más obvia, sobre los métodos históricos. Otro, un debate implícito sobre el significado de la cultura americana. En una reseña sobre la *Memoria* de Lastarria de 1844, Bello hacía hincapié en el último problema, en tanto que dos artículos de 1848 se refieren casi íntegramente a la cuestión metodológica¹⁸.

La argumentación de Lastarria tendía a subordinar la metodología de la investigación histórica a su percepción de las inferioridades culturales del pueblo chileno. La percepción contemporánea debía servir como piedra de toque para un juicio inequívoco sobre el pasado. El análisis de las inferioridades como una fuente de reflexión “filosófica” debía ahorrar un seguimiento histórico, puesto que los hechos no podían sino oscurecer la aprehensión inicial y dilatar el juicio definitivo sobre la “deformidad, la incongruencia, la ineptitud” de la civilización legada por España.

Bello matizaba mucho más su argumentación con respecto al problema cultural. No creía en la polaridad absoluta en el conflicto mismo de la Independencia entre “dos ideas, dos tipos de civilización”, sino que se inclinaba a ver en

¹⁸ Andrés Bello, “Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile”, en *El Araucano*, N°s 742 y 743, Santiago, 8 y 15 de noviembre de 1844; “Modo de escribir la historia”, en *El Araucano*, N° 912, 28 de enero de 1848; y “Modo de estudiar la historia”, en *El Araucano*, N° 913, 4 de febrero de 1848. Reproducidos en *Obras Completas*, Santiago, 1874, T. VII, pp. 107 y ss. En 1ª edición venezolana, T. XIX, pp. 231-242 y 245-252.

él una competencia política. La secreta identidad de los actores de la contienda no podía justificar la idea de una "inferioridad" o de un "envilecimiento" de los pueblos sujetos a España. Estos pueblos eran otra "Iberia joven", que conservaba "el aliento indomable de la antigua". Incluso proponía como problema, no como certidumbre, la forma en que la raza había modificado la revolución en los diferentes países americanos.

Sin embargo, no existía un abismo entre sus propias concepciones de la cultura americana y las de Lastarria, probablemente por el hecho de que éste se limitaba a exagerar las enseñanzas del propio Bello. Inspirándose en Benjamín Constant, Bello distinguía entre la independencia política (libertad negativa de Constant), logro de las gestas guerreras que había conducido a deshacer la opresión, y la libertad, confinada al ámbito privado y a las relaciones sociales concretas. Para él, la independencia era un principio "espontáneo", es decir, la reacción inmediata frente a una situación de opresión. La libertad, en cambio, era un producto cultural, de germinación laboriosa y lenta. Por eso en Hispanoamérica se presentaba como un producto adventicio, "artificial", derivado de la contemplación de culturas ajenas. La libertad era el fruto del imperio de las leyes, las cuales debían sancionar y adaptarse a costumbres ya establecidas. Las leyes dictadas por los congresos americanos obedecían "sin sentirlo, a aspiraciones góticas", y buena parte de la legislación española había sobrevivido a la Independencia. El sometimiento a leyes que garantizaran la libertad sólo podía surgir cuando las relaciones sociales fueron más fluidas o en todo caso una arcilla más dúctil que los "duros y tenaces materiales ibéricos"¹⁹.

Bello personificaba simultáneamente el ámbito intelectual en que se habían movido los próceres de la Independencia americana y el repliegue autoritario en el que se habían refugiado frente a las dificultades de la construcción de un Estado. Para una generación posterior, la atracción hacia las gestas de la Independencia se contrapesaba con la repulsión hacia las disensiones y las pasiones que aquéllas habían dejado detrás de sí. Lastarria mostraba esta perplejidad al ocuparse inicialmente más bien de una oscura época colonial, en la que veía las raíces de los males contemporáneos. Por eso él reservaba a su generación una misión no menos heroica que la de los próceres: la comprensión de acontecimientos que éstos habían desencadenado sin obedecer sino a meras "aserciones y esquemas empíricos". "Nuestra revolución —afirmaba— no podía ser completamente regeneradora ni terminarse tampoco en la última batalla en que triunfaron los independientes, porque el pueblo sólo pretendía emanciparse de la esclavitud sin renunciar a su espíritu social ni a sus costumbres"²⁰.

¹⁹ A. Bello, *Obras Completas*, Caracas, 1957, T. XIX, pp. 161 y ss.

²⁰ J. V. Lastarria, *Obras Completas*, T. VII, p. 134.

La generación de Lastarria, que había visto congelarse la revolución en instituciones conservadoras, no podía hacer justicia a la acción revolucionaria. Veía en ella una mera acción empírica, sin reglas que hubieran servido para prever y orientar el futuro. Su aspiración consistía entonces en dotarla de un sentido más general, aquel que había sido previsto por la Ilustración europea. Con ello se pretendía llenar un vacío con una tradición cultural extraña, por más que ésta se presentara como un movimiento general de la humanidad. Bello expresaba ideas similares pero moderadas, con el convencimiento de que una tradición cultural no podía cambiarse súbitamente y de que, en todo caso, tenía forzosamente que partirse de ella.

A diferencia de Lastarria, Bello disociaba el problema metodológico —cómo escribir la historia— de estas disputas ideológicas. Para comenzar, proponía como alternativa al "cuadro de dimensiones tan vastas" encarado por la *Memoria* de Lastarria, "mil objetos parciales, pequeños (...) comparados con el tema grandioso de la memoria de 1844". Aquí la fragmentación no estaba destinada a desanimar el espíritu filosófico, sino a buscar una aproximación real al conocimiento histórico. Por eso especificaba un programa de investigaciones que aún hoy sería inobjetable: "Las costumbres domésticas de una época dada, la fundación de un pueblo, las vicisitudes, los desastres de otro, la historia de nuestra agricultura, de nuestro comercio, de nuestras minas, la justa apreciación de esa o aquella parte de nuestro sistema colonial".

En tanto que el discípulo mostraba una impaciencia febril por demoler el pasado, el maestro invitaba a la tarea de reconstruirlo pieza por pieza. Frente a declamaciones altisonantes, Bello se limitaba a recomendar la reconstrucción cuidadosa de los hechos, la exploración y la lectura de las fuentes, la elaboración de una narrativa descuidada hasta entonces. En ésta podía incorporarse una filosofía de la historia al desarrollar una "ciencia concreta" que

de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época (...) ella nos hace ver en cada hombre-pueblo una idea que progresivamente se desarrolla vistiendo formas diversas que se estampan en el país y en la época; idea que llegada a su final desarrollo, agotadas sus formas, cumplido su destino, cede su lugar a otra idea, que pasará por las mismas fases y perecerá también algún día.

Pero se burlaba de aquellos que, como “intérpretes del destino, conducen la acción por rumbos misteriosos”. Frente a la posición del narrador omnisciente, Bello adoptaba el principio formulado por Prosper de Barante, según el cual el narrador debía disimularse detrás de la voz de los actores históricos²¹. Oír la voz auténtica de los actores de la historia hacía parte de una percepción más general que envolvía las peculiaridades propias de una nación. Frente al alegato de una “filosofía de la historia” que reducía el pasado de Chile a una conclusión somera, como si fuera un fragmento perdido en la marcha general del ascenso de la humanidad, Bello observaba que la nación chilena no era “la humanidad en abstracto”, sino “la humanidad bajo ciertas formas especiales como los montes, valles y ríos de Chile”.

¿Podían entender este lenguaje los miembros de la Sociedad Literaria? Es dudoso. Para Lastarria, Chacón o más tarde los argentinos Estrada y López, la novedad radical era una garantía de incontaminación contra los viejos prejuicios, y la última justificación del sistema político y social adoptado en América. Frente a este edénismo en el que se despojaba al pasado de toda identidad, Bello veía claramente la continuidad entre el pasado y el presente. Sus adversarios le reprochaban hasta su afición por la literatura clásica castellana, que según Lastarria “estaba muy lejos de favorecer el desarrollo democrático y la emancipación de la inteligencia”²².

Resulta curioso que en este debate la posición de avanzada, por lo menos en lo que respecta al método histórico, fuera la defendida por Bello. Su exhortación a fijarse en los detalles anónimos había sido formulada en 1828 por Macaulay y en los años 40 era ya un lugar común en la historiografía romántica liberal europea²³.

Los epígrafes con los que Bello encabezaba su artículo sobre el “Modo de escribir la historia” son significativos: una cita de Thierry, en donde éste defendía la individualización en el relato histórico; otra de Sismondi, destinada a poner de relieve la importancia de las fuentes originales, y una no menos típica de Barante en la que se elogiaba la capacidad narrativa de los historiadores romanos. Esto señala un hecho que todos los recuentos del famoso debate pasan por alto, debido tal vez a la estatura de don José Victorino Lastarria en la historia intelectual chilena: Bello, a diferencia de sus contrincantes, se mostraba familiarizado con la historiografía romántica de la Restauración y esgrimía los argumentos de ésta contra el estilo filosófico ilustrado que desdeñaba la narrativa en aras del comentario o la reflexión del filósofo. Precisamente la innovación de la historiografía romántica había con-

²¹ Stephen Bann, *The Clothing of Clío*.

²² J. V. Lastarria, *Recuerdos históricos*, p. 49.

²³ Lionel Gossman, “Agustín Thierry and Liberal Historiography”, Beiheft, en *History and Theory*, N° 15, 1976, p. 15. El texto de Macaulay en *Varieties of History*, edit. por Fritz Stern, New York, 1972, pp. 84-86.

sistido en fundir dentro de la narrativa, descripción y comentario, aspectos que la Ilustración había mantenido separados. El romanticismo desplegaba la significación en la exposición narrativa, rechazando con ello la artificialidad de unas “reflexiones” que se separaban del relato.

La posición de Bello, aun cuando no fuera sino por un mejor conocimiento de los debates europeos y la lectura de los historiadores liberales e innovadores de la Restauración, resultaba moderna, y la de Lastarria y sus seguidores, sin proponérselo, ingenua y arcaizante. Pero el contexto tan diferente de los dos debates (el europeo y el americano) creaba un equívoco evidente. Aquí, el conflicto cultural profundo que buscaba una solución en la demolición del pasado tendía a adoptar una forma de reflexión antihistórica. Por eso, quienes abrazaban con tanto entusiasmo las virtualidades subversivas inherentes al romanticismo literario seguían apegados a los cánones historiográficos del siglo XVIII.

Vicente Fidel López (1815-1893), quien había asistido al debate y que, junto con Domingo F. Sarmiento, animó las audacias de Lastarria, fue más tarde en Argentina la cabeza de una corriente histórica que se ha descrito como “guizotiana”²⁴. El influjo que se atribuye a Guizot en esa tendencia generalizadora e impresionista no es muy clara. Rómulo D. Carbia²⁵ suma aquella influencia inicial a la de Macaulay, Buckle, Taine, Ozanam, Quinet y Laboulaye. Por la aglomeración de tantas “influencias”, unas han debido de anular a otras. Mitre, por ejemplo, el adversario decidido de los “guizotianos”, se reclamaba seguidor de Buckle, “verdadero escritor filosófico” por sus preferencias estadísticas²⁶. Pero podía haberlo hecho también con respecto a Michelet o cualquier otro historiador europeo que hubiera estado leyendo en ese momento.

Guizot, como tantos otros historiadores europeos, despertó algunos entusiasmos en Hispanoamérica. Casi en el crepúsculo de la vida del historiador francés y cuando decaía su fama en su propio país, el historiador venezolano Cecilio Acosta le escribía una carta de admiración alelada. Caracterizaba la concepción histórica de Guizot como la exposición de leyes apriorísticas que el historiador confirmaba después con el estudio de los hechos. “Nadie —le escribía— generaliza más que vos (...) atravesáis los

²⁴ Sus seguidores eran José Manuel Estrada, Lucio Fidel López y Mariano A. Pelliza. Véase Joseph R. Barager, “The Historiography of the Rio de la Plata Area since 1830”, en *HAHR*, N° 39, nov. de 1959, pp. 588-642.

²⁵ *Historia crítica de la historiografía argentina (desde sus orígenes en el siglo XVI)*, La Plata, 1939, pp. 141-143.

²⁶ B. Mitre, “Comprobaciones históricas” (1881), en *Obras Completas*, T. X, Buenos Aires, 1942, p. 364.

siglos en pocos pasos como los dioses de Homero²⁷. Esta interpretación se hubiera prestado a la ironía de Bello sobre aquellos que conducían la acción por rumbos misteriosos. Pero lo cierto es que el precepto de Guizot de que el historiador debía valerse de *ideas dominantes* y de *principios generalmente adoptados* para encuadrar hechos que de otra manera serían incoherentes, podía ser aceptado tanto por aquellos que reclamaban una “filosofía” de la historia como por los que confiaban más en una cuidadosa reconstrucción narrativa.

En Argentina, como una generación antes en Chile, el debate entre “eruditos” y “guizotianos” entrañaba un conflicto entre las formas de representación del pasado y los contenidos culturales inscritos en ese pasado. En 1866, uno de los más jóvenes “guizotianos”, José Manuel Estrada (1842-1897), declamaba al mismo tiempo contra la erudición y contra la herencia y las instituciones españolas. A tal arremetida respondía Manuel Ricardo Trelles (1821-1893) calificando de aberrante la posición extrema de “anatematizar nuestra propia raza y la civilización que nos dio la existencia, atribuyéndoles exclusivamente ser la causa de males que provienen de muy diferentes y variadas circunstancias”²⁸.

En el fondo del debate no debe verse sólo el resultado de diferencias ideológicas que contraponían tradiciones liberales con raíces urbanas, y que adoptaban modelos de pensamiento provenientes de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, a tendencias conservadoras de tipo rural, hispanizantes, confesionales y autoritarias²⁹. Las valoraciones negativas del pasado provenían en gran parte de la incapacidad de reproducirlo de algún modo. Los contenidos culturales de ese pasado, fueran hispánicos o indígenas, escapaban a las formas de representación importadas de Europa.

LA DESTRUCCIÓN DEL PASADO

En 1837 se estableció en Buenos Aires un Salón Literario. La hostilidad del régimen de Juan Manuel Rosas hacia los intelectuales transformó el Salón, por iniciativa de Esteban Echeverría, en una sociedad secreta llamada Asociación de la Joven Argentina. En 1846, ya en el exilio en Montevideo, los intelectuales argentinos prefirieron bautizarse Asociación de Mayo. Los discursos que inauguraron el Salón

²⁷ Cecilio Acosta, “Carta a M. Guizot”, Caracas, 11 dic. de 1870, en Germán Carrera Damas, *Historia de historiografía venezolana. Textos para su estudio*, Caracas, 1961, pp. 1-11. Sobre Guizot, véase Douglas Johnson, *Guizot. Aspects of French History, 1787-1874*, London-Toronto, 1964, p. 332.

²⁸ Citado por Rómulo D. Carbia, *Historia Crítica*, p. 113.

²⁹ Joseph R. Barager, “The Historiography of the Rio de la Plata”.

de 1837 (hablaron Juan Bautista Alberdi, Marcos Sastre y Juan María Gutiérrez) rechazaban la tutela hispanizante y llamaban a la emancipación intelectual argentina. Tímidamente Florencio Varela oponía la objeción de que podría confundirse emancipación de la lengua con corrupción del idioma³⁰.

Armados ya con las consignas del Salón Literario, la primera ola de intelectuales emigrados de la Argentina llegó a Chile en 1840, entre ellos Domingo F. Sarmiento y el historiador Vicente Fidel López. Luego los seguirían, en el curso del decenio, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez y Bartolomé Mitre³¹. Inmediatamente la rectoría intelectual de don Andrés Bello en Chile fue puesta en tela de juicio por parte de los argentinos. El desdén de éstos hacia una juventud que veían sometida a una férula gramatical, causante —según Sarmiento— de “una especie de encogimiento y cierta pereza de espíritu”, movió a la fundación de la Sociedad Literaria en 1842. Durante abril y mayo de ese año Sarmiento publicó artículos sucesivos en los cuales las emprendía contra los gramáticos que, a sus ojos, eran “como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones”. Aludía a “la perversidad de los estudios que se hacen al influjo de los gramáticos” y acababa proponiendo “el destierro de un gran literato” por “haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma”³².

Sarmiento y la generación de la Joven Argentina se lanzaban a la destrucción del lenguaje como instrumento de poder. El pueblo como legislador del lenguaje era una metáfora transparente en ese sentido. Pero, en ausencia de una dominación política que había desaparecido con la Independencia, ¿de qué querían deshacerse? ¿Qué escondía el imperio de la gramática? Sarmiento respondía: “La rutina y las tradiciones”, es decir, los vestigios del pasado.

El tema ya nos es familiar en el debate historiográfico entre Bello y Lastarria. La crítica de la rutina y la tradición señala un distanciamiento con respecto a un pueblo que se rehusaba a ejercer plenamente su soberanía. Para intelectuales situados de entrada en una tradición revolucionaria, no sólo el pasado colonial resultaba extraño sino también la generalidad de una población que provenía de ese pasado y que se aferraba a la síntesis cultural que se había operado en él. El rechazo huraño, o lo que se calificaba como “mala inteligencia” de las nuevas instituciones por parte de

³⁰ Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento. Éducateur et publiciste —entre 1839 et 1852—*, Paris, 1963, pp. 17 y ss., y Ricardo Levene, *Mitre y los estudios históricos en la Argentina*, Buenos Aires, 1944, p. 78.

³¹ Manuel Gálvez, *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, 1979, p. 134, y Allen Woll, *A Functional Past*, pp. 13-14.

³² M. Gálvez, *Vida de Sarmiento*, p. 137.

las masas era una fuente de preocupación. Todo signo de “añejos prejuicios” heredados de la Colonia era inquietante. Pues tales signos revelaban ignorancia, sumisión o barbarie. El nuevo sistema político traía consigo exigencias que la presencia de viejos hábitos retardaba o ahogaba. Las nuevas instituciones requerían al menos una lealtad, si no una participación, que las costumbres enquistadas impedían³³.

La adaptación de una nueva tradición, la del *humanismo republicano*, debía pasar primero, entonces, por una crítica de las costumbres. Los ataques a la tradición y la hostilidad de rústicas costumbres heredadas, el rechazo de rasgos culturales ancestrales que se percibían en los sectores populares, pretendían otorgar autonomía a ese mismo pueblo, liberarlo de sus “prejuicios” y hasta de las constricciones del lenguaje.

Don Benjamín Vicuña Mackenna caracterizó el dominio de las costumbres heredadas en los actos de piedad rutinaria, en la sencillez de las costumbres provincianas y hasta en el paisaje bucólico de una sociedad campesina. Con estas palabras terminaba una famosa evocación del paisaje: “Y así, Chile todo era un campo, un surco, una rústica faena y el huaso era en consecuencia el señor, el tipo, el hijo predilecto de aquella tierra que repugnaba las ciudades, fundadas sólo a fuerza de decretos y pomposos privilegios. ¡Tal era el país!”.

Esta resignación desencantada ni siquiera aludía a la pobreza sino a la ausencia de refinamientos y a la simpleza sin relieve espiritual. Las ciudades mismas, con una función predominantemente burocrática, “tenían un aspecto lóbrego y un ceño de decadencia y de tristeza aun antes de estar contruidos sus solares”³⁴. La evocación del paisaje rural era voluntariamente ambigua. El reconocimiento implícito de la identidad que éste proporcionaba y la glorificación del campesino, el huaso, como tipo nacional, no excluían la condescendencia y la ironía.

La crítica de las costumbres debía dar origen así al primer género literario, si descontamos la historia, que se ofrecía en el sur de Hispanoamérica como una síntesis intelectual. No es un azar que los artículos de Mariano José de Larra tuvieran sucesivas ediciones en Venezuela y en Chile antes que en España. La influencia de Larra sobre los artículos chilenos de Sarmiento es evidente³⁵. El género costumbrista practicado por Larra pronto se volvió la convención literaria más aceptada en esta parte del continente. Era un género literario menor, en el que la observación preciosista de episodios podía convertirse literariamente en una diatriba, entre

³³ Sobre el significado de la tradición y de la costumbre, véase *The Invention of Tradition*, edit. por Eric Hobsbawm y Terence Ranger, London, 1983.

³⁴ Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida del Capitán General Don Bernardo O'Higgins*, Santiago, 1976, p. 100.

³⁵ Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento*, pp. 79 y ss.

condescendiente y amarga, contra las costumbres heredadas. El costumbrismo era un sustituto literario de la novela, en la cual los conflictos de una sociedad más compleja liberaban la energía de un héroe que, tras las peripecias de una lucha, acababan estrellándose o reconciliándose con esa sociedad. En sociedades casi inmóviles, en donde ni la política ni las empresas constituían todavía un escenario que se ajustara a las expectativas de cada nueva generación, la crítica revestía un tono menor. Aun cuando el conflicto con los rasgos culturales que se atacaba fuera inconciliable, el producto literario era incapaz de cubrirse con un manto épico, que quedaba reservado a la historia.

Dentro de un ambiente de profunda reacción contra España, los escritos de Larra, que atacaba el provincianismo de su propia sociedad con una prosa que mimaba la soltura francesa, fueron bienvenidos. La posición rebelde y voluntariamente marginada de Larra era un modelo irresistible para los exiliados argentinos en Montevideo o en Santiago o para aquellos que, como Lastarria y sus compañeros de generación, se sentían aislados e incomprensidos en su propio país. Por eso se complacían en la descripción de una sociedad que carecía de resortes que la impulsaran, en donde la rutina y las “preocupaciones”, palabra consabida para designar los prejuicios, la aprisionaban en el pasado.

Formas más o menos elaboradas de representación visual calcaban la doble vertiente de las representaciones sociales. De un lado, las representaciones alegóricas que querían perpetuar por encargo un instante solemne del Estado naciente, una batalla, el gesto confiado y decisivo de una asamblea de próceres y, de otro, la búsqueda de tipos populares. Acuarelas y bocetos desplegaban las tipologías de oficios humildes con una condescendencia similar a la del costumbrismo literario. Los criollos, encerrados hasta entonces en la imagería sombría y barroca que adornaba las naves de los templos o los retratos encorsetados de funcionarios reales, descubrían con el mismo aire maravillado de los viajeros extranjeros el mundo extraño y abigarrado de su propio entorno. Por lo menos un historiador del siglo XIX, el colombiano José Manuel Groot, era también un pintor aficionado. El costumbrismo de sus pinturas no era muy diferente al de ciertos pasajes de su obra histórica. Refiriéndose a la *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* un contemporáneo³⁶ le mencionaba “los cuadros que usted traza y en que se encuentran a un tiempo la exactitud de un mapa y los amenos atractivos del paisaje”. Encontraba en esa historia de todo, “pero esa es una de sus principales recomendaciones, pues así debía escribirse para reflejar nuestras costumbres y hacernos saber ‘cómo éramos antes’”. El crítico su-

³⁶ Pedro Fernández Madrid en una carta a Groot, del 2 de abril de 1869 (año en que apareció la *Historia eclesiástica y civil*), citado por Miguel Antonio Caro, *Don José Manuel Groot, 1800-1878* (Historiadores de América, III), Bogotá, 1950, pp. 27 y ss.

brayaba ciertos detalles de veracidad, como el de la descripción de una alcoba, "para mostrarnos entre los bienes embargados la cuja de cuero con pabellón de manta del Socorro y la camándula engarzada en la barandilla de la cabecera".

"La exactitud de un mapa" a la que aludía el crítico podía referirse a los elementos más o menos abstractos del discurso, en tanto que la amenidad era agregada por aquellos detalles gratuitos que remitían a una circunstancia precisa de lugar o de "época". Lo figurativo era evocado de manera inmediata y sin aparente conexión con el hilo narrativo. Los recursos del realismo literario, que apelan a la información de detalles superfluos para crear un ambiente, se introducían para procurar un reconocimiento de lo cotidiano. De este modo, al lado de los cuadros alegóricos, a la "gran manera", se admitían los "cuadros de género", mucho más vívidos por cuanto la superfluidad de los detalles introducía un "efecto de realidad".

El desprecio convencional por lo humilde y lo rústico, que en el costumbrismo poseía un tono menor y un subjetivismo romántico, adquirió una virulencia inusitada en la contraposición de "civilización" y "barbarie". El costumbrismo registraba apenas una carencia. Expresaba la percepción, a veces complaciente, a veces irónica y despectiva, de que el retraso con respecto a países verdaderamente civilizados preservaba una sencillez bucólica, como se ha visto en Vicuña Mackenna. Era, a fin de cuentas, la comprobación resignada de un estado inalterable de cosas. En la celebrada obra de Sarmiento, que consagró la oposición entre civilización y barbarie, no está ausente esa nota y a veces hasta se percibe una cierta admiración por el gesto espontáneo y primitivo. Pero finalmente *Facundo* se resuelve en la imprecación vehemente.

LAS ELITES CONTRA LAS TURBAS

La idea de fustigar la propia sociedad para que se inclinara frente a valores a veces un poco exóticos pero que se percibían vagamente como superiores hacía parte, durante el siglo XIX, de un profundo complejo criollo. No se requiere hurgar demasiado en los textos historiográficos del siglo XIX para encontrarse con una hostilidad manifiesta hacia lo más autóctono americano, hacia lo indígena y hacia las castas. El fastidio hacia lo rústico y elemental de las masas campesinas iletradas se convertía en franca repulsión cuando se trataba de indígenas, mulatos y mestizos.

No resulta extraño que la tesis de Sarmiento sobre la "civilización" y la "barbarie" fuera tan influyente a partir de su formulación. Esta era una polaridad implícita ya en toda interpretación que tuviera que enfrentar conflictos sociales de una cierta magnitud.

Don José Manuel Restrepo, como cualquiera de sus contemporáneos, no podía contemplar imparcialmente las fuerzas desatadas por las guerras de la Independencia.

Durante el decenio de los veinte había en Colombia y Venezuela una especie de consenso sobre el valor relativo de las castas, que provenía de su actuación en la guerra. Se destacaba siempre a los pardos como el elemento mejor dotado de valor, imaginación, iniciativa y hasta de un deseo manifiesto de mejoramiento social. Pero este juicio iba acompañado de reservas. Por ejemplo, según Restrepo,

casi todos los generales y coroneles de Colombia eran hijos del pueblo y algunos pertenecían a las castas. Su amor a la independencia y su valor indomable los había elevado a los primeros grados de la milicia. Ocupaban, pues, una alta posición social; pero la mayor parte no recibieron una educación conveniente, ni habían adquirido después alguna instrucción. De aquí provenían los excesos y los vicios de algunos, que eran insoportables en la sociedad, y por tanto aborrecidos³⁷.

La "educación conveniente" aludía púdicamente a la adopción de maneras que no chocaran en una buena sociedad o a la insolencia que debía surgir a raíz de una promoción social disputada. Pero los "excesos" y los "vicios" de las castas parecían, a los ojos de Restrepo, más profundamente arraigados. Los guerrilleros del Patía, descendientes de libertos y esclavos cimarrones, que combatieron tan obstinadamente en defensa del rey, lo habían hecho sólo por amor al desorden, el saqueo y el pillaje, a veces inducidos en su ignorancia por "frailes fanáticos"³⁸.

Después de las victorias decisivas en Nueva Granada y Venezuela, Restrepo se hacía eco de temores muy difundidos sobre una posible guerra de castas. Alarmado, en marzo y julio de 1823 registraba en su *Diario* noticias sobre conjuras de los negros contra los blancos en los llanos de Venezuela y "semillas de sedición con los pardos en Cartagena". Contemplaba como solución, para evitar una guerra civil con mulatos y negros y la pérdida en Venezuela, una "fuerte inmigración extranjera":

Tenemos este gran peligro en Venezuela, a donde hay mucho negro atrevido, valiente y emprendedor; es muy probable, y el libertador siempre lo pronostica, que concluida la guerra con los españoles tengamos otra con los negros. Santo Domingo es un funesto ejemplo y de allí deben partir las centellas de un incendio³⁹.

³⁷ J. M. Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*. Hay dos ediciones populares, una de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana y otra de la Editorial Bedout, con numerosas reimpresiones, BPCC, VII, 265 nota.

³⁸ Ibid., Bedout I, 206, y BPCC, VI, 31.

³⁹ J. M. Restrepo, *Diario Político y Militar*, Bogotá, 1954, T. I, pp. 211 y 222.

Pero la presencia mayoritaria de castas en los territorios de la Gran Colombia, o los temores que producía, no excitaban los excesos verbales del sur del continente. Por la misma época en que escribía *Facundo*, Sarmiento se refería a los guerreros araucanos immortalizados por Ercilla (Colocolo, Lautaro, Caupolicán) como a “indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora si reaparecieran en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla”⁴⁰.

Por su parte, Benjamín Vicuña Mackenna aclaraba en una nota en las obras de Lastarria:

Aunque existen todavía en casi todas las provincias de la República centros de población con los nombres de pueblos de indios, puede decirse en verdad que los aborígenes han desaparecido completamente entre nosotros, al menos como entidades sociales. Contribuyó poderosamente a este resultado, que no vacilamos en calificar de benéfico, la visita que el capitán general O'Higgins hizo al norte de la República a fines del siglo XVIII⁴¹.

Al reconstruir las guerras de Arauco como “precursoras” de la Independencia, Miguel Luis Amunátegui les atribuía un vago valor moral. Como guerras de frontera habían sido algo externo a la corriente principal de la historia de Chile y a los conflictos latentes que incubaban la emancipación. Sólo a través del poema de Ercilla, que falseaba poéticamente las acciones de los indígenas, podía lograrse una identificación mítica y remota con el pasado indígena. Según Amunátegui, “los héroes de Ercilla desempeñaron en Chile el mismo papel que en otras partes ha cabido a los héroes de Plutarco”⁴².

El tratamiento de los indígenas como algo exterior a la historia no obedecía a los rasgos particulares de un país en donde se hubiera producido el “resultado benéfico” de su extinción, sino a una convención historiográfica generalmente adoptada por los historiadores hispanoamericanos. Aun en países con una fuerte proporción de población indígena se imaginaba que la conquista había despojado de todo sentido al pasado de esa población y anulado su presencia histórica posterior. Su presencia física innegable servía a lo sumo como contrapunto necesario de las hazañas de los conquistadores. Según el arzobispo González Suárez, “con el

⁴⁰ Citado por M. Gálvez, *Vida de Sarmiento*, p. 176.

⁴¹ J. V. Lastarria, *Obras*, T. VII, p. 85.

⁴² Miguel Luis Amunátegui, *Los precursores de la Independencia de Chile*, Santiago, 1909-1910, T. II, p. 512.

descubrimiento y la conquista principia positivamente la verdadera historia ecuatoriana: no es ya el conocimiento de una nación bárbara sino el de la lucha entre la raza conquistadora europea y la raza indígena, que iba a sucumbir, lo que llama la atención del historiador”⁴³.

Aun si la raza indígena sobrevivía “conservando casi intacto su carácter propio, con su lengua nativa, sus inalterables costumbres”, ella no era objeto de la historia, pues parecía totalmente indiferente a su pasado y a su futuro⁴⁴. No importaba que los tremendos conflictos que había desatado dataran apenas de un siglo.

En Vicente Fidel López es evidente la tensión entre los modelos de la historiografía europea y la necesidad de representar una realidad propiamente americana. Su distinción entre los hechos, o su exposición “exacta” y “mecánica”, y “el arte de presentarlos en la vida con todo el interés y con toda la animación del drama que ejecutaron”, lo impulsaba a una elección del asunto de su historia que parodiara las dramatizaciones románticas de la historia europea. En el fondo, el argumento de Lastarria y de su generación se reproducía una y otra vez: debía suprimirse la propia historia, informe e intrascendente, para acceder a la única historia significativa, la europea. La definición misma de la república Argentina consistía en una “evolución espontánea de la nación y de la raza española” en un “desierto de América del Sur”. La autonomía con respecto a la madre patria arrancaba de divergencias generadas por sus propios intereses económicos, en conflicto con la política colonial. El relato de tales divergencias era “la historia colonial íntegra y verdadera”. Las guerras internas con los indígenas eran apenas un fenómeno de frontera y su interés residía escasamente en una política de ampliación de recursos, pues significaban “una continuación del movimiento conquistador y nada más”. López sentía la necesidad de “dignificar” la historia argentina y ocuparse más bien de aquellos aspectos políticos y diplomáticos de España y Europa que afectaban a la distante colonia, antes que de “las vulgares guerras con tribus salvajes, que al fin y al cabo nada tienen que ver con la historia política y social de la nación”⁴⁵.

La simple antipatía hacia lo indígena se revistió, en el último cuarto de siglo, de un cierto entusiasmo cientifista. El general Bartolomé Mitre, por ejemplo, poseía una fe imperturbable en la ciencia de su tiempo. En una carta a Barros Arana reconocía, es verdad, que “la imaginación o el agrupamiento de los hechos a (sic) que ella preside o a que ella da colorido, es todo nuestro contingente literario. Las

⁴³ F. González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador*, T. I, p. 5.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 134.

⁴⁵ Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político*, Buenos Aires, 1913. T. I, Prefacio, pp. XI y LVII.

ciencias prácticas no han echado todavía raíces entre nosotros". Pero en la misma carta había expresado: "Hoy que la ciencia ha iluminado la conciencia humana, y que sus verdades vulgarizadas son del dominio del sentido común; hoy que el hombre ha tenido posesión del universo (...) y comprendemos todos sin discutir las ya, las leyes eternas a que obedece la naturaleza humana"⁴⁶.

En ese pasaje particular, en el que Mitre comunicaba su simpatía hacia el colega chileno que había sido privado de la rectoría del Instituto Nacional de Santiago por la "influencia clerical", se expresaba una conciencia secular que confiaba ciegamente en leyes establecidas para explicar los hechos sociales antes que en un cuerpo de doctrina de origen religioso. Esta confianza corría el riesgo de quedarse corta frente a la necesidad de explicaciones de los hechos sociales. Por eso el general solía recurrir a metáforas entresacadas de lecturas de electrodinámica y electrostática o de biología, las cuales sugieren explicaciones mecanicistas u organicistas cuando en realidad las ideas que quería comunicar eran mucho más simples si hubiera intentado expresarlas en un lenguaje llano. Como cuando caracterizaba la "sociabilidad" de argentinos y chilenos: "El clima argentino, cargado de electricidad, comunicaba al temperamento y al carácter de los habitantes del suelo las propiedades de este agente motor, mientras en Chile, obrando más sobre los músculos que sobre los nervios, producía un contraste étnico marcado"⁴⁷.

La electricidad que caprichosamente obraba sobre los nervios argentinos y apenas sobre los músculos chilenos puede pasar por una metáfora destinada a describir el desasosiego político permanente de Argentina y la consolidación más o menos rápida de instituciones estatales en Chile. Como tal es inofensiva, aunque su carácter científico sea muy remoto. Pero las pretensiones de objetividad científica de la descripción de la "sociabilidad" argentina que introdujo en la tercera edición (1876-1977) de su *Historia de Belgrano* son mucho más inquietantes. Según el general, esta caracterización estaba "encerrada dentro de las líneas precisas de la geografía, la estadística, los intereses económicos, la etnografía y la etnología, la administración y la ley del crecimiento moral de la población, de la riqueza y del particularismo nacional, en una palabra, objetiva"⁴⁸.

Hágase caso omiso de esa misteriosa "ley del crecimiento moral de la población". Pero ¿cuál era la etnografía y la etnología que daban objetividad a las exposiciones teóricas del general sobre la "sociabilidad" argentina? Veamos:

Tres razas concurren desde entonces al (sic) génesis físico y moral de la sociabilidad del Plata: la europea o caucásica como parte activa, la indígena o americana como auxiliar y la etiópica como complemento. De su fusión resultó ese tipo original, en que la sangre europea ha prevalecido por su superioridad, regenerándose constantemente por la inmigración, y a cuyo lado ha crecido, mejorándose, esa otra raza mixta del negro y del blanco, que se ha asimilado las cualidades físicas y morales de la raza superior⁴⁹.

La etnografía y la etnología del general se extendían a algunas observaciones sobre la raza superior. Los pobladores españoles de Argentina, a diferencia de los del Perú, procedían de "comarcas laboriosas", "puertos de mar" y "ciudades" de Vizcaya y Andalucía⁵⁰. Lo más sorprendente de dicha afirmación radica en que el general aseguraba en una nota que todos los datos contenidos en ella procedían de documentos del Archivo General de Indias, "cuyas copias obran en nuestro archivo". El general debía referirse a algunas observaciones aisladas y de bulto, pues una conclusión sobre el origen de los inmigrantes españoles en América sólo puede deducirse de un recuento pormenorizado de miles de entradas en los registros de pasajeros a las Indias⁵¹.

En 1875 Mitre le reprochaba a Barros Arana el haberse referido al tema con ligereza en un tratado de *Geografía física* que el último había redactado para sus estudiantes del Instituto Nacional. El general le observaba que ciertas razas eran moralmente inferiores, puesto que no podían elevarse "hasta las regiones superiores de la inteligencia" y que las razas superiores estaban destinadas a gobernar el mundo. En cuanto a la mezcla, se mostraba optimista, puesto que "fatalmente y por una ley demostrada, la raza superior debe prevalecer"⁵².

Al componer la *Historia General*, Barros Arana se inclinaba ante estos argumentos y ante los de Amunátegui sobre la figuración puramente literaria de los araucanos, reforzándolos con observaciones "etnográficas" de autores franceses y alemanes. El indio chileno, por ejemplo, carecía "de esa elegancia que es el don de las razas superiores". En cuanto a sus cualidades intelectuales y morales, le parecía perfectamente probado que carecían de las más elementales. Era sabido, por ejemplo, que los indios chilenos eran incapaces de "fijar la atención en otro orden de

⁴⁶ Carta del 20 de octubre de 1875, *Archivo del General Mitre*, T. 20, p. 55.

⁴⁷ B. Mitre, *Obras Completas*, T. I, p. 341.

⁴⁸ *Ibid.*, T. X, p. 364.

⁴⁹ *Ibid.*, T. VI, p. 31.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 14.

⁵¹ Sobre las dificultades y la magnitud de este tipo de investigaciones, véase Peter Boyd-Bowman, *Índice geográfico de cuarenta mil pobladores de América en el siglo XVI*, Bogotá, 1964.

⁵² *Archivo del General Mitre*, T. 20, p. 51.

ideas de aquél a que estaban habituados". Aunque encontraba contradictorias tales carencias con la afición de los indios por las formas oratorias y la poesía, se inclinaba a pensar que ésta era una manía "chocante y bárbara", afín con la predilección del populacho por la demagogia⁵³.

LAS DIFICULTADES DE LA FIGURACIÓN AMERICANA

La historiografía liberal surhispanoamericana no reclamaba, como en Europa, un pasado afín o las virtudes de antepasados remotos que hubieran establecido un modelo de conducta. Para la historiografía liberal francesa, por ejemplo, la continuidad histórica era posible debido a la presencia permanente del "pueblo" en los entresuelos de la historia, así tal presencia estuviera disimulada por el espectáculo más aparente de las dinastías y las luchas dinásticas. El cuerpo de la nación podía verse claramente como una unidad histórica (*le tiers état*) que había emergido súbitamente a la luz, desplazando al clero y a la nobleza. Historiadores como Ranke o Michelet buscaban una íntima identificación con Alemania y Francia. Michelet se desesperaba porque la identificación no podía ser más profunda al encontrar un obstáculo en el lenguaje: "Nací pueblo —exclamaba— ... tenía al pueblo en el corazón. Pero su lengua, su lengua era algo inaccesible para mí. No he logrado hacerlo hablar"⁵⁴. En Inglaterra también la historiografía liberal (*whig*) retrotraía el triunfo de las libertades constitucionales a remotos antecedentes medievales⁵⁵.

El distanciamiento de los historiadores surhispanoamericanos de la propia realidad cultural, y su incapacidad para insertar hechos en una red de significaciones inmediatas, se manifiestan en el prurito de la joven Argentina de alienar el lenguaje. La ausencia de reconocimiento de la realidad era una ausencia de vocabulario, de esquemas adecuados para su representación. El marasmo colonial, en donde se había realizado una síntesis cultural, era mudo en apariencia. La síntesis podía reconocerse y repudiarse en las iglesias, en las costumbres, en la religiosidad, en las fiestas populares y hasta en las formas urbanas. Pero no allí en donde los historiadores buscaban construir un argumento dramático: en el lenguaje de la acción o en el claroscuro de los contrastes morales.

América había aparecido hasta entonces irreductible a las formas de representación histórica europeas. Dentro de las corrientes historiográficas europeas, los relatos de los cronistas se salían de la órbita de un campo acotado de experiencias

⁵³ D. Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*, Santiago, T. I, 1884, pp. 50, 94 y 99.

⁵⁴ Cit. por Lionel Gossman, "The Go-between: Jules Michelet 1798-1874", en MLN, N° 89, mayo de 1974, p. 539. También V. L. Gossman, *Agustin Thierry*, pp. 22-23 y 325-26.

⁵⁵ J. W. Burrow, *A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past*, Cambridge, 1983.

comunes y conciliables. Por tal razón Fueter clasificaba a los cronistas como historiadores-etnógrafos⁵⁶. Las crónicas narraban experiencias marginales cuyo sentido universal sólo podía percibirse con la extensión del cristianismo. Las construcciones utópicas del Renacimiento eran posibles con los fragmentos que transmitían las crónicas, porque tales experiencias carecían de una forma propia, moldeada por una tradición o por una historia propiamente dicha.

Las crónicas de la conquista se contentaban con seguir de cerca lo que era expresable y reducible a un marco dado de representaciones: el hecho mismo europeo. El mundo de los conquistadores era un mundo de gestos excesivos, repleto de exageraciones y contrastes violentos pero todavía inteligible. Cuando se trataba de las culturas aborígenes, las formas de representación, tanto visual como discursiva, tenían que recurrir a un arsenal de prefiguraciones de origen grecolatino, tales como la Arcadia. El mundo americano era un mundo sumido en la naturaleza, ajeno a la historia como creación autónoma de la voluntad: un mero objeto etnográfico. La América precolombina sólo podía fijarse mentalmente en el espejo de viejos mitos europeos: "El Edén de la Biblia, la Edad de Oro de los antiguos, la Fuente de Juvencia, la Atlántida, las Hespérides, las pastorales y las islas afortunadas", y la destrucción de sus sociedades pasaba (y pasa todavía) como la abolición de su historia⁵⁷.

Durante el siglo XIX el esfuerzo por ver la realidad americana debía seguir dependiendo de las convenciones historiográficas europeas. La inserción de los historiadores surhispanoamericanos del siglo XIX, primero dentro de la tradición literaria ilustrada y más adelante dentro de la del romanticismo liberal, les contagiaba este sentido de extrañamiento de la propia realidad. Para la Ilustración, por ejemplo, la expansión de la razón debía operarse en detrimento del espacio ocupado por un pasado que sobrevivía en el presente. Por eso su simpatía hacia el pasado sólo se extendía hacia el pasado inmediato⁵⁸. Para el Romanticismo sólo eran atractivos aquellos episodios en los que el "carácter" iba dibujando peripecias dramáticas, llenas de "vida" y "colorido".

⁵⁶ El sentido de esta clasificación se precisa mejor si se considera lo que era la historia para el humanismo alemán de entreguerras. Según Werner Jaeger, fuera del campo de la tradición cultural que venía de los griegos no podía existir historia sino, a lo sumo, etnografía: "Historia significa, por ejemplo, la exploración de mundos extraños, singulares y misteriosos (...) Pero es preciso distinguir la historia en este sentido casi antropológico, de la historia que se funda en una unión espiritual viva y activa, y en la comunidad de un destino, ya la del propio pueblo o la de un grupo de pueblos estrechamente unidos (...) Si consideramos la historia en este sentido profundo, en el sentido de una comunidad radical, no podemos considerar el planeta entero como su escenario". *Paideia, los ideales de la cultura griega*, México, Buenos Aires, 1957. Resulta pavorosamente irónico que esta obra haya aparecido en Berlín, en 1933.

⁵⁷ Claude Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*, París, 1962, pp. 57-58.

⁵⁸ Hayden White, *Metahistory*, pp. 63-64.

Los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX perseguían las raras ediciones de las crónicas de la conquista en París, Madrid o Londres. Veían en ellas un posible modelo historiográfico autóctono que ahora podían cotejar con una geografía y una sociedad mejor conocidas. Éstos eran los materiales esenciales para una síntesis futura, para una narrativa posible, siempre y cuando se expurgaran y confrontaran con archivos españoles y americanos. Su lectura les resultaba atrayente por la animación que impartían al relato pasiones y gestos casi siempre excesivos. Secretamente envidiaban el estilo de William Prescott, para quien “seguramente no existe nada dentro del rango de la épica griega o de la fábula trágica en donde sea más indistinta la marcha irresistible del destino que en la triste suerte de la dinastía de Moctezuma. Este es, sin duda, el tema más poético que pueda ofrecerse a la pluma de un historiador”⁵⁹.

Sin embargo, los historiadores podían postergar el enfrentamiento con los grandes temas, conscientes de que tenían entre manos otros no menos dramáticos en las gestas de la Independencia. Todo el período que va de mediados del siglo XVI hasta los últimos decenios del XVIII aparecía envuelto en las sombras de la monotonía. Sólo se vislumbraba en él, o se imaginaba, pasiones oscuras, venganzas sombrías, una justicia caprichosa y venal, la altanería tiránica y los formulismos incomprensibles de oidores y corregidores que se complacían en hundir a sus víctimas en procesos judiciales interminables y humillantes. Casi todo el período colonial semejava un pozo oscuro del que sólo se veían los bordes. Del fondo salía un eco profundo de vida y movimiento en las viejas crónicas de la conquista.

Esta era una historia ajena, la de los “tiempos de los españoles”, de la que nadie tenía interés en apropiarse. Durante esos siglos habían dominado formas extrañas, incomprensibles por irracionales: adhesión a un monarca distante, supersticiones religiosas, querellas interminables por puntillos de honra y precedencia. Los conflictos sociales eran ritos extraños y siniestros que incubaban una violencia sorda, un odio inextinguible en medio de ceremoniales fríos y fantasmagóricos. Indios y españoles aparecían igualmente extraños. Sólo había alguna familiaridad en la presencia de turbas de mestizos dominadas por pasiones irracionales.

España era la madrastra. Esta imagen temprana evocaba una autoridad ilegítima y desprestigiada, pero seguía inquietando el fondo de la conciencia. Surgía de pronto la pregunta: ¿se había justificado la revuelta? La comprobación de dudas y vacilaciones durante la “patria vieja” o la “patria boba” era intranquilizante. Sólo la audacia de algunos próceres podía devolver la certeza y dar de paso un giro dramático a acontecimientos protagonizados por abogados demasiado cuidadosos en la formulación de sus querellas. Y todavía más, dirigir una procesión de batallas,

⁵⁹ Cit. por David Levin, *History as Romantic Art*, p. 3.

ordenadas, como las de los ejércitos europeos. El ceremonial de las batallas tenía una función tranquilizadora. Allí no sólo había habido heroísmo, sino también un designio. El resultado final podía retrotraerse a planes cuidadosamente combinados o a la visión del genio que abarcaba un vasto panorama geográfico y el desplazamiento ordenado de miles de hombres. Los sitios más remotos, de los cuales apenas si se había oído hablar, quedaban encadenados en una geografía abstracta de operaciones militares y batallas memorables.

El miedo al pasado era también el miedo a un mestizaje oscuro al que podía atribuirse una herencia extraña e imprevisible de violencia ancestral. Este miedo de una sociedad bárbara excluía absolutamente el sueño de una unidad.

Tal motivo, debe anotarse, no era del todo extraño a la historiografía romántico-liberal europea⁶⁰. Aquí, en contraste con la burguesía, en la que se encarnaban la razón y el respeto a las leyes, el populacho aparecía como el portador de apetitos espontáneos, de fanatismos que debían ser domesticados y de una lealtad a la tradición y al pasado que acusaban su irracionalidad.

Pero al mismo tiempo el pasado, y el más remoto, daba testimonio de la continuidad del pueblo con sus leyendas, su imaginación, su poesía, en fin, una herencia que alimentaba la cultura y que corría el riesgo de ser sacrificada por la racionalidad del presente. Esta posibilidad de conciliación romántica estaba excluida en América por el miedo. En tanto que la burguesía europea podía universalizar sus pretensiones de racionalidad, conciliar el pasado y el presente, y hacer que este último fuera el resultado de un desenvolvimiento, el criollo americano sentía que debía partir de cero. Él no era, como el burgués europeo, una “víctima triunfante”. Había nacido a la vida política de querellas filiales y había justificado su existencia por la rebeldía. Su identidad se había forjado en y por la revolución. En la revolución había descubierto un lenguaje con el cual podía recrear a voluntad su propia realidad. Sólo a partir de la revolución, un acontecimiento originario en todo sentido, podía reconstruirse la totalidad de la historia, hacia atrás y hacia adelante.

⁶⁰ Lionel Gossman, *Agustin Thierry*, pp. 19, 31 y 67.

CAPÍTULO II

LA TEMPORALIDAD DEL SIGLO XIX

La figuración del tiempo en la narrativa es convencional (“tiempo de papel” la llama R. Barthes), y se acorta o expande según necesidades dramáticas o de intensidad de la acción. A este respecto el filósofo Paul Ricoeur ha descrito una aporía fundamental en cuanto que la percepción íntima del tiempo (tiempo existencial o fenomenológico) es inconmensurable con un tiempo objetivo (tiempo cósmico o físico). El uno no es reducible al otro, pues mientras el tiempo de la percepción íntima se experimenta, el objetivo debe calcularse de manera abstracta. El tiempo de la narración, que se inserta dentro de estas dos polaridades temporales, constituye una solución poética de la aporía.

El *tiempo histórico* es así una construcción que utiliza tres herramientas. Una, el calendario; a partir de un tiempo axial puede ordenarse una cronología hacia atrás o hacia adelante. Dos, la perspectiva de las generaciones, en la que se combina la experiencia de predecesores, contemporáneos y sucesores. A la propia experiencia histórica se puede adicionar la de los supervivientes de una generación anterior, ampliando así el ámbito temporal perceptible de una manera más o menos directa. Tres, las trazas del pasado, sus testimonios, en los cuales lo que pasó está de alguna manera presente en un fragmento material, en una supervivencia. Tales trazas o fragmentos son las fuentes del historiador¹.

¹ Paul Ricoeur, *Temps et récit, III (Le temps raconté)*, París, 1985.

Como redactor de *El Repertorio Americano*, que publicaba en Londres con don Andrés Bello en 1826, Juan García del Río se propuso la publicación periódica de las efemérides americanas. Victorias y derrotas en combates, la proclamación de leyes, una muerte procer, etc., eran hechos fastos y nefastos que iban jalonando ese calendario con una crónica elemental. Con esto se insinuaba, a la manera romana, los orígenes republicanos y la historia como celebración, como rito periodístico destinado a ser renovado permanentemente en la memoria. Fiestas y celebraciones republicanas no sólo estaban destinadas a sustituir fiestas y celebraciones monárquicas, sino que debían reificar como presente los acontecimientos memorables de la Independencia.

La elección de la Independencia como momento axial debía afectar las vidas de las generaciones por venir, ubicándolas en una sucesión temporal que había sido marcada por un nuevo comienzo. La oscuridad en que deliberadamente se dejaba a la época anterior aproximaba, por un efecto de luces y sombras, el momento axial hacia el espectador futuro. La gesta, el momento único de la virtud heroica, sustituía el resto del pasado.

Al redactar su *Resumen de la historia de Venezuela*², Rafael María Baralt era consciente de que apenas treinta años lo separaban del Estado colonial. Por eso Baralt hacía depender la existencia de Venezuela como cuerpo social de su distanciamiento de la Colonia. Toda la vida política y social poseía una novedad radical. El pueblo soberano e independiente surgía a partir de cero. Debía crear nuevos roles, de soldados, de caudillos, sacar de la nada nuevos recursos materiales, crear nuevas instituciones, en fin "cuanto se necesitaba para formar una sociedad". El terreno para dichas creaciones debía disputarse palmo a palmo a "un hecho antiguo defendido por las pasiones, los intereses y las esperanzas que en su derredor se habían formado".

Uno de los esfuerzos más acabados de la historiografía liberal del siglo XIX por llenar el vacío de los siglos coloniales lo constituye, sin duda, la *Historia Jeneral de Chile* (1884-1902), de don Diego Barros Arana. Aunque Barros Arana había suscrito sin reticencias la idea de su amigo Miguel Luis Amunátegui³ de que el coloniaje fue un período "pálido, mezquino, sombrío", en que el hombre había perdido su individualidad y obrado "avasallado por el despotismo de sus reyes y

² París, 1841, T. I, p. 72.

³ Amunátegui había expresado esta idea en *Descubrimiento y conquista de Chile*, Memoria presentada a la Universidad en 1861.

sus delegados"⁴, acarició toda la vida la idea de escribir una historia "seguida y ordenada" de los acontecimientos.

La idea respondía cabalmente a la técnica de figuración de la realidad establecida por los cánones historiográficos del siglo XIX. La reconstrucción de un tejido histórico sin cisuras debía disimular, en la continuidad narrativa, la continuidad temporal o la sucesión de los hechos en la realidad. Para Barros Arana habría una "historia verdadera" mientras ésta se viera respaldada por la prolijidad de los detalles⁵. Pero aún así, su relato de la Colonia, en la *Historia Jeneral*, estaba desprovisto de una acción significativa, es decir, de una trama en la que los acontecimientos desembocaran directamente en la Independencia. Tal incongruencia es notoria sólo por el énfasis y la intensidad del tratamiento de este corto período. Después de describir las poblaciones aborígenes de Chile en la primera parte y la conquista en la segunda, el tomo II comienza a desplegar la narrativa de la Colonia en Chile, desde 1561, una serie regular de "gobiernos" a los que se asigna uno, dos o tres capítulos, según la abundancia de "noticias", las cuales son por eso las que determinan la importancia de cada uno. En total, más de doscientos años se describen en cinco volúmenes (de los dieciséis de la obra), en tanto que los veinticinco años que van de 1808 a 1833 se relatan en nueve.

La cadencia inmutable de los sucesivos gobiernos de la Colonia no se altera frente a los incidentes, por llamativos que sean, de las guerras indígenas. Éstas aparecen como acontecimientos externos a un mundo hermético al que no pueden imprimir su propio movimiento. La cronología de dichas guerras queda prisionera del esquema de la regularidad de los gobiernos, como si estuvieran destinadas a no dejar ninguna traza. La sucesión rigurosa de gobiernos sólo se interrumpe en el ápice de cada centuria (1600, 1700, 1800) para dar cuenta de hechos económicos, sociales, culturales o religiosos, a manera de síntesis. Una síntesis de acontecimientos diversos e incompatibles, por su carácter estructural, con el despliegue temporal de los hechos propiamente "históricos", y que por lo tanto se van acumulando como sedimentos desprovistos de una cronología propia.

En el momento en que se inicia la narrativa que trata de la revolución, el orden ritual de los gobiernos desaparece. El carácter ficticio y procesional de los funcionarios se ve reemplazado por gestos significativos, por ideas que prolongan su influencia o por acciones ejemplares. La representación temporal adquiere una

⁴ D. Barros Arana, *Obras Completas*, T. VIII (*Estudios histórico-bibliográficos*), Santiago, 1910, p. 129. La reseña de Barros Arana sobre el libro de Amunátegui apareció originalmente en los *Anales de la Universidad de Chile*, en 1863.

⁵ *Ibid.*, VI (*Estudios histórico-geográficos*), p. 181.

densidad que no podía tener en las aguas mansas de la Colonia, porque ahora está repleta de acontecimientos dramáticos. El relato de todo el período colonial no era sino una preparación, en rigor, una prehistoria:

En el curso de nuestra historia, al dar a conocer el crecimiento moroso pero gradual y sostenido de la Colonia, hemos tenido cuidado de señalar uno en pos de otro los gérmenes que lentamente se venían desarrollando para preparar la crisis revolucionaria que había de conducir a la independencia⁶.

El tiempo axial de la revolución era así un cartabón absoluto de la trascendencia de los hechos. El reconocimiento de los "gérmenes" revolucionarios, de las afinidades de un período anterior, lo rescataba para la historia. Afinidades y proximidades tocaban de gracia, el distanciamiento condenaba a las tinieblas. La proyección prerrevolucionaria podía enfocarse igualmente a la época posrevolucionaria. Cada generación creaba una expectativa renovada sobre el cumplimiento de las promesas revolucionarias y las revivía permanentemente, so pena de quedar por fuera de la historia. Esta renovación ritual debía conducir a la mitificación de la palabra y del concepto de revolución.

En la *Historia general de la República del Ecuador (1890-1893)* del arzobispo de Quito, Federico González Suárez, se percibe la influencia de Barros Arana. Esta *Historia general* adopta las mismas cisuras seculares para dar cuenta periódicamente del estado general de la sociedad y establecer la cualidad intrínseca de cada siglo con respecto a los otros. Como en Barros Arana, la extensión y la densidad de la narrativa dependen de la acumulación de las noticias: "El número de capítulos varía según la abundancia de los hechos que conviene referir en cada uno"⁷. Lo mismo que Barros Arana, González Suárez pretende colmar todos los resquicios temporales de un largo período.

Sin embargo, González Suárez escapa a la convención establecida de un tiempo axial. Su *Historia general* es íntegramente una historia colonial, en la que la sucesión temporal se establece con el encadenamiento de la vida del Estado y de la Iglesia, y el ambiente moral se ilustra con otros hechos, escandalosos o anónimos, de la vida colectiva. La excepcionalidad de su obra tiene que ver con lo que se percibe como "excéntrico, anacrónico, algo como Viejo Testamento" en su filosofía de la historia⁸.

⁶ *Historia Jeneral de Chile*, T. VIII, Santiago, 1887, p. 7.

⁷ *Historia general de la república del Ecuador*, T. III, Quito, 1892, p. 41.

⁸ Adam Szászdi, "The Historiography of the Republic of Ecuador", en *HAHR*, N° 44, nov. de 1964, p. 513.

Frente a los preceptos romántico-liberales del resto de la historiografía hispano-americana, que conservan un contenido secular, González Suárez defendía un universalismo cristiano. Esto confiere a su obra un sabor rankeano, en el que cada época está próxima a Dios y por eso posee un valor en sí misma: "La familia humana esparcida por toda la redondez de la tierra es una en los designios de la Providencia divina, para quien no hay razas distintas, lenguas diversas ni fronteras que circunscriban los países"⁹.

La existencia histórica de la Colonia no quedaba subordinada al desencadenamiento de la Independencia. Entre el período colonial y el republicano había también una continuidad, en cuanto las dolencias morales contemporáneas se hallaban arraigadas en el pasado. González Suárez no se proponía narrar "guerras estrepitosas, ni referir empresas atrevidas: la vida sencilla de nuestros antepasados, en el recinto de una de las más modestas porciones del vasto impero de España en América, he ahí lo que va a constituir el asunto de nuestra narración en los siguientes libros de esta historia"¹⁰. Sólo que esta "vida sencilla" quedaba sujeta a un patrón absoluto: la de la moral, con sus "preceptos eternos e invariables"¹¹.

LAS GENERACIONES

Las circunstancias que rodearon la composición de una obra clásica de la historiografía americana, el *Resumen de la historia de Venezuela*¹², de Rafael María Baralt, son curiosas. Para su edición en París, junto con el *Atlas* del coronel Agustín Codazzi, del cual el *Resumen* debía constituir un complemento, Baralt y su auxiliar Ramón Díaz recibieron un auxilio del Congreso venezolano que debía cubrir sus gastos en Europa. Al llegar Baralt y Díaz a París la historia estaba incompleta. Dada su extensión, Baralt debía trabajar en ella a marchas forzadas. Pero la conducta de Díaz dio pie a comentarios que cobijaban al juicioso Baralt y que éste se apresuró a desmentir en una carta a Fermín Toro, que se encontraba en Londres¹³. Baralt se quejaba de la disipación de su compañero y mencionaba que "hay compromiso, delicadeza, honor de por medio". Díaz no había podido sustraerse a las

⁹ *Historia general*, T. I, Quito, 1890, p. 14. Sobre Ranke, véase Pieter Geyl, *Debates with Historians*, New York, 1958, pp. 9-29.

¹⁰ *Historia general*, T. III, p. 10.

¹¹ *Ibid.*, T. I, p. 10.

¹² Rafael María Baralt y Ramón Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela desde el año de 1797 hasta el de 1830*, 3 vols., París, 1841. La cooperación de Díaz en esta obra consistía en materiales sobre la Colonia.

¹³ Agustín Millares Carlo, *Rafael María Baralt (1810-1860). Estudio biográfico, crítico y bibliográfico*, Caracas, 1969, p. 39.

tentaciones de “esa moderna Babilonia” que en 1840 debió de ser París para un americano. En cuanto al mismo Baralt, que apenas tenía un poco más de treinta años, admitía que

recién llegado a París, corrí, salté, como era natural, ocho o diez días para ver, tentar y sentir (...) Pero hecho esto y llegados (...) los papeles, libros, etc., puse mano a la obra, que desde entonces me levanto a las siete de la mañana, me acuesto a las siete de la mañana, y en el intermedio trabajo constantemente, sin distracción ni amores, ni otros malos pensamientos.

Los esfuerzos hercúleos de Baralt, su continencia y la primera impresión favorable que despertó la obra una vez que llegó a Caracas no fueron óbice para que el apoyo oficial se regateara. Don Agustín Codazzi debía devolver quince mil pesos al gobierno venezolano, en lo cual Codazzi veía una represalia contra aspectos del *Resumen* que ofendían a algunos contemporáneos poderosos. A su modo de ver esto no tenía por qué afectar la apreciación de su propio trabajo. Por tal razón, en una *Memoria* dirigida al gobierno, observaba:

Si la historia no está escrita con imparcialidad; si oculta algo; si elogia a quien no debe; si olvida a unos y ensalza con injusticia a otros; si, en fin, ella no es de la aprobación de la mitad del Senado, es preciso convenir que nada tiene de común con los trabajos puramente científicos del exponente. Diré más: si la Nación toda juzgase que la historia no merecía su aprobación oficial ¿sería éste un motivo para castigar y castigar severamente a quien no lo hizo?

El alegato de Codazzi constituye una crítica, tal vez involuntaria pero muy aguda, a una obra de esta naturaleza. Por un lado, deslindaba el carácter científico, neutro, de su propio trabajo geográfico y, por otro, subrayaba hasta la saciedad el carácter ideológico del *Resumen*, concebido para procurar justificaciones y condenaciones que afectaban la vida política del momento. La única solución de tal conflicto, según Codazzi, debía ser la libre discusión sobre los puntos controvertibles del *Resumen*. Si se abría el compás de la discusión, Venezuela tendría varias versiones de su historia,

escritas por hombres de saber y que por sus relaciones de amistad, por los documentos que posean, por el pulso con que los discutan y por la parte que hayan tomado en los sucesos, merezcan sus producciones pasar a la posteridad, bien inmenso que se deberá en gran parte a la publicación de los señores Baralt y Díaz¹⁴.

En este pasaje de su alegato, Codazzi describía con precisión las condiciones básicas dentro de las cuales se desarrolló la historiografía hispanoamericana del siglo XIX. Ésta no sólo prolongaba los debates políticos contemporáneos, sino que se les atribuía un sentido de declaración y no meramente asertivo, es decir, que su enunciado estaba concebido para afectar la realidad y no simplemente para describirla. Tal conclusión se derivaba de los hechos enunciados por Codazzi: a) Que era el producto de “hombres de saber”, es decir, de una elite educada en los negocios públicos; b) Con “relaciones de amistad” dentro de los círculos en los cuales se tomaban decisiones o con una participación directa en los acontecimientos, y c) Con un acceso directo a los documentos.

El punto central del incidente era sin duda la reacción de los personajes involucrados en la historia de Baralt, muchos de los cuales se cobraban una reparación indirecta al no aprobar en el Congreso los gastos de los historiadores. Codazzi insinuaba que dichos personajes podían rectificar o aclarar la versión de sus actuaciones y convertirse a su vez en historiadores.

Baralt, por su parte, había estado perfectamente consciente¹⁵ de las dificultades inherentes al hecho de juzgar las acciones de una generación que no era la suya y que ejercía una influencia preponderante en la naciente república. El equilibrio deliberado de su relato no podía ser del agrado de todos y aún mucho después se le negaba, debido a su “frialidad clásica”, el carácter de historiador nacional. José Gil Fortoul le reprochaba ser un “alma tímida, o débil su independencia intelectual ante las exigencias o reparos de sus coetáneos, más todavía ante el exagerado orgullo de los próceres”¹⁶.

¹⁴ *Ibid.*, p. 45.

¹⁵ Como epígrafe del resumen traía este pasaje de la *Historia de la revolución francesa*, de Thiers: “Acaso el momento en que los actores de una revolución van a expirar es el más propio para escribir la historia, pues entonces se puede recoger el testimonio de ellos sin participar de todas sus pasiones”. Infortunadamente para don Rafael María éste no pasaba de ser un deseo poco caritativo, pues, a diferencia de los actores de la revolución francesa, los de la revolución hispanoamericana sobrevivieron con largueza a sus hazañas.

¹⁶ Pasaje de la *Historia constitucional de Venezuela* reproducido en Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana*, p. 221.

Don José Manuel Restrepo publicó su *Historia de la Revolución de la Nueva Granada* también en París, en 1827. Esta historia, que había terminado de escribir en 1824, cerraba el ciclo revolucionario de la Nueva Granada en 1819. La creación de la Gran Colombia modificó su proyecto original. En 1858 apareció, impresa en Francia, la historia de 1827, refundida en un proyecto más vasto. Ahora se le incorporaban otras dos partes: una historia de la revolución en Venezuela que se apoyaba en la obra de Rafael María Baralt y una historia de la Gran Colombia hasta la organización definitiva de las tres repúblicas en 1832.

El señor Restrepo fue un testigo excepcional de los hechos que narra su historia. No sólo había llevado desde 1816 un diario minucioso de los acontecimientos de los que fue actor o testigo, sino que, como Ministro del Interior durante todo el período de la Gran Colombia, pasaron por sus manos los documentos más relevantes de la vida del Estado. El *Diario* recogía no sólo sus personales reacciones, sino también un “clima de opinión” de los círculos más elevados del gobierno ante hechos y personajes contemporáneos. En los dos decenios siguientes a su salida del Ministerio, Restrepo tuvo ocasión de corregir muchas de estas impresiones inmediatas al compulsar ciertos documentos a los que siguió teniendo un acceso privilegiado. Aun así, el *Diario Político y Militar* constituía una de sus fuentes primordiales. En él iban quedando consignados juicios sobre acontecimientos y personajes, y el ritmo y el relieve de los hechos a medida que iban ocurriendo.

Los dos ciclos de la composición de la *Historia de la Revolución de la República de Colombia* fueron escritos inmediatamente después de haber culminado una trama que el historiador vio desenvolverse ante sus ojos. Tal desenlace ofrecía los mojes de una periodización “natural”, marcada como estaba por dos acontecimientos en los que parecía confluir una finalidad histórica.

La elección misma de la materia histórica significaba una valoración, por parte de Restrepo, de la trascendencia de acontecimientos y personajes contemporáneos. Pero el hecho de vivir entre acontecimientos y personajes extraordinarios no tenía por qué darles a éstos un sentido especial de finalidad. Historia vivida, historia construida, son dos cosas muy diferentes. El mismo Restrepo prefería identificar su *Historia* con el uso exhaustivo de documentos: “Muy raros han sido los documentos que no hemos podido conseguir pertenecientes a la Historia de Colombia”, declaraba en el prefacio que escribió en 1848. Pero aunque le preocupara especialmente una verificación documental de la secuencia de los hechos o de sus aserciones y juicios, este aspecto puede parecer hoy secundario frente a la calidad de testigo viviente del historiador.

Lo fundamental de la *Historia* de Restrepo reside en que ella constituía una construcción histórica de un cierto tipo. Su *Diario*, aun con retoques ulteriores,

nos revela el proceso mismo de esa construcción como contemporánea a los hechos presenciados. La conciencia del historiador iba moldeando hechos dispersos de acuerdo con las expectativas, los principios políticos y hasta los prejuicios de un hombre público de la época.

De acuerdo con su clase social y con su papel de alto dignatario de la República, el señor Restrepo poseía lo que en el siglo XIX solía denominarse una sólida conciencia moral. De allí que mostrara permanentemente una cierta ansiedad sobre juicios eventuales acerca de su imparcialidad. Pero lo extraordinario de su *Historia* no reside en que el señor Restrepo haya podido mostrarse imparcial o sustraerse a las pasiones de sus contemporáneos, si se tiene en cuenta la casi nula perspectiva temporal de sus escritos históricos. En cambio sí resulta extraordinario que una masa imponente de hechos haya calzado con tanta justeza en un molde interpretativo capaz de conferirles una unidad. Después de casi siglo y medio podemos asombrarnos de que este molde no se haya modificado un ápice en la conciencia de sus compatriotas y que el período de la Independencia siga siendo, con muy leves retoques, rectificaciones o ampliaciones, el que legó su *Historia de la Revolución*.

¿De dónde procede la autoridad, al parecer incontestable, de su *Historia*? Siendo casi contemporánea de los hechos que narra, la *Historia* de Restrepo es una proyección de éstos, se envuelve en su aura de prestigio y termina por paralizar todo sentido crítico. Las fuentes mismas de Restrepo —partes militares, oficios, discursos, proclamas y hasta las leyes y decretos— estaban escritas con el raballo del ojo puesto en la historia. Su tránsito entre un destino inmediato y la historia escrita fue muy breve.

Entre el historiador y los actores de su historia existía una complicidad, y aquél nos entrega con mucha fidelidad la visión que los actores tenían de sus propios gestos o el valor que atribuían a sus pensamientos o a sus palabras. Cuando esto no ocurre, se debe a un fracaso de las intenciones del actor. Valiéndose de la obra de Restrepo, los padres de la patria parecen haber construido su propio mito.

La ubicación generacional con respecto al momento axial de la Independencia debía conferir un tono peculiar a los escritos de cada historiador, fuera de familiaridad o de reproche, de nostalgia o de exaltación. Entre los historiadores nacidos entre 1805 y 1815 o entre 1825 y 1835 se perciben claramente las gradaciones de la memoria. En un contemporáneo del período de la Independencia, como José Manuel Restrepo (1781-1863), había una memoria activa. En Rafael María Baralt (1810-1860), en Juan Vicente González (1808-1866) y todavía una generación más tarde, en el caso de Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), el recuerdo estaba filtrado por referencias de familia. Baralt se refiere a los actores estudiantiles del atentado de septiembre contra Bolívar, condiscípulos suyos en colegios de Bogotá

y con los cuales no había compartido la exaltación republicana, como a una juventud particularmente valiosa. El tono de J. V. González, deprecatorio de la guerra a muerte, deja traslucir a las claras el reproche de los círculos caraqueños vinculados íntimamente a los españoles, que fueron las víctimas de este tipo de guerra. Los incidentes, que debían guardarse entre las familias como una querrela personal, se multiplican. La trama folletinesca disimula el recuerdo construido, embellecido, sometido a un molde dramático convencional¹⁷.

Por su parte, don Benjamín Vicuña Mackenna se obstinó en cambiar la fecha consagrada para conmemorar la independencia chilena. 1811 y no 1810 parecía ser “el verdadero año inicial, la fecha áurea, el comienzo legítimo de nuestra edad”. El primero de abril de 1811 el coronel Tomás de Figueroa intentó cambiar el curso de la revolución, pero fracasó y fue llevado al cadalso. A Vicuña Mackenna le parecía preferible la nueva fecha porque había comprometido con un acto definitivo y sin retorno una revolución timorata, rodeada de formulismos legales. La nueva fecha no sólo involucraba una metafísica familiar en las interpretaciones de la Revolución Francesa, el “arcano impenetrable (...) de que toda redención humana comienza y acaba en la sangre”, sino que estaba tocada por recuerdos transmitidos en la familia del historiador. Al dirigirse a la plaza de armas de Santiago, en donde iba a tener lugar la batalla, o más bien la escaramuza decisiva, el coronel había saludado galantemente a la abuela de Vicuña. Su propio padre, entonces un niño todavía, había visto a un tío espiar por la ventana el desarrollo de los acontecimientos¹⁸.

Vicuña introducía el distanciamiento temporal con una observación incongruente. Al narrar una reunión en la casa de los antiguos presidentes a la luz de velas de sebo, informaba: “El aceite tardaría todavía cerca de treinta años sin llegar a las casas de Santiago, el gas medio siglo, la luz eléctrica dos tercios de siglo”. Los signos materiales de progreso se demoraban y alargaban con ello la perspectiva histórica. Otros signos la abreviaban. El escenario de los acontecimientos estaba acotado en la memoria con un espacio reconocible, en el que bastaba seguir por una o dos generaciones la línea de los propietarios de las casas para encontrar la ubicación precisa de los actores: “Don Juan Enrique Rosales habitaba a dos cuadras de distancia, en la esquina de la calle de la Compañía con la de Peumo (hoy morada de la familia Bulnes)”. O “el vocal Fernando Martínez de la Plata habitaba en la casa de su propiedad que forma el ángulo de las calles de Agustinos y de Teatinos, (...) casa que se incendió parcialmente hace algunos años y hoy es propiedad del

¹⁷ R. M. Baralt, *Resumen de la historia de Venezuela*, T. II, p. 242. Juan Vicente González, *Biografía de José Félix Ribas (época de la guerra a muerte)*, París, s. f.

¹⁸ Benjamín Vicuña Mackenna, *El coronel Don Tomás de Figueroa*, Santiago, 1884, pp. 85, 95 y 128.

caballero español don Domingo Fernández Mata”. La cualidad intimista del libro se revela hasta en el hecho de que estuviera dedicado a un hijo del biografiado o que se valiera del testimonio de uno de los actores del pequeño drama de 1811, ya nonagenario¹⁹.

Don Diego Barros Arana (1830-1907) comenzó la redacción de su *Historia Jeneral de Chile* en septiembre de 1881, a los 51 años de edad²⁰. La redacción y publicación de los dieciséis volúmenes de esta obra ocuparon los veinte años siguientes de su vida²¹. Su carrera de historiador se había iniciado en 1853 con la fundación de un periódico literario, *El Museo*, en el cual publicó diez capítulos de una *Historia general de la independencia de Chile*²². El propósito de escribir un relato “regular y ordenado” de la historia de Chile lo había acompañado desde cuando publicó sus primeros trabajos. En abril de 1865 escribía al general Mitre: “Bien quisiera yo, amigo mío, poder consagrarme a esa clase de estudios, mucho más desde que he acopiado un verdadero caudal de noticias y documentos para escribir una historia de Chile. Pero ¿cuándo podré emprender este trabajo? Mucho me temo que nunca”²³.

En la *Historia Jeneral* se refería a los treinta años de preparación y a los cuarenta años durante los cuales la historiografía chilena había venido desarrollándose, a partir de las primeras *Memorias* auspiciadas por la universidad. La vida casi entera del historiador se confundía con este desarrollo y la obra monumental aparecía como su culminación. En la conclusión relataba cómo a fines de los años 40 y a comienzos de los años 50 había frecuentado “el trato de muchos de los sobrevivientes de la edad revolucionaria, o (había mantenido) correspondencia epistolar con otros para obtener informaciones acerca de los puntos sobre los cuales podían suministrarlas”²⁴.

Otro tanto habían hecho sus compañeros de generación, Miguel Luis Amunátegui (1828-1888) y Benjamín Vicuña Mackenna. Éstos apenas pudieron conocer antes de morir los inicios de la publicación de la *Historia Jeneral*. Pero en ella Barros Arana perpetuaba sus afinidades y diferencias con sus dos contemporáneos. Aunque se inclinaba permanentemente ante el talento y originalidad de su amigo de juventud, Amunátegui seguía manteniendo reservas frente a los “descuidos” y la “animación colorista” de Vicuña. Ya en 1860 confiaba al general Mitre: “Benjamín

¹⁹ *Ibid.*, p. 153.

²⁰ Ricardo Donoso, *Barros Arana*, p. 155.

²¹ Publicó el primer volumen en 1884 y el último en 1902. Había concluido la redacción en 1899.

²² Rolando Mellafe, *Barros Arana, americanista*, Santiago, 1958, p. 15. R. Donoso, *Barros Arana*, p. 27.

²³ *Archivo del General Mitre*, T. XX, p. 42.

²⁴ *Historia Jeneral*, T. I, pp. IV y XVI; T. XVI, p. 354.

tiene a la vez otros proyectos histórico-literarios: 'Historia de Almagro', 'Historia de la dos últimas revoluciones de Chile' (1851-1859), 'El ostracismo de O'Higgins'. Como usted conoce su facilidad para escribir, no dudará que dé cima a todas". Veinte años más tarde volvía a confiarle: "Por lo demás, nosotros sabemos que no se puede producir tanta cantidad como produce Vicuña, sin dañar gravemente la calidad". Su propia obra, confesaba modestamente, no era fruto del talento sino de la perseverancia y representa "la labor de una larga vida"²⁵.

La perseverancia y longevidad de Barros Arana había servido no sólo para sintetizar los frutos de la historiografía chilena a partir de 1844, sino también para constituirse en un eslabón vivo con respecto a la generación de la Independencia. Sin embargo, desde los años 60 Barros se había distanciado de las querellas de la Independencia: "Las declamaciones y quejas de la época de la revolución de nuestra independencia han arraigado en el espíritu de los americanos preocupaciones erróneas acerca del sistema colonial"²⁶.

Esta revaluación no se originaba en la consideración misma de la Colonia, sino en la de los primeros intentos de organización de los conquistadores. Estos hombres no se habían dedicado a la mera rapiña. Ellos "fundaban ciudades y organizaban un régimen muy semejante al de España". Sin embargo, Barros Arana se atenía todavía al contraste dramático establecido por Amunátegui entre el período de la conquista, signado por el "heroísmo", la "resolución suprema", la "brillante osadía en la ejecución", y una Colonia o régimen de coloniaje "pálido, mezquino, sombrío, porque el hombre pierde entonces su individualidad, obra avasallado por el despotismo de sus reyes y sus delegados"²⁷.

La revalorización de la Colonia se operaba al hacer énfasis en las labores pacíficas de los conquistadores. El cambio se originaba como un desplazamiento temporal dentro del discurso mismo de la historia. Al fin y al cabo el "drama" de la conquista de Chile resultaba menos interesante que el de la del Perú:

En Chile no había un imperio organizado, cuya magnificencia y grandeza cautive el interés del lector; nuestros padres no combatieron para destruir una nacionalidad organizada, una civilización establecida ya de antemano. En Chile lucharon contra tribus semisalvajes, contra pueblos bárbaros, pero briosos y resueltos.

²⁵ Museo Mitre. *Correspondencia literaria, histórica y política del general Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, 1912, T. III, p. 6. *Archivo del General Mitre*, T. XX, p. 17.

²⁶ *Obras Completas*, T. VIII, p. 125.

²⁷ *Ibid.*, p. 133.

La influencia del modelo romántico de Prescott es evidente. El drama histórico debía estar revestido de la "magnificencia y grandeza" de los reinos, escenario adecuado para que a un choque de caracteres (Cortés y Moctezuma, Atahualpa y Pizarro) pudiera atribuirse una significación. Haciendo de la necesidad virtud, Barros Arana observaba enseguida que la ausencia de choque dramático había preservado en Chile una forma de individualismo. Pero hablaba sin mucha convicción. Se trataba a fin de cuentas de una forma de individualismo que sólo metafóricamente podía atribuirse a la sociedad chilena entera, tratándose de las luchas de resistencia de "tribus semisalvajes". Sólo quedaba entonces urdir otro tipo de trama: la de una historia social, "ésta (...) que nos cuenta los progresos morales e industriales de una ciudad, las costumbres de nuestros mayores, sus ideas y preocupaciones, la vida de la familia y de la ciudad"²⁸.

Barros Arana se colocaba así en el umbral de una historia concebida a la altura de su época y aun de una posterior. Pero solamente en el umbral. Todavía en 1879 encontraba válida la idea de Amunátegui de que la Colonia había anulado todo espíritu de iniciativa individual y que su régimen había sido "triste, sombrío, como un dique puesto para impedir la corriente de la civilización"²⁹.

Tales ideas debían hacer que la *Historia Jeneral*, a falta de un interés dramático en la conquista y en la Colonia chilenas, siguiera centrada en el dramatismo supremo de la Independencia. Para Barros Arana, como para las dos o tres generaciones que siguieron a la de la Independencia, no había un asomo de duda sobre el valor de esta epifanía. Por eso todos sus interrogantes se dirigían a desentrañar aquello que estaba contenido como un germen en ese instante lleno de significaciones. Retener ese instante, fijarlo y hacerlo contemporáneo era el cometido del arte del historiador y su tarea más imperiosa, pues en él se había operado la recepción del siglo y en él estaban contenidas todas sus promesas.

LAS FUENTES

El tiempo histórico del período de la Independencia estuvo marcado en la singularidad de cada día por diarios políticos, diarios de operaciones militares, correspondencias y papeles privados, en una profusión sin precedentes. La percepción de los acontecimientos podía cobrar un sesgo personal al reconstruirlos encadenando la correspondencia de varios personajes. Ello tendía a ligar la empresa historiográfica del siglo XIX al recuerdo, a la memoria viva, antes que al monumento o al documento como tales. Algunos de los acontecimientos de la revolución se presentaban

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*, T. XIII, p. 330.

como un misterio en que el historiador debía ser iniciado. El acceso a los archivos suponía el trato con personajes que habían conservado papeles privados o podían dar un testimonio directo de algún episodio todavía oscuro.

El historiador peruano Mariano Felipe Paz Soldán había merecido la confianza de algunos próceres y de sus familias. Recibió del mariscal Antonio Gutiérrez de la Fuente “veinte cajones grandes, llenos de cartas y documentos originales e inéditos”. Poseía un paquete de cartas del arzobispo Luna Pizarro y escuchó confidencias del general Luis José Orbegoso. Además, su hijo, el coronel Pedro Orbegoso, le confió el archivo del general. Lo mismo hizo el hijo del mariscal Gamarra. Paz Soldán guardaba cartas de Bernardo Monteagudo con San Martín, de Bolívar con Sucre, de Gamarra con Salaverry y de Riva Agüero. Y como ministro de Relaciones Exteriores tuvo acceso franco (como José Manuel Restrepo en Colombia, una o dos generaciones antes) a los archivos de todos los ministerios. Por eso, en el caso particular de su *Historia del Perú independiente*, la narrativa se ceñía a veces tan estrechamente a la correspondencia entre los personajes que la fuente habla por ellos, descubriendo de inmediato sus intenciones. Él mismo describía su método así:

Para dar mejor idea de algunos hechos importantes y que se conozcan las pasiones o méritos con que entonces se procedía, procuro referirlos copiando las más de las veces textualmente la narración que los principales actores o testigos hacían en sus cartas privadas o en documentos coetáneos (...) creo que ésta es la verdadera Historia, en su parte narrativa; así parece que se oye referir el hecho en el momento que acaba de tener lugar³⁰.

En el testigo de acontecimientos extraordinarios debía encontrarse el clima de las emociones que los habían rodeado. Por esto Bello recomendaba en 1844 leer en los intersticios del texto, interpretar sus silencios y omisiones:

Esta especie de narrativa autógrafa de los personajes históricos tiene para nosotros un grande atractivo; porque, prescindiendo de la sustancia de los hechos, en que es muy factible que el interés personal, o por lo menos el interés de la reputación haya torcido alguna vez la pluma, las palabras mismas, las ideas, los sentimientos y las reticencias estudiadas, las revelaciones involuntarias y hasta la exageración y la mentira contribuyen a hacernos una exhibición viviente del hombre y del siglo en

³⁰ M. F. Paz Soldán, *Historia*, op. cit. (Primer período, 1819 -1822), Lima, 1868, p. IV.

que figuró: objeto más instructivo en la historia que las individualidades de marchas y batallas³¹.

Los hechos no hacían parte simplemente de un encadenamiento narrativo, sino que poseían una cualidad vital que era necesario extraer. Bello, que no era historiador pero sí un testigo excepcional, transmitía la lección de Barante de preferir la lectura de documentos de los cuales pudiera sacarse un arsenal privado de representaciones históricas.

Este sentido primordial de lo histórico es el que exhiben en mayor o menor medida los historiadores clásicos del siglo XIX en Hispanoamérica. Miguel Luis Amunátegui se sentía espiritualmente ligado tanto a Bello como a José Victorino Lastarria y, junto con su hermano, dedicaba a este último su primera obra. Incluso *Los precursores de la independencia de Chile*, acaso uno de los mejores libros de la historiografía hispanoamericana del siglo XIX, se ocupaba del mismo problema de la *Memoria* de Lastarria de 1844. La diferencia entre aquel trabajo y la *Memoria* radica en que el rechazo del pasado colonial por parte de Amunátegui no se presentaba bajo la forma de un discurso filosófico, sino que quería ser una demostración documentada. Por ello Barros Arana percibía esa obra como la mera “coordinación de los numerosísimos documentos que agrupa”³², haciéndose eco de una muletilla del mismo Amunátegui: “Como mi propósito al escribir el presente libro ha sido que los personajes de esta historia sean retratados, no por mí, sino por los documentos contemporáneos”.

Hoy, sin embargo, la lectura de los *Precursos* revela hasta qué punto Amunátegui había escogido deliberadamente las piezas que servían para ilustrar sus puntos de vista. Para la admiración popular, dramatizaba los esfuerzos extenuantes del historiador: “Es preciso –decía– haberse puesto a estudiar esos papeles medio borrados, medio podridos, que despiden un olor particular y que dejan en las manos un polvo delgado y pegajoso para comprender todo el fastidio de un trabajo semejante”.

Este primer contacto del historiador con los documentos era ya un juicio de valor sobre el período al que se referían. No podía haber emoción reverente hacia esos “despojos extraídos de una sepultura”, muchos de los cuales carecían “siquiera (de) un mediano interés”. No es de extrañar entonces que sus impresiones sobre la Colonia no fueran radicalmente diferentes de las de Lastarria:

³¹ A. Bello, “Historia física y política de Chile por Claudio Gay”, en *Obras Completas*, Caracas, 1957, T. XIX, p. 140.

³² *Obras Completas*, T. VIII, p. 142.

Los caracteres distintivos de la sociedad hispanoamericana bajo la dominación de la metrópoli fueron una ignorancia supina, una segregación casi completa de los pueblos civilizados y una coacción constante y minuciosa de la autoridad hasta en los menores incidentes de la vida pública y privada³³.

En el período de su formación como historiadores, durante el decenio de los 50, el exilio político sirvió a Barros Arana y a Vicuña Mackenna para recoger crónicas, archivos, testimonios de actores de las guerras de Independencia y ediciones raras en Buenos Aires, Madrid, París y Londres. En abril de 1859, estando en Buenos Aires, Barros Arana copiaba documentos que consideraba más importantes para Chile que sus escritos contra el presidente Montt, que lo habían forzado al exilio. Comentaba satisfecho que “si la emigración no tiene más lágrimas que las que yo he vertido, no creo que alcancen a humedecer muchos pañuelos”. De su permanencia en Sevilla, a fines de ese año, recordaba después: “Apenas tuve tiempo para hacer la elección de todo lo que debía copiar referente a Chile”. A comienzos del año siguiente tomaba notas en el archivo de la residencia de San Martín en Francia³⁴.

El ecuatoriano Federico González Suárez imitaba la actitud de Barros Arana y afirmaba que sin la consulta del Archivo de Indias era “moralmente imposible escribir la historia general de América y la particular de cada uno de los pueblos que hoy son repúblicas independientes”. Por su parte, el peruano Mariano F. Paz Soldán mostraba ansiedad por la eventual desaparición de los archivos privados que había logrado reunir en veinte años merced a sus conexiones personales³⁵.

En un artículo de 1873, dedicado a enseñar a la juventud la importancia de los documentos, Barros Arana les atribuía casi una vida autónoma. Volvía sobre la idea de Bello, y de Barante, de que el documento posee una textura en la que ha quedado atrapado algo de la realidad en la que fue elaborado. Observaba que, aislados, los documentos no parecían tener importancia. Reunidos y comparados, “unos a otros se completan (...) y todos contribuyen al descubrimiento de la verdad. Todos, aun los más insignificantes, contribuyen a explicar los hechos, las ideas y las preocupaciones del tiempo pasado”³⁶.

³³ Miguel Luis Amunátegui, *Los precursores de la independencia de Chile*, Santiago, 1909-1910, T. I, pp. 7 y 319; T. III, p. 355.

³⁴ Ricardo Donoso, *Barros Arana*, p. 43; D. Barros Arana, *Obras Completas*, T. VIII, p. 23 y pp. 49-50.

³⁵ F. González Suárez, *Historia general de la república del Ecuador*, T. I, p. X; Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, T. I, prólogo.

³⁶ *Obras Completas*, T. VIII, pp. 141-142.

Los historiadores del siglo XIX compartían dos creencias básicas con respecto a los documentos. Una, que sólo los documentos garantizaban una continuidad narrativa. La continuidad narrativa era la reproducción de la continuidad temporal o la sucesión de los hechos en la realidad. De allí la preocupación por la biografía y por el archivo personal. El seguimiento, sin vacíos, de la vida de un personaje excepcional debía conducir directamente a los acontecimientos notables en los que se había visto envuelto.

La otra creencia consistía en que los documentos debían “hablar por sí mismos”. Por medio de los documentos se expresaba una emoción auténtica: ellos eran el único medio que transmitía las pulsaciones de la vida pretérita. La materialidad de los documentos mismos, el polvo que los cubría, el hecho de que se deshicieran entre las manos o de que tuvieran un olor en particular eran parte de la presencia del pasado. La reflexión sobre el valor de las fuentes tenía así en el siglo XIX una colaboración romántica. Siempre había el riesgo de que los hechos pasados pudieran ser expuestos de una manera neutra, sin calor y sin vida. ¿De dónde procedían, entonces, el color, la emoción, la animación que el historiador debía impartirles? Del documento mismo, sin duda. En esto estaban de acuerdo Vicente Fidel López, el argentino que desvalorizaba el documento como fuente de información, y el chileno Barros Arana, para quien la información era lo esencial. Según López,

el autor y el lector no pueden perder su tiempo en copiar o en transcribir documentos, como si se tratase de un pleito; lo que se necesita traer de ellos es el colorido y el movimiento de los sucesos que se quiere narrar, de acuerdo con el partido y los intereses que cada hecho ha servido o combatido, en las luchas del pasado³⁷.

López presumía que el verdadero conocimiento histórico procedía de la familiaridad con el “partido y los intereses”. Los hechos debían subordinarse a la coherencia de una lucha política global, no sustanciarse aisladamente, “como si se tratase de un pleito”. Pero en cambio cada hecho poseía un elemento específicamente humano, la emoción, que el historiador debía extraer de las fuentes aunque desdénara el resto.

Para Barros Arana estas circunstancias, aunque no dejaban de ser accesorias, debían consignarse para dar cuenta de la integridad de los hechos. Hasta las emociones debían estar documentadas. En 1862 defendía a Vicuña Mackenna de cargos de apasionamiento por su *Historia de los diez años de la administración Montt*, en estos términos:

³⁷ Citado por Rómulo D. Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, p. 154.

¿Quién ha dicho que la posteridad no ha de darse cuenta de las pasiones de la época que estudia? ¿Por qué no han de interesarle las revelaciones íntimas que sólo los contemporáneos pueden transmitir a la historia? Y si esas revelaciones no hubieran de servir al historiador ¿a dónde iría éste a buscar la fuente de los hechos y de las apreciaciones?³⁸.

El resultado de los debates de 1881 y 1882³⁹ entre el general Mitre y Vicente Fidel López suele presentarse como el triunfo del espíritu científico del primero en el uso riguroso de la documentación. Frente a una tendencia "guizotiana" basada en generalizaciones de tipo intuitivo, Mitre aparece como el ejemplo del historiador que no adelanta jamás una afirmación sin el respaldo de una documentación exhaustiva⁴⁰. El mismo Mitre alimentaba permanentemente esta impresión. En una larga carta de 1875 a Barros Arana, en la que lo prevenía contra Vicente Fidel López como "escritor que debe tomarse con mucha cautela porque escribe la historia sin documentos", agregaba que su historia del general San Martín era ya

cuestión de tiempo y redacción, pues todo el plan está bosquejado, los estudios escritos están hechos según ese plan y los documentos clasificados en el orden en que sucesivamente los he de usar. Estimo en diez mil por lo menos el número de los manuscritos extractados y consultados para la confección de este libro⁴¹.

³⁸ Citado por Ricardo Donoso, *Don Benjamín Vicuña Mackenna, su vida, sus escritos y su tiempo (1831-1886)*, Santiago, 1925, p. 148.

³⁹ Vicente Fidel López publicó una *Historia de la revolución argentina* en 1881. En ella se controvertían algunas de las afirmaciones contenidas en la *Historia de Belgrano* (que Mitre había venido ampliando en ediciones sucesivas: 1857, 1858-9 y 1876. Hubo una cuarta y definitiva edición en 1886). Mitre le contestó ese mismo año en artículos que fueron apareciendo en la *Nueva Revista de Buenos Aires*, primero, y luego en *La Nación*. La respuesta sobre cada episodio controvertido adquirió las dimensiones de un libro que se publicó como *Comprobaciones históricas a propósito de la Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1881. López replicó inmediatamente con una *Refutación a las comprobaciones históricas de la historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1882, lo cual dio origen a un nuevo libro del general: *Comprobaciones históricas a propósito de algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos*, Buenos Aires, 1882. Ambas series de Comprobaciones, que contienen una exposición del criterio histórico y de la metodología de Mitre, se publicaron como primera y segunda parte del T. X de las *Obras Completas de Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, 1942, de donde se toman las referencias.

⁴⁰ Rómulo D. Carbia, *Historia crítica*, pp. 159 y ss. Joseph R. Barager, "The Historiography of the Río de la Plata", y John L. Robinson, *Bartolomé Mitre, Historian of the Americas*, Washington, D. C. 1982, pp. 43-44.

⁴¹ *Archivo del General Mitre*, T. XX, pp. 72-73.

En la introducción a la *Historia de Belgrano* había advertido:

En las páginas que van a leerse no se narra un solo hecho, no se indica un solo gesto, no se avanza una sola opinión, que no pueda ser documentada o atestiguada por algún contemporáneo (...) habiéndome permitido rarísima vez hacer uso de la facultad que tiene todo historiador, que es la de interpretar los documentos que le sirven de guía, no poniéndose en contradicción ni con su espíritu ni con su letra⁴².

La insistencia en la necesidad de respaldar cada afirmación con un documento lo hacía caer en una posición extrema. No era suficiente conocer unos cuantos documentos. Era preciso conocerlos todos, "pues uno solo que falte puede anular o dar diverso significado a todos los demás"⁴³. No se detenía a ponderar la imposibilidad del conocimiento histórico en tales circunstancias. Suponía simplemente que la laboriosidad de los historiadores iría agregando cada vez más documentos hasta aclarar las dudas que un episodio "misterioso" hubiese producido. De esta manera bastaba ordenarlos según un plan, sin que hubiera necesidad de inmiscuirse en su significado.

Esta postura con respecto a las fuentes se derivaba de una concepción de la historia que Mitre compartía con Barros Arana. Ambos pensaban que los lineamientos generales de la historia quedaban establecidos al consignar el cuerpo general de una sucesión narrativa. La urdimbre de la trama histórica, cuya caución era la realidad misma, sólo podía alterarse en sus detalles pero no en el conjunto. Dicha concepción no difería de la de la crónica, en la cual los "acontecimientos registrados eran también la estructura de su historia"⁴⁴, sino apenas en el sentido que imprimía a los hechos el ubicarlos en un período consagrado a relatar un proceso de lucha por la libertad. La riqueza documental aportada por un historiador garantizaba la perdurabilidad de su obra, por cuanto lo que se aportaba era la realidad, siendo menor el riesgo de las modificaciones de detalle. Barros Arana suponía, por ejemplo, que su propia obra podía quedar superada, pero sólo con el descubrimiento de nuevos documentos: "Nuevos investigadores, más afortunados que yo, podrán rehacer muchas de estas páginas con más luz en vista de documentos que, a pesar de mi empeño, me han quedado desconocidos"⁴⁵.

⁴² *Obras Completas*, T. VI, p. XLI. En la polémica con V. F. López el general insistiría en esta idea citando dos veces el pasaje, T. X, pp. 15 y 18.

⁴³ *Ibid.*, T. X, p. 173.

⁴⁴ Northrop Frye, *Anatomy of Criticism*, p. 15.

⁴⁵ D. Barros Arana, *Historia Jeneral*, T. I, p. XV-XVI.

Para Mitre, el *continuum* narrativo encadenaba un número limitado de episodios significativos, casi siempre misteriosos, que imponían al historiador la tarea de exponer su secuencia o “faz externa” y al mismo tiempo descubrir la intención de los actores como el alma “de las cosas que los anima, vivificándolas y asignándoles a la vez un carácter moral”⁴⁶. En ambos casos los documentos configuraban un “protoplasma” o una osatura básicos. Eran el esbozo de un cuadro en el que el historiador se limitaba a precisar el dibujo y añadir el colorido. De esta manera el descubrimiento de nuevos documentos podía arrojar más luz sobre sus interioridades, aunque rara vez sobre su “faz interna”.

Las caracterizaciones de la historia en Mitre se expresan en metáforas que cambian a menudo y que se contradicen unas a otras. Unas veces aparecen como una representación figurativa o una imagen plástica que reproduce la realidad, otras como un gigantesco mecanismo con una infinidad de piezas que el historiador debe montar una a una, o como un organismo que debe observar en sus detalles microscópicos. Las metáforas se nutrían en vulgarizaciones de la ciencia del siglo XIX y giraban siempre en torno al problema de la organización documental. Pero aun en los detalles más accesorios, el uso de los documentos estaba concebido en función de alguna idea en general, y generalmente grandiosa, antes que en la banal reconstrucción de un hecho. Nos cuenta, por ejemplo, que el sueño infantil de San Martín “era con frecuencia turbado por la alarma de los indios salvajes que asolaban las cercanías”. Y para los escépticos aclara en una nota: “Todos estos antecedentes sobre las reminiscencias infantiles de San Martín son rigurosamente históricos, y no meros adornos de retórica”. Efectivamente, en 1777 había ocurrido una revuelta indígena. Sólo que San Martín había nacido un año más tarde y en ninguna parte había trazas de sus “reminiscencias infantiles”. Ya adulto San Martín, Mitre revela, unas páginas más adelante, que el héroe “estudió fríamente”, “se penetró de que la guerra”, “pudo cerciorarse”, etc. Y de nuevo se dirige a los escépticos en una nota: “Repetimos que no se supone lo que San Martín pudo racionalmente pensar, y que es fácil determinar *a posteriori*, sino lo que realmente pensó y dijo, según históricamente se deduce de documentos de su puño y letra”. Se trataba de saber qué pensaba San Martín en 1812, al desembarcar en Buenos Aires. Como en ese momento crucial para la acción dramática del relato el héroe no se cuidó de consignar sus pensamientos por escrito, Mitre le atribuía las ideas consignadas en una carta escrita cuatro años más tarde⁴⁷. Más allá de la accidentalidad de la ocurrencia de un testimonio debía subrayarse la coincidencia forzosa entre el dato biográfico del héroe y la totalidad

⁴⁶ *Obras Completas*, T. X, p. 19.

⁴⁷ *Obras Completas*, T. I, “Historia de San Martín”, Buenos Aires, 1938, pp. 151 y 189.

del acontecer que lo rodeaba (las inquietudes de una guerra de frontera, el primer contacto con la revolución). Puesto que nada en el héroe tenía un sello personal (él mismo era la historia), el historiador podía permitirse esos pequeños trucos anacrónicos y aun darles apariencias de erudición.

El reproche de Vicente Fidel López de que Mitre carecía de “espíritu filosófico” en sus interpretaciones, en el sentido de una ausencia de ideas generales, adquiere un aspecto incongruente al examinar las obras de Mitre. Otro tanto ocurre con las pretensiones de este último de no atenerse sino a los documentos. La lectura de la *Historia de Belgrano* y más aún de la *Historia de San Martín* convence rápidamente de que la infinidad de documentos que el autor gustaba exhibir era más bien un pretexto para su imaginación. Antes que asignar a los hechos un significado “desentrañando la acción consciente de los actores en ello o el resultado fatal que debían producir o han producido”, Mitre iba inscribiendo acontecimientos y personajes en una trama de significaciones de las que únicamente él podía tener el secreto, de “leyes” que por alguna misteriosa razón sólo él conocía.

Mitre no construía una historia independiente de sus propios deseos o de sus personales proyectos políticos. El sarcasmo de Juan Bautista Alberdi sobre los trabajos históricos que ocupaban al presidente de la República [“historiar es gobernar, ha dicho él”⁴⁸] apuntaba a la conexión entre sus interpretaciones históricas y su percepción política real. El relato y la interpretación se injertaban en la propia biografía del mandatario, y aunque no traicionaran “su anhelo de pasar por un segundo Belgrano”, según la maliciosa interpretación de Alberdi, estaban destinados a definir, exaltar y hasta purificar la acción política. Si bien la *Historia de Belgrano* estaba concebida para personificar la revolución en una “fase interna”, es decir, en su desarrollo en el territorio argentino, y la *Historia de San Martín* encarnaba la figura que conscientemente internacionalizaba esa revolución, en ambos casos el discurso es monológico. La convención narrativa de que el autor disimule su presencia y haga hablar a los documentos “por sí mismos” desaparece totalmente, pues en ningún momento las figuras heroicas poseen un discurso propio, sino aquel que les acomoda el esquema de Mitre.

⁴⁸ “Es preciso creer que ese estudio es, en su opinión, más importante que todos sus trabajos de gobierno o, lo que es igual, que ese estudio no es otro que el del gobierno mismo que está encargado de constituir y organizar”. Juan Bautista Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, 1964, p. 179.

CAPÍTULO III

LA INVENCION DEL HÉROE

Los historiadores de las nuevas naciones hispanoamericanas del siglo XIX adoptaron las convenciones narrativas usuales en Europa en el oficio historiográfico. Dichas convenciones servían para construir un *epos* patriótico en torno a actores que desarrollaban una acción casi siempre ejemplar. El atribuir la acción a un actor permitía también consignar las peripecias de un relato como acción dramática, es decir, urdir una trama que podía ajustarse más o menos a los géneros literarios básicos de la tragedia o la comedia. El héroe conciliaba su propio destino con el destino del ser colectivo (comedia) o, de lo contrario, entraba en contradicción con su propia sociedad (tragedia), según la caracterización de Northrop Frye. El perfil de los héroes de cada nación presentaba variaciones al incorporar experiencias políticas diversas o al ser visto desde una perspectiva generacional.

En 1852 Domingo Faustino Sarmiento escribía a Juan Bautista Alberdi y le expresaba su impaciencia por el culto a los héroes sudamericanos: “Una alabanza eterna de nuestros personajes históricos, fabulosos todos, es la vergüenza y la condenación nuestra”¹. Un poco después, al comentar el libro *La dictadura de O’Higgins*, del chileno Miguel Luis Amunátegui, insistía: “Hace tiempo me tienen cansado los

¹ Citado por Manuel Gálvez como epígrafe de *Vida de Sarmiento*.

héroes sudamericanos, que nos presentan siempre adornados de las virtudes obligadas de los epitafios". Y Sarmiento no había visto nada aún. Todavía a mediados del siglo una moderada apreciación de los méritos de Bolívar atraía el rencor de los congresistas venezolanos y sólo en los próximos treinta años aparecerían las obras de su compatriota Bartolomé Mitre sobre Belgrano y San Martín.

Cuando estaba en Chile, unos años antes de comenzar a componer *Facundo*, el mismo Sarmiento parafraseaba la idea de Carlyle de que la "historia es la esencia de innumerables biografías". Creía que el género biográfico se prestaba para poner los hechos historiográficos al alcance del pueblo, pues "costaba mucho trabajo comprender el enlace de la multitud de acontecimientos"². En 1875 Mitre comunicaba la misma idea a Barros Arana y proponía escribir varios episodios de la revolución argentina en los que cada año estuviera marcado por un "medallón histórico". Los episodios biográficos tendrían la "unidad de un drama" y se leerían "como una novela", con lo cual esperaba hacer popular la historia patria³. Casi treinta años antes, Mitre había expresado la creencia de que la biografía era un microcosmos capaz de abarcar y unificar elementos contradictorios:

Yo creo que la biografía no ha llegado aún a su completo desarrollo. Nadie es capaz de imaginar todo lo que puede formularse en la narración de una vida (...) la vida es un cuadro que puede encerrar en sí todo cuanto hay de imaginable; es una fórmula general que puede encerrar en sí los elementos más opuestos⁴.

El requerimiento de unificar en una línea narrativa la dispersión de acontecimientos múltiples y complejos respondía a algo más que al deseo de popularizar la historia patria. Era el corazón mismo de las dificultades del relato histórico en el siglo XIX, al adoptar como modelo otras formas narrativas. La solución debía ser la amplificación desmesurada de la entidad personal, el desbordamiento del cauce biográfico y su adopción como microcosmos o como representación simbólica de una entidad colectiva. En la introducción de su obra más ambiciosa, la *Historia de San Martín*, Mitre aseguraba que el plan de la obra estaba

rigurosamente ajustado a la unidad del asunto, y se ha procurado que la sucesión lógica de las partes concurren a esta armonía (...) cada

² *Ibid.*, p. 176. Carlyle había expresado estas ideas en un influyente artículo ("On History") publicado en 1839. Fritz Stern, *The Varieties of History*, p. 93.

³ *Archivo del General Mitre*, T. XX, p. 74.

⁴ Citado por el general Agustín. P. Justo en la introducción de *Obras Completas* de Bartolomé Mitre, p. LXIV.

capítulo es un cuadro completo en sí, que comprende una época, un período marcado, o presenta bajo su luz una faz en la misión del héroe y contiene a la vez todos los elementos necesarios para ilustrar los puntos en él tratados, relacionándolos con el conjunto y con el movimiento general de su tiempo⁵.

Mitre buscaba así una correspondencia entre los ritmos de la vida del héroe, de su "misión", y los ritmos de la historia. Para su tarea, dotaba a San Martín de un genio "matemático". Enfrentaba este principio de racionalidad heroica a otro principio oscuro, irracional, encarnado en el caudillo y las montoneras. Las formas primitivas y "bárbaras" tenían que ceder frente al principio superior, pues sólo el héroe podía ser el ejecutor legítimo de un "orden natural de las cosas". El "héroe matemático" era el portador del orden natural, su intérprete único y providencial. El revisionismo posterior de la historiografía argentina se ha preguntado por qué el "caudillo bárbaro" no sería un mejor ejecutor del "orden natural de las cosas" que el "héroe matemático". Pero la solución de Mitre era simplemente una metafísica maniquea y estaba lejos de admitir cualquier astucia de la razón.

Mitre se propuso conscientemente la tarea de crear la imagen de un héroe nacional. Aspiraba también al reconocimiento de esta imagen más allá de las fronteras nacionales. San Martín debía alcanzar una estatura reconocible, al menos dentro de un grupo de naciones afines, y estar dotado de los rasgos que hicieran posible ese reconocimiento. El héroe argentino no sólo definía el espacio sagrado y restringido de la propia nación sino que, al no encontrar un rival, podía extender su sombra definidora en función de una idea regional americana. La homogeneidad de los rasgos de este espacio se retrataba no sólo en la acción y en los proyectos del héroe, sino en aquellas cualidades europeas con las que se identificaba la más ostensible vanidad de las elites argentinas y chilenas. La esfera de su acción política no había respondido a un azar. El designio personal tenía que abrazar afinidades reales e intereses comunes, difícilmente expresables en otra forma. El límite de tales afinidades era también el de la acción del héroe. Más allá de esta acción había otro elemento extraño, un signo ajeno e irreductible de afinidades diferentes y hostiles.

Antes que representar a un hombre o una psicología particulares con las convenciones usuales de la tipificación del "carácter", cada palabra de la descripción física del héroe iba fijando los rasgos de una estatua. Mitre lo llamaba incluso "estatua viva de las fuerzas equilibradas". La descripción intentaba ser plástica y expresar mediante planos y volúmenes las reflexiones que inspiraría la contemplación de un bronce:

⁵ *Ibid.*, T. I, p. 6.

El desarrollo uniforme del contorno craneano, la elevación rígida del frontal, la ligera inclinación de los parietales apenas deprimidos sobre las sienes, la serenidad enigmática de la frente, la ausencia de proyecciones hacia el idealismo, si no caracterizaban la cabeza de un pensador, indicaban que allí se encerraba una mente robusta y sana, capaz de concebir ideas netas, incubarlas pacientemente y presidir sus evoluciones hasta darles formas tangibles⁶.

El historiador, armado de un cincel y de su afición por otra de las ciencias populares en el siglo XIX, la frenología, iba desplazándose por la complicada geometría de un mármol: la cabeza poseía "líneas simétricas", las cejas "formaban un doble arco tangente", la nariz se proyectaba "como un contrafuerte que sustentase el peso de la bóveda saliente del cráneo", los "planos de la parte inferior del rostro eran casi verticales", la dentadura estaba "verticalmente clavada".

En el prólogo de la edición definitiva de la *Historia de Belgrano* (1887), cuando ya había desechado este personaje para personificar la historia, el general encontraba que "el molde que habíamos preparado para vaciar una gran figura, no nos ha bastado para modelar artísticamente en él todo el metal de que podíamos disponer"⁷.

La contemplación examinaba con cuidado la iconografía de San Martín e iba registrando los cambios que con el correr de los años habían alterado su expresión. Mitre terminaba lamentando que los billetes y estampillas hubieran escogido una imagen tardía, desprovista de arreos "históricos": el caballo, la banda presidencial o la expresión decidida de la plenitud. Su propia representación escogía cuidadosamente cada palabra en un rango de notaciones simbólicas de manera tal que se ubicara en un contexto remoto y mucho más grande que el tamaño natural. Su descripción era una verdadera escultura que fijaba cada rasgo de un modo solemne y definitivo. Su pretensión era la de eternizar cada momento significativo en el bronce. En el encuentro de Bolívar y San Martín en Guayaquil se resistía a ver, como ha sido usual, un "misterio", y prefería referirse a su simbolismo, de una manera muy similar al del tratamiento de relieves conmemorativos. La biografía de su héroe aparecía así como una serie de cuadros fijos, inmovilizados por el peso de su significación.

Mitre no parecía estar tan interesado en el personaje San Martín como en el monumento que él mismo le erigía. Una vez fijados los rasgos de éste, el personaje

⁶ "Historia de San Martín", en *Obras Completas*, T. I, p. 144.

⁷ *Ibid.*, T. VI, p. LVIII.

real desaparecía y el monumento tomaba su lugar. Conocemos al héroe por sus obras, por el resultado palpable de sus designios, sin que tengamos acceso al santo de los santos de su personalidad íntima. Si el historiador, por algún azar, llegaba a conocerla, tenía que callar por reverencia.

En la invención del héroe contribuían ciertas formas básicas de autorrepresentación colectiva. El héroe debía compendiar los rasgos más esenciales, así fueran contradictorios, con los cuales cada pueblo prefería identificarse. Por eso la objetividad del retrato era indiferente. Tal vez por la ausencia de una literatura de ficción significativa en el siglo XIX, en Hispanoamérica las convenciones narrativas para describir un carácter no tuvieron influencia o sólo dieron como resultado retratos abstractos que obedecían más a las reglas de la alegoría que a las del simbolismo. Los matices de una personalidad o sus elementos caprichosos, el contraste entre sus aspectos brillantes y sus zonas oscuras, el retrato psicológico veraz, perdían importancia frente a los resultados atribuidos a su acción. La imagen del héroe se componía y se recomponía en el espejo hecho añicos de sus actos.

El general Mitre, a quien le gustaba pensar que la revolución de independencia de su país estaba presidida por una ley misteriosa y única, operaba una curiosa trasposición entre ésta y la personalidad del héroe, entre un principio impersonal que dirigía los acontecimientos históricos y una voluntad personal que influía en ellos. Como no podía formular claramente tal ley sino a lo sumo aludir a ella de una manera vaga y ampulosa, su personaje debía sustituirla de alguna manera y poseer un rasgo similar a las leyes de la naturaleza. Por eso describía el genio de San Martín como "genio matemático" y aseguraba que "pocas veces la intervención de un hombre en los destinos humanos fue más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos, como en el desarrollo lógico de sus consecuencias". Según sus revelaciones, la logia masónica Lautaro había sido una prolongación de la voluntad de San Martín, que había actuado como una "dirección inteligente y superior" capaz de dominar "las evoluciones populares". La logia había mantenido la alianza argentino-chilena, había organizado "metódicamente" todas las fuerzas políticas y extendido su "influencia misteriosa" por todo el país⁸. La ley de los acontecimientos resultaba ser entonces una voluntad previsor de los más mínimos detalles, capaz de obtener también "triumfos matemáticos" en el campo de batalla.

La prolijidad de Mitre al exponer los aspectos estratégicos y tácticos de las batallas del héroe y su insistencia en afirmar que eran el resultado de su "genio matemático" muestran el carácter rudimentario de una historiografía emparentada con las salmodias de la épica. La guerra era todavía en el siglo XIX el modelo mismo

⁸ *Ibid.*, T. I, p. 195.

de la inteligibilidad histórica. La ocasión, además, de la realización del héroe. La "historia-batalla" desarrollada por José María Restrepo, por Paz Soldán, por Baralt o por Mitre iba encadenando el sentido de un propósito que parecía emanar de los hechos mismos y revelar al mismo tiempo la interioridad magnificada del héroe. En el caso de las batallas libradas por San Martín, el resultado no era el fruto del azar o de una inspiración súbita sino de una cuidadosa previsión, la ejecución de un texto escrito de antemano. La secuencia sintagmática de los hechos de armas se adecuaba a una narrativa sin cisuras en la que el significado de una acción colectiva había sido prescrito con anterioridad y en la que los incidentes aislados se integraban en una previsión de conjunto. El énfasis en las estrategias europeas de San Martín contrastaba el carácter heráldico de las ceremonias de la guerra, su virtualidad como fuente de legitimidad, con el desorden de las montoneras y los caudillos⁹.

La relación puramente alegórica entre el personaje y los acontecimientos mantenía un misterio conveniente sobre su carácter: "Reservado, taciturno, enigmático, el misterio que empieza a envolverlo en vida se prolongará más allá de su tumba". Al parecer, el biógrafo se esforzaba en descifrar el misterio a punta de adjetivos: "No fue un hombre sino una misión", "severa figura histórica", "genio concreto", "figura de contornos correctos", "hombre de acción deliberada", "inteligencia común de concepciones concretas; general más metódico que inspirado; político por necesidad y por instinto más que por vocación", "criollo de pasión innata", "metódico organizador", "consumado táctico", "sagaz diplomático militar, fecundo en estrategias, con rara penetración para utilizar las cualidades de sus amigos", "temperamento frío y un alma intensamente apasionada"¹⁰. El misterio de San Martín se ahondaba por el simple hecho de que su biógrafo no se decidía por una descripción sensata, en la que no figurara un alud de adjetivos contradictorios. Por tal motivo la sobria descripción de Barros Arana podría despejar algunas dudas sobre el personaje, pues en el fondo coincide con lo que Mitre quería expresar:

La seriedad del carácter, el espíritu de orden y de regularidad en todas sus ocupaciones y aún en los actos más ordinarios de la vida; la puntualidad en el cumplimiento de sus deberes; la escrupulosa probidad en todos sus tratos; la modestia en el vestir y la sobriedad en sus alimentos, eran desde entonces los rasgos distintivos del general San Martín.

⁹ Sobre la cualidad textual de las batallas, véase Norman Bryson, *Word and Image. French Painting of the Ancien Régime*, Cambridge, 1983, p. 36.

¹⁰ *Historia de San Martín*, T. I, pp. 140 y ss., y T. II, pp. 337 y ss.

Acaso sin proponérselo y probablemente debido al contraste con los ditirambos de Mitre, el historiador chileno presentaba un aspecto más bien deprimente del héroe argentino cuando agregaba que éste lustraba sus botas todos los días y que "los papeles de su archivo y las cajas de su equipaje dejaban ver ese espíritu ordenado y metódico en todos los accidentes"¹¹.

¿En qué medida la imagen heroica preexistía, en una representación colectiva, a la operación del historiador? ¿En qué medida contribuía a formarla el historiador mismo? La memoria colectiva no podía preservar un perfil preciso o un anecdotario riguroso. La facción política podía contribuir a precisar estos elementos y hasta a dotarlos de alguna coherencia. Pero la imagen parcial del partido o de la facción conspiraba contra la imagen del héroe concebido en función de una idea nacional. La imagen de héroe, con sus cualidades extraordinarias, debía trascender rivalidades pasajeras. La evidencia de la grandeza era algo permanente y en el culto heroico se cifraba un elemento estabilizador que, según las previsiones de Carlyle, podía sobrevivir al hundimiento de "todas las disposiciones, credos y sociedades que los hombres hayan instituido"¹². La objetividad del historiador consistía, entonces, en conciliar imágenes opuestas o en dotar de una coherencia nacional, es decir, por encima de los partidos, una imagen que todos pudieran compartir. Claro está que muchas veces él mismo no podía sustraerse a los sesgos que le imponía su propia confesión política. Pero como, en general, su asunto era la nación y no el partido, aun en estos casos su imagen tendía a ilustrar un postulado general o convenientemente abstracto. Las impresiones borrosas y muchas veces contradictorias de la representación colectiva eran la materia bruta del historiador. Éste podía precisar o rectificar una secuencia, pero no la esencia del perfil y la escala y la estatura del héroe. Tales elementos estaban dados de antemano. Por eso Juan Bautista Alberdi percibía un ascendiente popular en la invención del héroe y la necesidad de representar su gloria como una necesidad colectiva.

Don Benjamín Vicuña Mackenna escribió sucesivamente sobre José Miguel Carrera, sobre O'Higgins, sobre Portales. Esta última obra había causado la desesperación de José Victorino Lastarria. El jefe liberal le escribía a Vicuña el 5 de junio de 1863 que ni siquiera abriría el segundo tomo: "¿Para qué lo he de abrir, si el primero, que leí durante la navegación me costó rabias, dolores de estómago, patadas, reniegos y cuanto puede costar una cosa que desagrade?". Tras de acusar afectuosamente a Vicuña de vándalo y hasta de mentiroso, terminaba urgiéndolo a que contestara una simple pregunta: ¿Quién es más grande? Pues alternativamente,

¹¹ *Historia Jeneral de Chile*, T. X, Santiago, 1889, p. 117.

¹² *On Heroes, Hero Worship and the Heroic in History*, Conferencia VI.

a medida que aparecían las biografías, Vicuña parecía asegurar que lo eran Carrera, O'Higgins y hasta el mismo Portales¹³.

En realidad Vicuña no había hecho otra cosa que caracterizar los tres primeros decenios de la vida republicana chilena. Cada uno quedaba presidido por el signo de una personalidad, por la parábola trágica de una biografía. Lo mismo que para Mitre, para Vicuña era indispensable este procedimiento, que hacía inteligible un mundo de incidentes aislados. Más allá de cualquier juicio político quedaba intacta la grandeza de los personajes tutelares. Su presencia servía para depurar un pasado republicano y acentuar el contraste con el umbral de la vida política del propio Vicuña, la famosa administración de don Manuel Montt. La sacralización del mito de los orígenes republicanos lo conducía sucesivamente a la exaltación de una personalidad como símbolo de un determinado momento, aun si eso significaba absolver a un adversario político como don Diego Portales.

En Vicuña Mackenna los rasgos de O'Higgins como héroe nacional encontraban una clara correspondencia con una imagen de su ámbito colectivo y geográfico. Esta imagen de Chile, que hubiera definido cualquier criollo educado del siglo XIX como "el suelo clásico de la moderación, del reposo, del experimento, de todas las viejas circunspecciones y timideces castellanas, aumentadas a más por el ejemplo y la imitación de todas las seriedades británicas"¹⁴ o, el mismo Vicuña, como país "circunspecto", con una oligarquía de "grave prosopopeya", era el marco adecuado para "esa honrada y simpática figura"¹⁵. El héroe O'Higgins, como el paisaje o como la sociedad chilenos, carecía de estridencias. Su equilibrio contrastaba con la *hybris* desmesurada de José Miguel Carrera. El mismo Vicuña, en quien sus contemporáneos apreciaban las "imágenes pintorescas y de enérgico colorido"¹⁶ o a quien censuraban, como hacía Barros Arana, por su abierto recurso a técnicas de ficción novelesca, apenas se permitía dotar a sus héroes de algún rasgo mítico, como lo hacía Mitre. Sólo una vez O'Higgins aparece fundido como un signo de "convergencia" con el destino entero de su país, por el hecho de haberse hallado presente en Rancagua y en Chacabuco, es decir, en la derrota y en el triunfo¹⁷.

La representatividad de los héroes hispanoamericanos era limitada. Se confiaba a aquellos rasgos raciales prestigiosos que les conferían "gallardía", "modales distinguidos", "facilidad y franqueza" en el trato, "desprendimiento", etc.¹⁸, o los

¹³ Ricardo Donoso, *Don Benjamín Vicuña Mackenna*, p. 154.

¹⁴ Carta de Ambrosio Montt a Bartolomé Mitre, del 22 de mayo de 1874. *Archivo del General Mitre*, T. 20, p. 129.

¹⁵ B. Vicuña Mackenna, *Vida del Capitán General Don Bernardo O'Higgins*, pp. 99, 167, 169.

¹⁶ *Carta de Ambrosio Montt, op. cit.*, I, 131.

¹⁷ *Vida del Capitán General*, p. 197.

¹⁸ Barros Arana, a propósito de José Miguel Carrera en *Historia Jeneral*, T. VIII, p. 388.

atributos corrientes de los héroes novelescos, como en esta descripción del venezolano Juan Vicente González:

Pero ¿quién es ese joven de admirable madurez, de tan militar apos-tura que se adivina al mirarle, su osadía y valor? Ojos azules y color blanco, que ennegrecerán los rayos de la guerra, músculos de acero, mirada soberbia y terrible, las formas elegantes y varoniles del dios de las batallas. Le llaman Simón Bolívar; sólo José Félix Ribas parece más arrogante y espléndido¹⁹.

Aun en una figura menor como la del coronel don Tomás de Figueroa debían exaltarse las cualidades del linaje. Su madre poseía la "fiereza de su raza céltica" y el "seno ardiente de mujer murciana". La estirpe paterna por su lado tenía "la impasibilidad del granito que forma las ásperas costas cantábricas" y el mismo Figueroa "tenía el mismo temple de los capitanes que trescientos años antes que él vinieran a este suelo con la cruz de la fe pintada en su armadura y el acero de las batallas desnudo en la diestra o atado a la brida"²⁰. Los ancestros bretones y normandos de los Ribas venezolanos poseían el mismo exotismo europeo y se adobaban con la imagería de los folletines de Eugène Sue: "Por largo tiempo no degeneraron ciertamente los primitivos habitantes de las rocas rojas, de la bahía de los asesinatos, de la isla de Sein, poblada de hados y demonios, donde piedras esparcidas son una boda petrificada, y una piedra aislada un pastor tragado por la luma"²¹.

La paradoja de esta convención sobre los nobles orígenes del héroe reside en que estaba destinada a halagar los instintos populares. El énfasis novelesco de Vicuña Mackenna y de J. V. González en sus figuras heroicas debía atraer la adhesión admirativa de las gentes sencillas. El estilo "pintoresco" de ambos, que era la base de su popularidad, tendía a negar la solemnidad con la que se rodeaba la actuación de las capas más elevadas de la sociedad. La única manera de expresar su simpatía hacia lectores eventuales de las clases bajas consistía entonces en adoptar un estilo que les merecía la desaprobación de los historiadores serios.

La personificación del héroe como historia viviente o de sus rasgos como otras tantas partes del ser colectivo imaginado se echa de ver, sobre todo, en el tratamiento de los héroes ajenos. En 1858 Vicuña Mackenna se quejaba al general Mitre: "Su juicio sobre el general Carrera no me ha sorprendido en cuanto significa

¹⁹ J. V. González, *Biografía de José Félix Ribas*, p. 33.

²⁰ B. Vicuña Mackenna, *El coronel Don Tomás de Figueroa*, p. 48.

²¹ J. V. González, *Biografía de José Félix Ribas*, p. 6.

la opinión argentina sobre aquel chileno". Y calificaba la caracterización de Mitre como "opinión apasionada, injusta, falsa". Un poco más adelante, en la misma carta, la queja no se refería ya a un juicio aislado sobre un personaje chileno muy controvertido, cuya acción se había desarrollado tanto en el territorio chileno como en el argentino y que por lo tanto debía quedar sometido a una "opinión argentina". Insensiblemente Vicuña desplazaba su reclamo por la apreciación de Mitre como si éste se hubiera referido a toda la historia chilena. Le reprochaba haber juzgado la actuación de Carrera en Chile, cuando había debido limitarse a juzgar la actuación del personaje en Argentina. De uno y otro lado de los Andes, Carrera quedaba confundido con la historia entera, y un juicio sobre sus actos entrañaba un juicio sobre esa historia. El héroe impartía de este modo una cualidad moral a la historia, que sin él no tendría ninguna, y otorgaba al historiador la función del juez²².

La opinión sobre los héroes ajenos debía guardar el decoro de los sentimientos privados. Airearlos en público invitaba a condenaciones fulminantes, como todas aquellas que Mitre se atrajo entre los historiadores venezolanos a propósito de Bolívar²³. Después de años de polémica con Mitre, Vicente Fidel López le escribía una carta conciliatoria. El único desacuerdo que le parecía subsistir, y esto expresado en un tono tan confidencial que invitaba más bien a la complicidad, estribaba en los juicios de Mitre sobre Bolívar: "(Y esto de mí para usted) yo lo tengo por un genio siniestro, indigno de la fortuna con que le brindó el acaso de las circunstancias y de las hazañas ajenas en Colombia y en el Perú". Mitre, que quería despejar el camino de la reconciliación con su antiguo crítico, respondía a este guiño con alguna reticencia:

Tratándose de Bolívar, nuestros juicios no están tan distantes, como usted parece pensarlo (...) Usted lo trata con ira y desprecio (y eso también entre nosotros), aun cuando tal apreciación puede ser moralmente justificada, no se opone a reconocer la grandeza del hombre y del héroe²⁴.

"Bolívar nunca fue el héroe del Perú sino de Colombia". Esta frase categórica de Mariano Felipe Paz Soldán quería ser la afirmación de un principio político que rechazaba el autoritarismo. Su preferencia por San Martín le hacía adoptar los ditirambos de Vicuña Mackenna a propósito de la misión "providencial y casi divina" del héroe argentino en el Perú: "San Martín no fue, pues, un hombre ni

²² *Museo Mitre*, T. I, p. 94.

²³ Rufino Blanco Fombona, en la introducción del libro de J. V. González sobre José Félix Ribas.

²⁴ *Museo Mitre*, T. III, p. 283.

un político, ni un conquistador; fue una misión alta, incontrastable, terrible a veces, sublime otras". Pero la narrativa del historiador peruano no giraba en torno a este héroe distante y ni siquiera sobre ese "otro genio altanero, dominante y cuyas glorias bastaban para deslumbrar". El asunto de su narrativa obedecía más bien a la frustración de que en el Perú no hubiera surgido un héroe providencial cuyas hazañas pudieran contrastarse con la de los extranjeros, o de que apenas "uno que otro hecho heroico" sirviera de "sombra para realzar el cuadro lamentable de nuestras humillaciones y desvaríos"²⁵.

Usualmente el héroe no debía entrar en una contradicción inconciliable con su propio mundo social. Sencillamente porque él era la encarnación más pura del ser colectivo y en él reposaban las simientes del perfeccionamiento social. El conflicto irresoluto de un personaje con su propia sociedad lo señalaba como un héroe fallido. Por ejemplo, José de la Riva Agüero y Torre Tagle, los dos hombres a quienes la revolución peruana había elevado al poder, exhibían en su carácter una falla fundamental que iba arrastrando los acontecimientos como un sino trágico. El destino de Riva Agüero lo impelía a estrellarse contra Bolívar, como si la *hybris* de su carácter, aristocrático y arrogante, fuera un elemento de desastres. Barros Arana veía, no sin cierta condescendencia, en la arrogancia de José Miguel Carrera el resultado deplorable de las limitaciones de la vida colonial. De una manera similar, Paz Soldán atribuía a Riva Agüero la influencia de una sociedad cortesana e intrigante. Inclusive su popularidad le venía de que "la gente de color" veía en él "a su amo, el niño Pepito". En agosto de 1823 Torre Tagle reunía el Congreso que iba a declarar a Riva Agüero reo de alta traición. Las solemnidades del acto hacían más irónico el desenlace:

Repiques, fiestas, arengas en elogio de Torre Tagle eran la consecuencia necesaria; a éste se le proclamaba como padre de la Patria, como el más virtuoso y digno hijo del Perú y su única esperanza. Meses antes se había hecho lo mismo con Riva Agüero; y ese mismo día se le declaraba traidor, luego seguiría el mismo camino el nuevo héroe²⁶.

Miguel Luis Amunátegui, cuya invectiva contra O'Higgins despertaba las recriminaciones de Sarmiento sobre el culto de los héroes, limitaba la función de éstos a la mera identificación ideológica. En Amunátegui, como tal vez en ningún otro historiador del siglo XIX, hay una reflexión irónica sobre la tela de la

²⁵ *Historia del Perú independiente, Segundo periodo*, p. 164, p. 1; *Primer periodo*, p. 33, y T. I, p. 11.

²⁶ *Ibid.*, *Segundo periodo*, p. 64. D. Barros Arana, *Historia Jeneral*, T. VIII, p. 388.

cual están cortados los héroes. En los *Precursores* relata pormenorizadamente una conspiración de 1776, cuando dos franceses residentes en Chile intentaron una revolución de independencia. La narrativa sigue cuidadosamente las peripecias de los expedientes criminales sobre el caso. La personalidad un poco excéntrica de Alejandro Berney y Antonio Gramuset se prestaba para un relato novelesco que el historiador salpicaba de ironías. Personajes menores, socialmente ambiguos, su intencionalidad parecía desproporcionada y Amunátegui se resistía a tomarla en serio. El asunto, que la Audiencia ocultó sigilosamente para no dar ocasión a un escándalo, culminó con la muerte de los dos conspiradores en circunstancias diversas y con un perdón real otorgado póstumamente en 1786. Sobre el ocultamiento y el perdón Amunátegui comentaba que se había quitado a los dos extranjeros “el único bien, el solo tesoro que habrían podido dejar en este mundo: la gloria y la gratitud de la nación chilena”. Con el martirio, los franceses “hubieran alcanzado la inmortalidad (...) el pueblo hubiera guardado imborrable el recuerdo de su sacrificio. Los padres habrían transmitido la relación de los méritos de estos primeros mártires de la independencia. Sus nombres habrían sido colocados entre los próceres de la independencia”²⁷.

Tan ambiguo relato remite el reconocimiento del héroe a otra instancia que no es el historiador mismo sino la conciencia colectiva. El historiador renuncia esta vez a poner de su parte un elemento esencial para la invención del héroe: la notoriedad. Y a fin de cuentas no sabemos si lo que priva a Berney y a Gramuset de la calidad heroica sean las circunstancias infortunadas del sígilo de su proceso, es decir, que se hubiera despojado su gesto de una proyección pública de ejemplo e incitación, o el perdón, que los privaba del elemento de identificación colectiva con el sacrificio, o la ironía misma de Amunátegui, que retrata a los actores como una mezcla pueril de vanidad social e ignorancia política.

Para Amunátegui, la novedad de las naciones se justificaba a la luz de los principios superiores y racionales que podían adoptar en su organización. Tales principios, de carácter moral, se fundaban en la igualdad de los ciudadanos y en el ideal del “humanismo republicano” que imponía la participación de éstos en la cosa pública. Sin embargo, y en ello Amunátegui seguía a Lastarria, el régimen colonial había creado estructuras perdurables que inhibían dicha participación. La revolución misma no había surgido espontáneamente de las masas populares y por eso se veía en la intervención de un personaje como José Miguel Carrera una necesidad histórica. Carrera había servido para introducir un principio dinámico en las masas, que el legalismo de abogados y terratenientes era incapaz de desper-

²⁷ Miguel Luis Amunátegui, *Los precursores de la independencia de Chile*, T. III, p. 251.

tar: “Era urgentísimo —decía— que las masas comprendiesen y se acalorasen por ella (la revolución), porque pronto iba a necesitarse soldados, que sólo de la turba podrían salir”²⁸.

El carácter teatral del destino de Carrera se prestaba para reivindicar vagamente una tradición de insurgencia, así ésta hubiera estado destinada al fracaso por la excesiva arrogancia del héroe. No es frecuente que, como en el caso de José Miguel Carrera, la figura de un protagonista sobreviva con brillantes colores al más completo fracaso político. Pero a los rasgos de modestia, buen sentido y tacto de O’Higgins, en cierta manera la representación de la estabilidad institucional y conservadora de Chile, debía contraponerse la figura apasionada y romántica de Carrera. Como las caras de Jano, la representación del héroe podía ser alternativa.

El papel de representatividad de una “comunidad imaginada” que se asignaba al héroe encerraba una paradoja peligrosa de la cual los historiadores chilenos, tanto como José Manuel Restrepo en Colombia, Rafael María Baralt en Venezuela o Juan Bautista Alberdi en Argentina eran perfectamente conscientes. Al contraponer el principio de la libertad, que era el fruto de una cultura, al de la mera independencia política, don Andrés Bello reconocía que “el principio extraño (el de la libertad) producía progresos; el elemento nativo dictaduras”²⁹. Las dictaduras eran, entonces, una fatalidad a la que no podían escapar los herederos de los “duros y tenaces materiales ibéricos”.

En su diatriba contra Mitre, Juan Bautista Alberdi volvía sobre la misma idea y señalaba el carácter puramente alegórico de una representación en la que “los principios motores y determinantes de los hechos históricos son representados por hombres y personas”. Según Alberdi, cuando se introducía una casta de héroes y libertadores, “tan hereditaria y privilegiada como cualquier otra”, el historiador dejaba de ser libre. En la lectura misma de los documentos tenía que atender a los prejuicios populares y desviar el objeto de la historia para alimentar la gloria de un personaje y no la verdad. Héroes y caudillos, utilizados como una “simple galería de modelos edificantes”, podían enmascarar o brindar una representación inexacta de fuerzas y conflictos tan reales como el de la oposición secular argentina entre Buenos Aires y las provincias.

Para Alberdi la revolución argentina no había obedecido a los designios de un héroe, sino que estaba inscrita en un proceso mucho más vasto y se regía por una ley impersonal y general de progreso. Era más el producto de “la acción civilizada de Europa” y por eso debía evitarse hacer “un ídolo de la gloria militar, que es la plaga de nuestras repúblicas”. La misión providencial del héroe quedaba reducida

²⁸ M. L. Amunátegui, *La dictadura de O’Higgins*, pp. 42, 43 y 61.

²⁹ A. Bello. *Obras Completas*, T. XIX, p. 169.

así a algo puramente circunstancial. Tal vez ningún crítico hispanoamericano en el siglo XIX haya advertido con tanta claridad como Alberdi la verdadera función del héroe dentro del relato histórico. La idea de Mitre sobre una presunta misión de San Martín de llevar la revolución argentina al resto de Sudamérica le parecía un simple “juego de palabras (...) en obsequio de la vanidad del vulgo”. Aun sin San Martín, a Chile “le habrían sobrado los libertadores”. Los candidatos más probables hubieran sido los hermanos Carrera. Esta elección de Alberdi mostraba el carácter perfectamente intercambiable de los héroes. Como también su apreciación del potencial de utilización literaria de los Carrera, “figuras llenas de originalidad, ornato poético, pintoresco y melancólico”³⁰.

En los historiadores hispanoamericanos había una curiosa limitación en la elección de los rasgos heroicos. El héroe no encarnaba, como en Carlyle, toda la gama de las potencialidades humanas, sino simplemente las de la voluntad. Sólo quienes habían dejado su huella en un hacer decisivo, quienes habían manejado todos los hilos de una trama que cambiaba el curso de la historia, alcanzaban la estatura heroica. En rigor, sólo podía haber héroes durante la Independencia. El resto eran aquellos caudillos nefastos que prolongaban agitaciones y trastornos inútiles. Sin embargo, José María Samper en Colombia o Benjamín Vicuña Mackenna en Chile atribuían la existencia del personalismo de los caudillos al legado de las guerras de Independencia. Pero este fenómeno debía ser pasajero. En 1874 Vicuña se felicitaba de la gradual desaparición de la escena política de los Rosas, los Monagas, los Obandos, los Flórez, etcétera:

Usted —le escribía a Mitre— que es tan profundo observador de cuanto le rodea ¿ha fijado su espíritu en la gran revolución que se opera en nuestra condición democrática? Hace apenas veinte años, cuando usted y yo estábamos alumbrados por el mismo candil en el fondo de un calabozo, la personalidad era todavía suprema y arrogante en la América española. (...) ¿Y hoy? ¿Qué significa ese género de personalismo en la existencia de todos estos pueblos? Las masas son el equilibrio y a la vez son la cúspide³¹.

Una tradición de radicalismo político, que puede hacerse remontar a los escritos de juventud de Lastarria o a la generación que surgió a la vida política en el decenio de los 40, estuvo siempre tentada a consagrar más bien un héroe intelec-

tual. En Chile, a un Camilo Henríquez, por ejemplo. Este héroe no podía sostener el aliento de una narrativa, por cuanto su aparición en la escena de los grandes acontecimientos había sido siempre fugaz. Además, lograr el reconocimiento de este tipo de héroe entre los sectores populares hubiera sido una tarea imposible. Por eso había que seguir ateniéndose al héroe militar, pero, en lo posible, adornado de la virtud del desprendimiento. Por tal razón San Martín, en vez de Bolívar, era para Paz Soldán el verdadero padre de la nación peruana, y por lo mismo Miguel Luis Amunátegui rechazaba a O'Higgins y prefería, contra todas las convenciones aceptadas, ejemplificar el ser colectivo chileno en su antítesis trágica, la figura de José Miguel Carrera.

³⁰ J. B. Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, pp. 193, 269 y 287.

³¹ Carta al general Mitre, del 10 de marzo de 1874, *Archivo del General Mitre*, T. XXI, p. 54.

CAPÍTULO IV

LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

HISTORIA Y LITERATURA DE FICCIÓN

En un artículo de 1873¹ don Diego Barros Arana mencionaba el parecer del “célebre crítico Mckintosh”, quien en 1813 había sostenido que los viajes de Colón no serían el “tema de un verdadero poema épico” sino cuando el descubrimiento y la conquista estuvieran “envueltos en oscuridades legendarias”. La necesidad de este distanciamiento brumoso del célebre crítico evoca con insistencia la construcción deliberada de ruinas góticas (*follies*) con las que se adornaba el paisaje inglés hacia la época en que escribía. Para aquel crítico, según Barros Arana, el distanciamiento debía resultar del desarrollo de la historia misma, es decir, de los avances en la vida consciente como naciones de aquellos fragmentos del Imperio español que en ese momento luchaban por su independencia. Frente a esa concepción romántica, en la que las urgencias del presente se contrastaban con la imprecisión brumosa de un pasado remoto, el historiador chileno proponía el problema de una manera completamente diferente. No era el distanciamiento el que debía conferir una cualidad mítica al descubrimiento, para convertirlo en un material idóneo de construcción poética. Era la renovación misma de las ciencias históricas, su “seguridad absoluta

¹ *Obras Completas*. T. VI, pp. 36 y 55.

en referir los sucesos en toda su verdad, sin oscuridades y leyendas”, las que debían restituir el carácter grandioso a tales hechos, pues su verdad histórica era en este caso superior a la epopeya. Barros Arana identificaba así, para la época del descubrimiento, historia y poesía. Según él, las empresas de la conquista tenían

el más alto interés épico por la grandeza de la acción, por las dificultades felizmente vencidas, por el relieve de los caracteres, por el choque de dos razas y de dos sociabilidades tan diferentes entre sí y por la variedad y el esplendor de la naturaleza y de los países en que se verificaron esos grandes acontecimientos.

En cuanto al descubrimiento del Nuevo Mundo, “todo allí ofrece la grandiosidad épica. Los hombres de acción, el medio físico y moral en que ésta se desenvuelve”. La calidad poética se atribuía así a la realidad, no a las formas adoptadas para figurarla o representarla. Pese, sin embargo, a este tributo a la sensibilidad romántica convencional del siglo XIX hacia las épocas más remotas, el énfasis de las reconstrucciones hispanoamericanas no iba a recaer en el Descubrimiento o la Conquista. A diferencia de Robertson o de Prescott, los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX no estaban en posición de escoger un tema entre otros muchos. Su propia historia nacional se imponía taxativamente como una tarea y, en ella, el período de las guerras de la Independencia les parecía ser el más significativo.

Estando en la cárcel por sus actividades en la oposición al gobierno a fines de 1858 y comienzos de 1859, don Benjamín Vicuña Mackenna acariciaba la idea de escribir una novela sobre la vida de Almagro, inspirado en el estilo de las novelas históricas que leía por entonces². Finalmente se decidió por escribir una historia convencional. Pero una de sus obras más populares, concebida casi como un folletín por entregas³, *Los Lisperguer y la Quintrala (Doña Catalina de los Ríos)*, se vale de los recursos narrativos corrientes en las novelas del siglo XIX. El libro, que constituye uno de los primeros intentos de escribir una historia social de la Colonia, no tiene una forma temática en la que el autor y el lector sean los únicos caracteres implicados, sino una forma fictiva, en la que son esenciales caracteres internos⁴. La acción de los personajes produce efectos instantáneos y la pintura está calculada para provocar horror y repulsión. Azotainas, envenenamientos y otros crímenes oscuros subordinan la “actitud moral a las convenciones del cuento”.

² Ricardo Donoso, *Don Benjamín Vicuña Mackenna*, p. 103.

³ Fue publicada originalmente en el periódico *El Ferrocarril* en 1877.

⁴ Sobre estos conceptos véase Northrop Frye, *Fables of Identity*.

El principal cargo de Miguel Luis Amunátegui contra el régimen colonial español consistía en que éste había abolido toda individualidad. En términos de la representación histórica ello equivalía a haber matado todo resorte de la acción para hacer imperar el aburrimiento y la rutina. Pero Amunátegui no tenía inclinación hacia la narrativa y por eso aparece como el más analítico de los tres historiadores chilenos clásicos. Aun cuando no encontrara una materia dramática en el período colonial, algunos de los problemas seminales que propuso siguen moldeando la reflexión sobre esa época. En cambio, su condiscípulo Barros Arana encontraba en el autoritarismo y el dirigismo monárquicos “la verdadera razón de la lentitud de los procesos de las colonias hispanoamericanas. La historia bajo aquel régimen ofrece una escasísima importancia. El interés dramático se concluye con la conquista”⁵.

Tal apreciación de los períodos históricos como provistos o exentos de “interés dramático” provenía de la atracción que ejercían en los historiadores del siglo XIX las formas narrativas impuestas por las novelas históricas de sir Walter Scott y de su imitador Washington Irving, y por las conquistas de los dos grandes imperios americanos. Sin embargo, don Diego Barros Arana ha perpetuado en Chile la imagen del historiador erudito, desprovisto de atractivos estilísticos, atento exclusivamente a acumular pruebas documentales y a exponer prolijamente los acontecimientos. La extensión misma de una narrativa en dieciséis volúmenes, que le ocuparon la mitad de su larga vida, parece un testimonio contundente de la seriedad de su propósito. Barros expresó siempre una admiración sin reservas por la obra del historiador escocés William Robertson y señalaba en él cualidades que no dudaba en atribuirse a sí mismo: “claridad”, “transparencia” y “sencillez” en la exposición, laboriosidad para reunir materiales, sagacidad para comparar autoridades y para discernir la verdad, frialdad y desapasionamiento en los juicios⁶. Robertson era para Barros Arana, desde muy joven, el modelo indiscutible de lo que debía ser un historiador⁷. Pero también se sentía atraído por lo que denominaba descripciones “animadas y coloridas” desde cuando traducía novelas históricas del francés, antes de cumplir veinte años. En el último libro que escribió⁸, echaba todavía de menos el “interés animado y dramático que suele constituir el principal atractivo de los libros de historia. No se ve realizarse una gran empresa, una conquista, una guerra feliz, una revolución ni nada que tenga los caracteres de brillo y representación”.

Aunque con esto quería subrayar la importancia de hechos de otro tipo, en el fondo siempre había convenido con la idea de Lastarria, que su común amigo

⁵ “Historia de América”, en *Obras Completas*, T. II, p. 4.

⁶ *Obras Completas*, T. IV, p. 525.

⁷ Rolando Mellafe, *Barros Arana, americanista*, Santiago, 1958, p. 33.

⁸ *Un decenio de la historia de Chile*, p. VII.

Amunátegui expresaba con más sutileza, de que en la polaridad conquista-revolución de la Independencia debían refundirse todos los demás hechos, pues sólo de estos dos períodos dimanaba una acción duradera⁹. Al comentar el *Descubrimiento y conquista de Chile* de los hermanos Amunátegui, Barros Arana observaba que los conquistadores “acometieron y consumaron por su propio impulso esas empresas temerarias y felices que parecen más bien el asunto de una epopeya que los hechos de la historia”.

Y sobre el estilo de la obra: “Según ellos, la historia narrativa tiene el interés del drama, en que conocemos de cerca y en todas sus interioridades a los hombres del pasado, viéndolos moverse y obrar como si vivieran en medio de nosotros”¹⁰.

En las dos citas se aproxima la historia simultáneamente a dos géneros literarios diferentes: la epopeya y el drama. Lo anterior sugería la combinación en el relato de dos elementos que Prescott aconsejaba en el tratamiento de un “gran tema”¹¹. Por un lado, los rasgos pintorescos que el romanticismo asociaba a la épica caballeresca y, por otro, un sentido global del drama, en el que un destino individual podía confundirse con la historia entera. Barros mencionaba también las “interioridades” de los hombres del pasado que aproximaban a éstos al lector, es decir, se refería a un efecto realista familiar en la narrativa de ficción.

Este efecto que parecía poner al alcance de la mano a personajes remotos, “como si vivieran en medio de nosotros”, se transmitía en la historiografía del siglo XIX, de la misma manera que en las novelas, mediante unidades de la secuencia narrativa. Roland Barthes ha identificado estas unidades como funciones. Las funciones pueden ser verdaderos núcleos que constituyen la armazón del relato, o meros catalizadores que flotan entre los núcleos para dilatar la acción (crear suspenso) o evocar una atmósfera¹². El uso de estos recursos narrativos sobrevive hoy solamente en las versiones más populares de la historia. Eran, sin embargo, una convención corriente entre los historiadores del siglo XIX. Estaban asociados a la admiración ingenua por el realismo extremo, en la que un proceso de identificación desviaba la mirada crítica de los recursos convencionales empleados para producir el efecto.

⁹ J. V. Lastarria, *Obras*, T. VII, p. 28.

¹⁰ D. Barros Arana, *Obras Completas*, T. XIII, pp. 288 y 330.

¹¹ “En breve, el modo verdadero de concebir el asunto no es como un tema filosófico sino como una épica en prosa, un romance de caballería; tan romántico y caballeresco como cualquiera de los que pudieron fabular Boyardo y Ariosto; (...) y en el cual, mientras combina todos los rasgos pintorescos de la escuela romántica, se atiene internamente al flujo del destino como el que se agazapa en la ficción de los poetas griegos”. Cit. por David Lavin, *History as Romantic Art*, p. 3.

¹² Roland Barthes, “Introduction à l’analyse structurale des récits”, en *Communications*, N° 8, 1966, pp. 1-27, y “Le texte de l’histoire”, en *Poétique*, N° 49, febrero de 1982.

Barros Arana, que como hemos visto pasaba por ser el prototipo de historiador desprovisto de todo efectismo literario, las empleaba profusamente en su *Historia Jeneral de Chile*. Los ejemplos pueden extraerse casi al azar:

- Carrasco, sin embargo, meditaba en secreto la más negra perfidia.
- Creyendo poner término a las inquietudes públicas.
- El presidente Carrasco había previsto sin duda esta alteración del pueblo.
- La negativa de Carrasco no intimidó a nadie.
- Hasta entonces el capitán Bulnes no tenía noticia alguna de la comisión que iba a desempeñar.
- El supremo tribunal se halló perplejo por momentos.
- La tempestad arreciaba por momentos¹³.

Las siniestras meditaciones del presidente de la Audiencia y Capitán General del Reino, sus previsiones sobre las inquietudes populares, sus intenciones intimidatorias, la ignorancia de Bulnes, las perplejidades del tribunal supremo o la intensificación de la agitación popular introducen una temporalidad psicológica que parece suspender la acción para penetrar en la “interioridad” de los hombres y de los acontecimientos, o para ubicar con una certidumbre desconcertante intenciones, gestos aparentemente banales o emociones en un agente. Desde luego, estas convenciones narrativas no proceden de las fuentes, sino que se toman al pie de la letra de la narrativa de ficción, como uno de los recursos del autor omnisciente.

En ocasiones, las partículas mínimas del discurso remiten a “un significado implícito, según un proceso metafórico”. La función en este caso no sólo integra horizontalmente la secuencia narrativa, sino que sirve como indicio de algo que va a desarrollarse después. Su aparición, que puede parecer gratuita a primera vista, remite a un plano superior del discurso (de la acción de los personajes o de la narración propiamente dicha). La reiteración sobre los errores de Carrasco anuncia que este funcionario va a caer. Los indicios que el narrador va regando como al azar se integran verticalmente en otro nivel del discurso: el del nudo principal de la acción narrativa, en este caso los acontecimientos del 18 de septiembre de 1810, día en que se conmemora la independencia chilena.

En la pura superficie del discurso histórico, los recursos que se tomaban prestados de la novela contribuían a resolver un problema de simultaneidad de acciones cuyo enunciado rompía forzosamente con la unidad del hilo narrativo. Los autores del neoclasicismo ilustrado habían condenado todas aquellas digresiones

¹³ *Historia Jeneral*, T. VIII, pp. 144 y ss.

que distrajeran inútilmente al lector del encadenamiento de los hechos que constituían el cuerpo principal de la acción. Por eso José Manuel Restrepo, ateniéndose todavía a los preceptos dieciochescos del abate Mably, adoptaba una dignidad un poco envarada para salirse, lo más airosamente posible, del encadenamiento de su propio relato. Al acudir a una convención retórica ordenadora del discurso, tenía que atraer la atención sobre sí mismo, retrotrayendo el tiempo del enunciado al de la enunciación: “Dejemos que el Cuerpo Legislativo discuta en la calma y quietud de la capital los grandes intereses nacionales, y veamos el curso que habían tomado la guerra y los acontecimientos militares”.

Y, unas páginas más adelante, para retomar el asunto se excusaba:

La unidad histórica ha exigido que hasta ahora nos hayamos ocupado seguidamente en referir las operaciones militares ocurridas en el lago de Maracaibo (...) es ya tiempo de que variemos tan enojosa tarea, ocupándonos de narrar las operaciones pacíficas del primer congreso constitucional de Colombia. Lo dejamos reunido en Bogotá.

La “enojosa tarea” constituía un deber. ¿Cómo podía ser otra cosa? El historiador debía registrar, una por una, todas las acciones de armas de la guerra magna, así fueran anodinas. La narrativa apenas podía agregar el colorido de un estilo convencional a la sequedad de los partes militares que el historiador tenía a la vista. Escaramuzas, emboscadas, marchas y contramarchas, movimientos envolventes y de flanco, estrategias y combates, no eran la ilustración de una tesis sobre un genio militar. Cada incidente poseía un valor por sí mismo, puesto que constituía un fragmento de una materia sagrada, de un *epos* patriótico que más tarde se desenvolvería en ciclos dramáticos, como materia inagotable. El historiador oficiaba, como un sacerdote, ante el altar de la historia. Su relato era una salmodia o una letanía que iba leyendo la historia como en un libro ritual. El texto de las batallas preexistía, con una significación propia, al texto del historiador. El estilo tendía a una solemnidad hueca, con una gran profusión de fórmulas neutras para loar el “valor”, el “desprendimiento”, la “magnanimidad”, o para condonar con conmisericordia la “cobardía”, la “traición”, la “crueldad”, etc. La guerra era un espectáculo moral y en la contemplación de cualquier carnicería “la pluma del historiador” no debía perder “la calma filosófica”. La moderación misma de los combatientes era el fruto de la “filosofía y la ilustración”.

Dos generaciones más adelante, Mariano Paz Soldán planteaba el mismo problema de la dicotomía narrativa de manera un tanto diferente, aun si el estilo del historiador peruano era deliberadamente arcaizante. Lo que Restrepo describía

como “enojosa tarea” estaba ahora asociado más bien a la ausencia de un dramatismo de la acción:

Habíamos pensado —dice al comenzar el capítulo xvi del primer período de su *Historia del Perú independiente*— terminar cada uno de los períodos en que dividimos nuestra historia con una reseña administrativa en todos sus ramos. Pero reflexionando mejor hemos decidido sujetarnos, lo más que sea posible, a la cronología (...) también conseguiremos no fatigar al lector con la lectura de un capítulo enteramente desprovisto de episodios, que amenicen algo nuestra descarnada y fría narración.

LA TRAMA OCULTA

La trama de cualquier relato histórico del siglo xix es fácilmente reconocible. Aun si las peripecias factuales o anecdóticas se disuelven rápidamente en la memoria, queda siempre visible el diseño básico de fuerzas ascendentes que se cristalizan en un momento único para iniciar un descenso irresistible. Esta configuración básica (Northrop Frye diría trágica) se desarrolla dentro de una elección cronológica. La fecha o período inicial propone un rango de problemas. La fecha o el período final una culminación, una solución o una transformación. La trama más explícita, es decir, aquella que coincide abiertamente con las convenciones de un género literario de ficción, tendrá un héroe, una voluntad constructiva a cuyo alrededor se organizan los acontecimientos. Los designios del héroe, sin embargo, rara vez pueden revelarse como algo explícito. Cuando así ocurre, la controversia termina por oscurecerlos del todo o los convierte en algo ambiguo. Sólo los resultados objetivos, el desenvolvimiento de la acción, puede revelarlos. De esta manera la huella del héroe queda impresa en la historia.

Pero ni aun dentro de las convenciones de la ficción novelesca podía encuadrarse todo en un marco de acción consciente. Multitud de acontecimientos decisivos no caían dentro del principio de energía que dimanaba del héroe. Por tal razón era necesaria una trama oculta que prolongara la forma de la explicación biográfica en el ser colectivo. No se formulaban hipótesis ni teorías explicativas sino que, como en el cuento de la carta de Poe, la explicación debía aparecer a la vista, en la superficie del discurso, pero disimulada por su obviada misma. La trama oculta constituía una prefiguración o una percepción dramatizada de las fuerzas sociales. En ausencia de un lenguaje específico para identificar estas fuerzas se acudía a designaciones de orden psicológico y moral, o a metáforas tomadas de las ciencias naturales.

Roland Barthes y Hayden White han explorado los fenómenos lingüísticos asociados con la construcción histórica. Para Barthes, el discurso histórico clásico posee una elaboración imaginaria. Los hechos se construyen con partículas mínimas o átomos del discurso (que él llama funciones e indicios) y que no pueden tener sino una existencia lingüística. En algunos casos pertenecen al dominio del historiador como un léxico o una colección privada. Otras veces configuran una temática personal destinada a la denominación de objetos históricos. De una manera similar, para Hayden White la historia es prisionera del modo lingüístico mismo "en el cual busca agarrar el perfil de los objetos que habitan en su campo de percepción", debido a que no ha elaborado un lenguaje de notaciones científicas. El nivel más profundo de la conciencia histórica se revela en un momento anterior a la representación y a la explicación (para las cuales H. White elabora un modelo ingenioso), en el momento mismo de identificar un campo histórico como objeto posible de estudio. La prefiguración es un acto poético y lingüístico constitutivo de los conceptos con los cuales se identifican los objetos que habitan el campo histórico y se caracterizan sus relaciones. El historiador "enfrenta el campo histórico de la misma manera que el gramático enfrenta un lenguaje nuevo". Por tal razón debe construir un protocolo lingüístico para transar con la realidad que ha de caracterizar¹⁴.

La manera como los historiadores hispanoamericanos clásicos enfrentaban lingüísticamente el complejo social puede verse como la colección privada o la temática personal descritas por Barthes, o como la prefiguración de White. Se trataba de un código en el cual podían reducir una realidad colocada al margen del punto focal de su percepción, el cual estaba conformado por el entrelazamiento de las acciones de personajes individuales. Si para éstas la literatura de ficción había desarrollado ciertas convenciones, al no existir las ciencias sociales no ocurría lo mismo con la designación de los hechos sociales de masa. En otras palabras, se trataba de agregar un segundo significado o connotación al significado más aparente o denotación del relato. Dicha connotación, desarrollada mediante una gran variedad de códigos, remitía a los valores culturales y sociales que el historiador quería transmitir.

JOSÉ MANUEL RESTREPO O EL LENGUAJE DE LAS PASIONES

La *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, de don José Manuel Restrepo, posee una estructura característica. Está basada en órdenes superpuestos de

¹⁴ R. Barthes, "Le discours de l'histoire", y H. White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, pp. XI y 20. El modelo de White, que constituye un agregado ingenioso

tensiones internas, podría decirse de hipótesis informúladas. Sólo que, a diferencia de las hipótesis, la función de las tensiones es meramente narrativa, pues se hallan destinadas a proveer el relato de un clima dramático y a extender los impulsos personalizados de actores individuales a un ser anónimo y colectivo, no a proporcionar un esquema interpretativo coherente. Son más un comentario moral, al estilo de la historiografía del siglo XVIII, que un modelo explicativo.

La más aparente, que recorre toda la obra de una manera sistemática, es la tensión entre el imperio de la ley, el afianzamiento de instituciones permanentes, y las pasiones individuales y colectivas. Aquí hay una tensión obvia entre lo permanente y lo errático y circunstancial. El gran tema que subyace en dicha contraposición es el problema de la formación del Estado o de cómo mantener incólume, mediante un cuerpo permanente de leyes, la integridad de una nación.

El historiador era consciente de los obstáculos que se oponían a un consenso sobre la forma fundamental del Estado. En cada caso la adhesión a un principio sobre la forma eventual revestía las características de un pronunciamiento personal o la defensa de los intereses de un grupo. La búsqueda de un Estado fuerte, que Restrepo favorecía, no era otra cosa que la consagración de un *statu quo* en el que difícilmente hubieran encontrado acomodo fuerzas sociales emergentes. La permanente agitación política reflejaba la búsqueda de tales acomodos que, dados los abismos de desigualdad, no podían encontrar un punto de equilibrio. Pero Restrepo no perseguía las raíces sociales de las perturbaciones políticas. Éstas tenían a lo sumo un origen en anomalías de carácter moral. Por eso se contentaba con especular:

Acaso este vicio de no cumplirse las leyes, que aún subsiste en la Nueva Granada, nace de la forma de gobierno republicano, en el que un gran número de ciudadanos concurre a su formación, y por lo mismo no se

de observaciones y teorías de autores tan diversos como E. H. Gombrich, Erich Auerbach, Northrop Frye, Kenneth Burke, Lucien Goldmann, R. Barthes, M. Foucault, Derrida... y Juan Bautista Vico, parte de la observación de que la historia, que no es una ciencia (sino a lo sumo un arte degradado), toma como una de sus estrategias explicativas el desarrollo de la trama o la urdimbre del relato (*emplotment*) en la forma de cualquiera de los géneros literarios: romance, comedia, tragedia o sátira. El camino hacia la adopción de una de estas formas de trama comienza con la prefiguración poética del campo histórico, la cual se realiza mediante *tropos* retóricos: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Los tropos empleados en el discurso histórico permiten comprender "las operaciones mediante las cuales los contenidos de la experiencia que resisten la descripción en representaciones de una prosa sin ambigüedades pueden ser agarrados prefigurativamente y preparados para su aprehensión consciente" (p. 34). Véase también "The fictions of factual representation", en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, pp. 121-134.

veneran por ellos. Era muy diferente el respeto que profesábamos o la obediencia que se prestaba a las leyes cuando emanaban del Gabinete de Madrid, sancionándose a dos mil leguas de distancia de nosotros, las que se ejecutaban con vigor y exactitud por los agentes del gobierno español.

Colocado en el umbral de la era republicana, el señor Restrepo podía mostrar escepticismo o desconfianza con respecto a la familiaridad con la que se trataba a las nuevas instituciones. Le bastaba mirar por encima del hombro para encontrar un temor casi supersticioso hacia las instituciones monárquicas que la revolución había abolido. Pero dos generaciones más tarde don Benjamín Vicuña Mackenna expresaba una desconfianza parecida. Sólo que en Vicuña Mackenna la explicación era exactamente inversa a la de Restrepo: las instituciones no se respetaban por falta de familiaridad con ellas y por ausencia de participación, no por exceso de familiaridad o de participación: "En Chile han sido tan escasas las nociones del derecho y tan oscura la conciencia del deber político, que el ejercicio de ese derecho y de ese deber no se ha concebido jamás sino acompañado de la fuerza bruta"¹⁵.

Pese a que el tema central de la *Historia de la revolución* sigue siendo el problema del Estado y la Nación, el historiador se ve arrastrado a registrar, mal de su grado, las anomalías que tan frecuentemente minaban la permanencia de las leyes. Acaso la palabra más reiterada en toda la *Historia de la revolución* sea la palabra pasiones: "bajas pasiones", "fuertes pasiones", "innobles pasiones", "pasiones rencorosas", "pasiones irritadas", "pasiones encontradas", "pasiones vengativas", "pasiones dominantes de la época", "pasiones exaltadas", "triste cuadro de pasiones", "acaloradas pasiones", "pasiones tan interesadas como rencorosas", "torrente de pasiones", "funesta obra de sus pasiones y desaciertos", "las pasiones que agitan a la multitud cuando han sacudido el yugo de las autoridades", amén de la designación de pasiones particulares: "odio", "envidia", "negra ingratitud", etc. El catálogo de adjetivos y explicaciones fundadas en la naturaleza moral de las pasiones es inagotable. Las pasiones como recurso narrativo moldeaban la conducta de los actores históricos en patrones teatrales y animaban la trama misma de la historia. Todavía en José Manuel Restrepo, y podría decirse otro tanto del venezolano Baralt, el actor de la historia era el hombre esencial de la época clásica. La esencia humana, inalterable, se revelaba sólo en actos objetivos cuyos resortes secretos eran impenetrables. Restrepo no se detenía en el análisis del espesor de los sentimientos y de las emociones, sino

¹⁵ J. M. Restrepo, *Historia de la Revolución*, T. VI, p. 399. B. Vicuña Mackenna, *El coronel Don Tomás de Figueroa*, p. 84.

que los designaba convencionalmente como pasiones. Las pasiones eran fácilmente reconocibles, pues para ellas había modelos familiares y bien establecidos en los autores de la antigüedad clásica. Bastaba entonces calificarlas moralmente para encontrar su adecuación en un episodio determinado.

La libertad daba rienda a las pasiones. Pero una ética aristocrática exigía que quienes detentaban el poder contuvieran las suyas, pues de lo contrario se desencadenaba la tragedia. El punto culminante de su historia sobre la Gran Colombia lo constituyen sin duda los sucesos de abril de 1826 en Venezuela, los cuales iniciaron la disolución de la creación política del Libertador. En el relato, pese a la desaprobación moral implícita, Restrepo quería hacer justicia a una dimensión trágica de los personajes, en observaciones como ésta: "Mas el corazón de Páez no se hallaba en el estado de calma que parecía indicaban sus comunicaciones al Gobierno Nacional". Y, como en una obra de teatro, en el párrafo siguiente asoman "consejeros pérfidos (que) se aprovecharon de aquella rabia y enojo".

El drama interior de Páez culmina así: "El general Páez, no escuchando más que la voz de su profundo resentimiento y de sus impetuosas pasiones, marchitó los laureles de su gloria, y se presentó al mundo que lo observaba, como un faccioso"¹⁶.

El historiador comunicaba a unos espectadores hipotéticos un proceso interior de rabia, impotencia y despecho que, como en el caso de los héroes de una tragedia, proyectaba una situación objetiva teñida de fatalidad y que iba a envolver a toda una nación.

En el origen de las facciones que seguían a Bolívar o a Santander encontramos una explicación psicológica semejante. El historiador nos ha preparado con el relato de incidentes aislados que presagiaban la discordia. Finalmente, en 1827, cuando el Libertador hacía aprestos de tropas en Venezuela para sofocar la rebelión de la tercera división auxiliar en el Perú, que se había apoderado de Guayaquil, el general Santander habría perdido toda medida y se dedicaba a estimular proyectos separatistas de Vicente Azuero y otros de sus amigos. Contra la moderación que le aconsejaban unos, se veía arrastrado por las incitaciones de sus íntimos:

De aquí esas vociferaciones de Santander, quien decía públicamente que le sería muy fácil oponerse y vencer en la guerra al general Bolívar, y que ésta debía declarársele para conservar las libertades públicas (...) Lo más admirable es que proposiciones tan escandalosas las propalara delante de su Consejo, de algunas diputaciones del Congreso y de otras

¹⁶ J. M. Restrepo, *Historia de la revolución*, T. VI, pp. 385 y 387.

varias personas. Estaba privado de la cordura y circunspección que demandaba su alta posición social. Dejábase arrastrar por los raptos de sus pasiones y de su genio brusco, que nada respetaba cuando perdía la paciencia¹⁷.

La pérdida de la continencia de un personaje de primer plano, en el que todos tenían puestos los ojos, debía atraer males, como la *hybris* de los héroes en el teatro clásico. La tensión ostensible entre la intangibilidad de la ley y las pasiones individuales se prolongaba en las pasiones colectivas. La personificación de la pasión en el ser colectivo debía ser más directa, sin los matices atormentados del alma individual. La colectividad no era un protagonista central y su aparición en el escenario se producía sólo en virtud del desencadenamiento de las pasiones, cuando la multitud había “sacudido el yugo de las autoridades”.

Este protagonista semejaba un cuadro de sombras chinas en el que se proyectaban los temores más íntimos del historiador y de su clase social. O el revés de un tapiz en el que las escenas aparecen desdibujadas, casi como una caricatura de su envés, el de las acciones movidas por una voluntad o por una pasión individual. Formuladas de una manera explícita, aquellas tensiones surgirían al identificar la legitimidad con las acciones de una clase social a la que pertenecía el historiador, y la amenaza del caos y la anarquía con la de las castas y de la plebe. Sin embargo, la aprobación o desaprobación implícitas del historiador no revestían la apariencia de una disyuntiva tan tajante. Su desconfianza instintiva hacia los movimientos populares, o hacia las “pasiones que agitan a la plebe”, estaba balanceada por una desaprobación igualmente enfática de las pasiones individuales, que aparecían con dimensiones heroicas en los miembros de su propia clase social.

BARTOLOMÉ MITRE O EL LENGUAJE METAFÓRICO DE LAS CIENCIAS NATURALES

Dos generaciones después de Restrepo, las fuerzas sociales que moldeaban la historia seguían siendo objeto de un tratamiento metafórico. Esta vez, sin embargo, se echaba mano de un lenguaje de apariencia científica. El lenguaje del general Mitre sugiere oscuros procesos, a veces orgánicos, a veces mecánicos, que al conjuro de leyes ineluctables van perfeccionando la sociedad. La sociedad o los grupos sociales eran para él “sustancias” o “masas” maleables u homogéneas. Expresiones tomadas con liberalidad de la física, la química y la biología se convertían en metáforas destinadas a prestar una consistencia casi material a la “revolución”. Los

¹⁷ *Ibid.*, T. VII, p. 63.

fenómenos del universo político y social poseían así una “ley natural”, que resultaba ser única y por lo tanto equivalente a la mera descripción de tales fenómenos, y estaban dotados de una “gravitación natural” o sujetos a una “condensación” o a una “afinidad” de fuerzas. Las masas populares, que carecían de un principio de acción consciente, se regían por su propia “genialidad”, lo cual sugiere un principio orgánico o genético o algo oscuramente irracional. Las imágenes del movimiento social eran enteramente físicas: había “conjunciones” o “dirección constante”, como en los cuerpos celestes, cuando no “desviaciones accidentales”, “acción compacta y uniforme” o la “precisión de una solución mecánica”.

El empleo de este lenguaje resulta evidentemente analógico. Sin embargo, una prosa que se mueve constantemente entre la afirmación sentenciosa y la formulación axiomática hace sospechar que el autor prestaba a sus observaciones la certidumbre de las leyes físicas. Aunque se tratara de metáforas ambiguas, el movimiento de la historia se representaba como una certidumbre ineluctable. Como si el historiador poseyera el conocimiento preciso de las leyes que animan los acontecimientos, que él no hacía explícitas pero que su narrativa se encargaba de desarrollar. Aunque no se enunciara, la ley se sugería con la aparición de regularidades sorprendentes. Para Mitre, la mera coincidencia cronológica era una fuente de significaciones. Durante la conquista, por ejemplo, el despliegue simultáneo de las huestes españolas en el Perú y el Río de la Plata prefiguraba consecuencias a muy largo plazo. Como si el avance de las tropas españolas en determinada dirección tuviera que rehacerse, durante la Independencia, en sentido contrario. Después de observar varias coincidencias cronológicas de movimientos de tropas durante la Conquista, puntualizaba en una nota que, a excepción de la coincidencia de las colonizaciones españolas y portuguesas, “que es famosa, y de la de Córdoba y Santa Fe, ninguna de las demás coincidencias ha sido señalada por los historiadores, no obstante la influencia visible que han tenido en los acontecimientos posteriores”¹⁸.

Otra fuente de inspiración para el lenguaje científico de Mitre era, como se ha visto, la etnografía y la etnología. Aunque, debe admitirse, esta fuente carecía de la precisión misteriosa de sus préstamos a las ciencias naturales. Mitre manejaba dos versiones, hasta cierto punto contradictorias, del elemento popular. Una, la de las “multitudes bárbaras”, cuyo signo era la bastardía racial; multitudes ignorantes, sin ideales ni cohesión social¹⁹. La revolución había corrido el riesgo de ser sumergida por esta masa “indígena y bárbara”, de no haber sido por la “voluntad y la obra de los criollos”, que hicieron prevalecer “el dominio del tipo superior con el auxilio de

¹⁸ “Historia de Belgrano”, en *Obras Completas de Bartolomé Mitre*, T. VI, pp. 5-7.

¹⁹ *Ibid.*, p. 58. Un párrafo idéntico en “Historia de San Martín”, *Obras Completas*, T. I, p. 77.

todas las razas superiores del mundo”²⁰. Otra versión contraponía la “sociabilidad” del Río de la Plata a la que había producido la conquista de pueblos indígenas en México, Perú, Paraguay, Alto Perú y provincias interiores de la Argentina. En el Río de la Plata había existido una democracia “nativa”, “genial” o “rudimentaria”, producto del trabajo, en contraste con los elementos puramente indígenas, bárbaros y estériles. La colonización del Plata había obedecido a “un plan preconcebido, que tenía en vista la producción, el comercio y la población”, mientras que la conquista del Perú se había limitado a seguir la trazas de la civilización quechua²¹.

Estos elementos innatos de democracia conferían a la Argentina una misión providencial como cuna originaria de la revolución americana que, partiendo de allí, se extendería por toda Sudamérica. Pero debido a su naturaleza indisciplinada y a su “carácter selvático”, las mismas fuerzas entrañaban un peligro que sólo la voluntad disciplinada y previsor de una minoría podía eliminar²².

GABRIEL RENÉ MORENO O EL LENGUAJE DE LOS OBJETOS Y DE LAS CEREMONIAS

La asimilación, en el discurso, de fuerzas sociales abstractas a improbables fenómenos naturales, la oposición entre las “esferas superiores,” de la inteligencia y los “instintos confusos en la masa social”, o el léxico de las pasiones que mueven a los individuos, todo ello obedecía a una visión externa y distante de la sociedad americana. El caso del historiador boliviano Gabriel René Moreno (1838-1908), discípulo de Miguel Luis Amunátegui y de Diego Barros Arana²³, demuestra hasta qué punto la íntima comprensión del mundo colonial americano debía pasar por un acto de restauración del lenguaje. En *Últimos días coloniales en el Alto Perú*²⁴, la voz del historiador multiplicaba la presencia de objetos y personajes de una manera dialógica. El realismo de la figuración procedía de una paráfrasis imaginativa de los documentos de fines de la Colonia. Moreno calcaba las menores sinuosidades de los textos, ahondando el relieve y transformando los ritmos, pero conservando la textura expresiva. La paráfrasis transmutaba sutilmente cada texto en significados, animaba las fuentes, las hacía hablar y responderse una a otras. Amontonaba textos y significados para construir una tela sin hendiduras posibles. El relato cubría apenas dos años en una secuencia sin cisuras que combinaba la descripción del detalle y

²⁰ “Historia de San Martín”, *Obras Completas*, T. I, p. 112, p. 138. También T. V, pp. 177 y 178.

²¹ “Historia de Belgrano”, *Obras Completas*, T. VI, p. 17.

²² “Historia de San Martín”, *Obras Completas*, T. I, pp. 102, 180, 178.

²³ Charles W. Arnade, “The historiography of Colonial and Modern Bolivia”, en HAHR, N° 42, agosto de 1962, pp. 333-384.

²⁴ Se ha utilizado una edición de Buenos Aires, 1946.

la interpretación general, el transcurso puntual de los hechos y una profundidad temporal que les prestaba su sentido. El procedimiento no obedecía a una mera inducción, sino a una manera peculiar de representación que se fijaba en lo concreto, como un alpinista que se aferra a las hendiduras de la roca para alcanzar una cima desde donde sea posible contemplar el panorama.

En Moreno había una autolimitación consciente, una reducción del ambiente a su quintaesencia, en la que no había heroísmos sino a lo sumo actitudes indiscretas o palabras imprudentes. El ámbito pomposo de las historias patrias se disolvía en gestos sin importancia aparente, en caracteres nimios, en pequeñas envidias o en chismes destilados con fruición de los documentos que, sin embargo, iban apretando el nudo de la significación de un año crucial, 1808. Este ámbito era el de un provincianismo romo y encerrado en sí mismo: “Sonrisas pérfidas, de disimulos incalculables, de envidias punzantes, de aprehensiones recónditas, de perspicacias telescópicas, de todas esas exquisitas y dañinas poquedades altooperuanas, expertas hasta en el vacío, y que vibraban como microbios ganosos en el medio ambiente social”²⁵.

Los grandes designios no aparecen en los *Últimos días coloniales* por ninguna parte. A lo sumo se trataba de un encadenamiento lleno de equívocos, en el que las cavilaciones provincianas adquirirían, casi al azar, la categoría de pensamiento político:

Quando a la vuelta de un ejercicio de más de dos siglos esta gimnástica del pensamiento altooperuano adquirió la agilidad como para encumbrarse hasta donde no era lícito a las encorvadas ideas coloniales levantar siquiera la vista, la chismografía se convirtió por sí sola en censura política, en conciliábulo opositorista, en anhelo de reforma y de independencia²⁶.

Moreno no se proponía mostrar acciones ejemplares, sino que se asomaba con curiosidad y lucidez al juego que iban tejiendo circunstancias y personalidades intrascendentes. La designación de los grupos sociales y su caracterización venían envueltas en la descripción de los hábitos y se veían retratadas en el simbolismo de los objetos cotidianos. Y, sin embargo, en Moreno no encontramos trazas de costumbrismo. La descripción menuda no tiene la condescendencia del que baja de un mundo superior a un mundo turbio y cotidiano, sino que se presta para caracterizar ese mundo superior. Hábitos y objetos le sirven de pretexto para desplegar

²⁵ *Ibid.*, p. 150.

²⁶ *Ibid.*, p. 157.

la elegancia y la ironía barrocas de sus enumeraciones. Por ejemplo, para denotar el espíritu estrecho y devoto de la época colonial, pintaba al clero como "pequeño mundo, con sus trajines de convento en monasterio, sus novenarios y procesiones en competencia, sus negocios de gobierno y curia, sus celillos y mezquindades levíticas, sus exquisitos bocados, su numerosa y tierna grey femenina"²⁷. O las disputas escolásticas de los doctores de Chuquisaca: "Mundo de disputas, de desvelos por la letra muerta, de empeños por el examinador, de antesalas hasta por bedeles y porteros, de emociones al sonar el ánfora de los votos, de ramilletes después de obtenido el grado, de férula implacable en cambio de un acendrado título de doctor o licenciado"²⁸.

Los objetos reproducían todas las gradaciones de las jerarquías sociales:

El día de la entrada solemne del arzobispo, amanecieron empavesados los balcones y azoteas de la ciudad. Los campanarios, las torres y las cúpulas se alzaban con gallardetes, oriflamas y pendones. La cohorte veterana y los milicianos urbanos formaron la gran parada al son de músicas y trompetas. El pavimento de las calles destinadas a la solemnidad estaba cubierto, desde el arrabal hasta la plaza mayor, de una alfombra muelle y fragante de ramajes y flores. A lo largo de las aceras, el indio rústico había levantado sobre postes, arcadas y festones de molle, ese cespó arbusto que con verde persistente matiza gotas de sangre en racimos olorosos. De trecho en trecho los gremios menores habían constituido arcos triunfales en mitad de la calle, y tendido cuerdas transversales donde entre cintas, colgaduras y ropajes pendían relucientes espejos de acero, candelabros, zahumadores, pescadores, jícara, mancerinas, aguamaniles, escupideras y otras no nada nobles vasijas de plata bruñida. Los ricos criollos no perdieron la ocasión de lucir en las puertas, ventanas y balcones de sus casas las colchas y tapices de damasco y brocado que eran entonces tan de su gusto²⁹.

Puede parecer paradójico que la creencia de Moreno en la inferioridad del indio, y más aún en la del cholo, coexistiera con una comprensión profunda de su propia sociedad. Naturalmente, el tono deprecatorio no se dirigía sólo a indígenas y mestizos, sino que fustigaba por igual a doctores, clérigos y funcionarios:

²⁷ *Ibid.*, p. 6.

²⁸ *Ibid.*, p. 7.

²⁹ *Ibid.*, p. 27.

Era rasgo característico de la familia alto peruana de la Colonia su afición al chisme y al enredo. La doblez del indio y la procacidad española se juntaban allí, en el mestizo no menos que en el criollo, para imprimir a la índole de todos una tendencia perversa hacia la intriga y las rencillas³⁰.

Con todo, Gabriel René Moreno ha sido el único historiador decimonónico del sur de Hispanoamérica en proponer el problema cultural de la reconstrucción histórica y en haber encontrado una solución valiéndose de su percepción refinadamente estética. Ésta era una salida que no estaba muy lejos de la expresividad de las novelas de Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa en nuestros días. En Moreno, la calidad poética del lenguaje y del estilo arrastraba consigo significados que no suelen ser tan aparentes en formulaciones más explícitas. Su actitud frente a la tradición cultural, con todo su racismo, era infinitamente más compleja que la del resto de los historiadores del siglo XIX. Aparentemente era un "tradicionalista" para quien la preservación de valores sociales superiores se identificaba con un pequeño núcleo racial español en Chuquisaca. Sin embargo, su crítica de ese núcleo poseía una ironía demoledora.

Gabriel René Moreno desarrollaba su narrativa en torno a la teatralidad y el aparato de las ceremonias. Éste era un hallazgo que le permitía abordar el conjunto de la vida social y remitirlo al complejo de sus significados simbólicos y culturales. Las ceremonias constituían además los núcleos que ordenaban el relato y lo hacían oscilar entre las exterioridades pomposas y rituales que se mostraban a la multitud y las querellas íntimas e intrigas de clérigos y funcionarios. Con esto se subrayaba la artificialidad del régimen español, tanto como el carácter ligero e irreflexivo de la respuesta de las multitudes. Su historia dedicaba una buena cantidad de espacio a la descripción de los rituales políticos: la posesión del arzobispo, la del presidente de la Audiencia, la jura del rey. La expulsión de los ingleses de Buenos Aires dio lugar a una celebración sin precedentes. Esta era una

nueva y magnífica oportunidad de colmar la afición de aquellos moradores a los grandes ceremoniales. El sacerdocio y el Imperio se ponían al habla para desplegar un aparato inusitado en la celebración de la victoria. Nada hizo falta en el programa oficial, y los documentos públicos más graves de ese día están llenos con los pintorescos pormenores de la fiesta. La celebridad cívico-religiosa del año anterior da la idea de ésta y otras funciones análogas de la Colonia; pero deben considerarse todas aquellas como simples ensayos de la presente, que fue una representación escénica del público entusiasmo,

³⁰ *Ibid.*, p. 103.

la más esforzada y majestuosa en Chuquisaca que registran los anales de la era hispana. Fue también una de las postreras³¹.

La Colonia iba a desaparecer con las pompas huecas de sus ceremoniales. Moreno se fijaba en ellas como en un fenómeno que hacía explícita la continuidad con el pasado. Su valor simbólico (no estamos muy lejos de la idea del "teatro del poder"³²) cobijaba a la vez al Estado y a la Iglesia, que se disputaban un escenario de figuración:

Estaba a la vista que no eran ellos solos y únicos en el boato; antes bien, otra autoridad les sobrepujaba. Su mando y dignidad, tan receloso para con los prelados, carecían de teatro o escenario donde poder ostensiblemente empuñar la palma de una preeminencia serenísima que sedujese y arrastrase al pueblo. Ellos no soltaban jamás a la Iglesia la borda del patronazgo ni la vara que era alta, ni la espada que era constante; pero al sumo sacerdote del rey de los cielos y de la tierra tenían que cederle en lo exterior la diadema reluciente de un prestigio inconmensurable e inmarcesible. ¡Talismán para el dominio de las muchedumbres y para la dominación quieta sobre los pueblos sencillos!³³.

En las ceremonias, la presencia de los indios resultaba incongruente: "Estas gentes rústicas, extrañamente asociadas a la ceremonia político-religiosa de los criollos y mestizos urbanos (...) habían acudido arreados por sus curas"³⁴.

La fidelidad etnográfica de la descripción de las ceremonias estaba encaminada a despojarlas de una significación profunda. Eran apenas una metáfora para describir una sociedad que ya era extraña. El desasimiento objetivo del historiador les prestaba una significación irónica, como para señalar el vacío en que operaban unas relaciones políticas moribundas de dominación. Pero su ironía hacia el ritual colonial, una concha vacía, un receptáculo sin contenido, subrayaba por lo mismo la importancia del ritual revolucionario. La ironía incorporaba una buena dosis de impaciencia hacia el populacho que participaba al parecer tan gustosamente en el ritual colonial. Pero el regocijo fingido de la jura del rey se contraponía al regocijo auténtico, la fiesta de la victoria revolucionaria.

³¹ *Ibid.*, p. 90.

³² Este concepto, que utilizan E. P. Thompson y sus seguidores, sirve de puente entre la teoría antropológica y las observaciones históricas del tipo de las que recogía G. R. Moreno.

³³ *Últimos días*, p. 26.

³⁴ *Ibid.*, p. 278.

CONCLUSIONES

Los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX buscaron construir una imagen del pasado reciente para fijar con ella los rasgos de una identidad colectiva. Tal imagen aparecía muchas veces como la proyección de ciertas preocupaciones, o era de alguna manera afín con problemas contemporáneos que incitaban a la búsqueda. Para J. W. Burrow, interesado en la historiografía victoriana inglesa como historia de las ideas, "uno de los medios por los cuales una sociedad se revela a sí misma, tanto como sus presunciones y creencias acerca de su propio carácter y destino, es mediante sus actitudes hacia el pasado y su uso". En dichas actitudes se operaba una trasposición por medio de la cual una dimensión del presente estaba contenida en las imágenes sobre el pasado.

En gran parte la naturaleza de la trasposición dependía de las herramientas conceptuales y del lenguaje mismo de que se disponía para expresar tales imágenes. La continuidad de la visión sobre el pasado que se quería transmitir quedaba sujeta así a la estabilidad de un lenguaje. El problema de la tradición historiográfica en Hispanoamérica con respecto a las producciones del siglo XIX no radica entonces en si nos referimos a la misma realidad, sino más bien en si hablamos el mismo lenguaje.

La idea de una continuidad que reposa en la identidad de un referente (nación, cuerpo social) ha sido siempre problemática en Hispanoamérica. Por ejemplo, hoy es muy corriente la noción de que los elementos objetivos que conforman las

nacionalidades hispanoamericanas sólo aparecieron o se integraron en el curso del último tercio del siglo XIX. Sin embargo, la imaginería más difundida, con la que suele asociarse la identidad de cada una de estas naciones, precede muchos años a este desarrollo objetivo. El lenguaje del nacionalismo o de sus símbolos apareció casi al mismo tiempo que las primeras instituciones políticas que proclamaban una independencia política, no con el control efectivo de los Estados sobre sus territorios o con la delimitación de un mercado por parte de una burguesía nacional. Este fenómeno obliga a reconocer el papel constructivo que jugó una imaginería historiográfica en la formación misma de la nación. Pero implica también que las imágenes no estaban destinadas a definir una realidad sino a prefigurarla. Muchas de las imágenes procedían de un fondo común de convenciones historiográficas europeas; en otras palabras, eran prestadas.

Ello explicaría por qué las primeras construcciones historiográficas se aferraron con tanta obstinación a un momento de epifanía, a comienzos del siglo XIX. De un lado, no quería incorporarse como propia la tradición del pasado anterior a la Independencia, así fuera inmediato. De otro, se trataba de imágenes moldeadas al margen del proceso efectivo de la construcción nacional. De esta imaginería escapaban los elementos más permanentes, aquellos que podían enlazar los procesos contemporáneos con una continuidad histórica. Puesto que el siglo XIX sólo podía pensar esta última en términos de continuidad institucional, al parecer con el rechazo de las instituciones españolas desaparecían los conflictos y desgarramientos que aquejaban el cuerpo social.

El problema central de la historiografía hispanoamericana del siglo XIX resultaba ser así un problema de cómo figurar la realidad americana. El lenguaje histórico del siglo XIX dependía casi enteramente de su capacidad mimética y de ciertas convenciones dramáticas. En Europa, tal lenguaje se había desarrollado paralelamente a otras formas de figuración: la novela, la pintura histórica (o de *gran manera*), etc. La historia no sólo prestaba de ellas imágenes y técnicas de representación, sino que se remitía a su contenido alegórico y simbólico (piénsese, por ejemplo, en el *Juramento de los Horacios*, de David, como símbolo voluntarista de la revolución francesa), y aquéllas reforzaban el contenido figurativo del discurso histórico. Las dificultades de la figuración americana nacían de la ausencia de modelos adecuados de discurso y de la pobreza de otras formas de representación, literarias o pictóricas. El recurso del costumbrismo fue un pobre sustituto, porque tendía hacia la identificación aislada de "tipos" sociales (el sereno, el boga, el aguador, los arrieros, el roto, etc.). Una actitud complaciente hacia éstos disolvía las tensiones étnicas y sociales.

Las tensiones debían reaparecer, entonces, bajo formas disimuladas o bajo una apariencia mítica. En ausencia de un lenguaje homogéneo y unívoco, cada obra historiográfica del siglo XIX llevaba impresa la idiosincrasia de su autor. Todas ponían a funcionar una colección privada de actores reconocibles en la superficie del lenguaje.

¿Es posible recobrar el sentido de una tradición historiográfica en la interpretación de estos lenguajes? En algunos casos, como en el del boliviano Gabriel René Moreno o en el del chileno Miguel Luis Amunátegui, su maestro, una buena parte de las percepciones del historiador nos han llegado intactas. En otros, la confusión deliberada de imágenes y representaciones superficiales con el sustrato más profundo de las identidades nacionales ha servido de ingrediente para las "historias patrias". Reconocerse en ellas condena todo análisis histórico fundado en las ciencias sociales a la ineficacia o a rehacer indefinidamente, como comedia, un drama construido con el lenguaje de las pasiones.

EDICIONES
DE LA
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

TÍTULOS PUBLICADOS
1990-2006

- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 347 págs.), tomo I.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 371 págs.), tomo II.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 387 págs.), tomo III.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 377 págs.), tomo IV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 412 págs.), tomo V.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 346 págs.), tomo VI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 416 págs.), tomo VII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 453 págs.), tomo VIII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 446 págs.), tomo IX.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 462 págs.), tomo X.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2003, 501 págs.), tomo XI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 479 págs.), tomo XII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 605 págs.), tomo XIII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 462 págs.), tomo XIV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 448 págs.), tomo XV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 271 págs.), tomo XVI.
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufraños en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).
- Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 2004, 228 págs.).
- Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)* (Santiago y Buenos Aires, 2000, 336 págs.), tomo I.
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, 331 págs.), tomo II.

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernización y la identidad*. (Santiago y Buenos Aires, 2004, 242 págs.), tomo III.

Diccionario de uso del español de Chile (DUECh). Una muestra lexicográfica, (Santiago, Academia Chilena de la Lengua, Comisión de Lexicografía, 2001, 166 págs.).

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones*, 1999, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).

Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, 172 págs.), vol. I.

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, 201 págs.), vol. II.

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, 143 págs.), vol. III.

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 213 págs.), vol. IV.

Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, N° 2 (Santiago, diciembre, 2000).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 2001).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 2002).

Fondo de Apoyo a la Investigación 2002, *Informes*, N° 5 (Santiago, diciembre, 2003).

Fondo de Apoyo a la Investigación 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).

Gazmuri, Cristián, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).

Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).

Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, 250 págs.), tomo primero.

Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, 154 págs.), tomo segundo.

González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).

González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guaman Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).

Guerrero Jiménez, Bernardo (editor), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).

Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, Catalonia, Centro Interdisciplinario de Estudios de Género y Cátedra UNESCO Género, 2004, 154 págs.).

Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, LOM Ediciones, Colección Historia, 2006, 322 págs.).

León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).

Lizama, Patricio, *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, 2003).

Lizama Silva, Gladys (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago-Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2002, 349 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).

Matus, Alfredo y Mario Andrés Salazar, editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural* (Santiago, 1998, 106 págs.).

Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).

Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).

Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).

Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).

Montealegre Iturra, Jorge, *Prehistorieta de Chile* (Santiago, 2003, 146 págs.).

Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago 2001, 180 págs.).

Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).

Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).

Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).

Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).

Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª edición (Santiago 2003, 320 págs.).

Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).

Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y crear* (Santiago, 1994, 156 págs.).

Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 43, primer semestre (Santiago, 1998, 295 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 44, segundo semestre (Santiago, 1998, 309 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 45, primer semestre (Santiago, 1999, 264 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 46, segundo semestre (Santiago, 1999, 318 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 47, primer semestre (Santiago, 2000, 465 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 48, segundo semestre (Santiago, 2000, 378 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 49, primer semestre (Santiago, 2001, 458 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 50, segundo semestre (Santiago, 2001, 424 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 51, primer semestre (Santiago, 2002, 372 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 52, segundo semestre (Santiago, 2002, 456 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 53, primer semestre (Santiago, 2003, 351 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 54, segundo semestre (Santiago, 2003, 364 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 55, primer semestre (Santiago, 2004, 359 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 56, segundo semestre (Santiago, 2004, 508 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 57, primer semestre (Santiago, 2005, 492 págs.).

Revista *Mapocho*, N° 58, segundo semestre (Santiago, 2005, 478 págs.).

Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).

Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).

Salazar, Mario Andrés y Patricia Videgain, editores, *De patrias, territorios, identidades y naturaleza* (Santiago 1998, 147 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).

Salinas, Maximiliano, Daniel Palma, Christian Baeza y Marina Donoso, *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 292 págs.).

Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).

Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).

Stabili María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).

Tesis Bicentenario 2004, Santiago, Comisión Bicentenario, Presidencia de la República y Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 2005, vol. I, 443 págs.).

Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).

Vamos gozando del mundo. La picaresca chilena. Textos del folklore, compilación Patricia Chavarría (Santiago, 1998, 100 págs.).

Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).

Valdés Chadwick, Consuelo, *Terminología museológica. Diccionario básico, español-inglés, inglés-español* (Santiago, 1999, 188 págs.).

Valle, Juvenio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).

Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).

Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).

Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).

Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia

Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronación sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).

Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs.) dos tomos.

Colección Fuentes para la Historia de la República

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX "... I el silencio comenzó a reinar". *Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almaraz Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Uliánova (Santiago, 2000, 742 págs.).
- Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).

- Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. XX *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. XXI *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).
- Vol. XXII *Acusación constitucional contra el último ministerio del presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. XXIII *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Uliánova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, 463 págs.), tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931.
- Vol. XXIV *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. XXV *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. XXVI *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1.162 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las elites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).

- Vol. xii Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. xiii Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. xiv Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. xiv Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. xv Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. xvi Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. xvii Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. xviii Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. xix Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión* (Santiago, 1999, 480 págs.), tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741".
- Vol. xx Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América* (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. xxi Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. xxii María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. xxiii Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. xxiv Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. xxv Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. xxvi Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).
- Vol. xxvii Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. xxviii Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. xxix José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).

- Vol. xxx Emma de Ramón, Obra y fe. *La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).
- Vol. xxxi Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. xxxii Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. xxxiii Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).
- Vol. xxxiv Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. xxxv Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. xxxvi Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX* (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. xxxvii René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. xxxviii Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. xxxix Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. xl Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, págs.).

Colección Escritores de Chile

- Vol. i *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. ii *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. iii *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. iv *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. v *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. vi *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. vii *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. viii *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.
- Vol. ix *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1997, 143 págs.).

- Vol. x *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón y recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. xi *Ricardo Latcham. Varía lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón, recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. xii *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).
- Vol. xiii *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).
- Vol. xiv *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

Colección de Antropología

- Vol. i Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. ii Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. iii Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. iv Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. v José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el Algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).
- Vol. vi Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).
- Vol. vii Mauricio Massone, *Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

- Vol. i. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

Colección de Documentos del Folklore

- Vol. i *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).
- Vol. ii *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).

Colección Ensayos y Estudios

- Vol. i Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).

- Vol. ii Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).
- Vol. iii Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).
- Vol. iv Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).
- Vol. v Bernard Laval y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).
- Vol. vi Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).
- Vol. vii Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago, 2006, 117 págs.).